

# Tú y tu Casa

Jorge Patterson



Pablo-Timoteo Capacitación de Líderes

**[www.Paul-Timothy.net](http://www.Paul-Timothy.net)**



## **Contenido**

	Página
PREFACIO .....	vi
PROLOGO.....	viii
Capítulo	
1 ENVIADO .....	10
2 A DOS ROCAS .....	36
3 A JOCAL .....	64
4 A PANIAGUA.....	98
5 A RIACHUELO.....	126
6 LA SERPIENTE .....	150

14. Dimas tuvo muchas faltas pero nunca se dio por vencido. Siempre siguió obedeciendo a Cristo. ¿Por qué se ve esta cualidad en los obreros que levantan nuevas iglesias?
15. La Biblia enseña que el sufrimiento es un don para el cristiano obediente (Fil. 1: 29). ¿Está usted dispuesto a servir en un lugar donde sabe que sufrirá?

## Tú y tu Casa

7. Cuando un pastor obedece sólo a lo que Cristo ordena (ni más ni menos), puede encontrar oposición de otros evangélicos. ¿Por qué?
8. Luis tenía más educación que todos en la iglesia de Dos Rocas. Por eso mandaba en todo. ¿Por qué fracasó entonces?
9. ¿Cuándo debe una iglesia pagarle sueldo a un pastor?
10. ¿Qué significan las palabras "que guarden" en Mateo 28:18-20?
11. Por el bautismo bíblico el nuevo creyente expresa su voluntario y espontáneo arrepentimiento y fe en Cristo. Pero algunos predicadores exigen que se acepte a Cristo por medio de sus invitaciones públicas. ¿Qué peligro hay en este método de ganar rápidamente a muchos "candidatos para el bautismo"?
12. Los apóstoles siempre bautizaban inmediatamente a los que se arrepentían de sus pecados y creían en Cristo. ¿Qué peligro hay si se demora demasiado el bautismo de un nuevo hermano?
13. Cristo, por medio de sus discípulos, bautizó a mucha gente. Algunos se desviaron después. ¿Cómo disciplinaban los apóstoles a los creyentes bautizados que se descarriaban?

## PREGUNTAS DEL CAPITULO 6

### PREFACIO

*Tú y tu Casa* es un estudio para capacitar a pastores y plantadores de iglesias, escrito en forma de novela. Fue escrito en el año 1969 cuando se podía tomar un taxi en cualquier ciudad de Honduras por quince centavos EE.UU. El autor Jorge Patterson estaba plantando iglesias y capacitando líderes bajo condiciones primitivas.

A pesar de que los tiempos y las condiciones han cambiado, los principios y pautas que exponen el libro no se han cambiado, porque se basan en verdades que no se cambian de la Biblia.

El uso del medio de una novela para ilustrar las pautas facilita el aprendizaje y la aplicación de los principios bíblicos para la obra actual.

1. Bajo ciertas circunstancias una tradición evangélica puede impedir la obediencia a Cristo. ¿Por qué no tenemos autoridad para exigir respeto a tal tradición?
2. Si un pastor prejuzga que la gente es dura, tendrá poco éxito con ella. ¿Por qué?
3. ¿Por qué una constitución con reglamentos detallados sirve poco para una nueva obra con gente humilde?
4. Una iglesia local debe capacitar a sus propios miembros como obreros. ¿Cómo puede ella ayudarles a descubrir y desarrollar sus dones espirituales?
5. A veces un obrero se ocupa demasiado de una iglesia que tiene muchos problemas, y descuida entonces otra iglesia que está creciendo. ¿Por qué es mejor olvidar lo que se ha gastado en una obra estancada para trabajar donde Dios está haciendo nacer nueva vida?
6. Dimas conoció y enseñó los mandamientos de Cristo a una iglesia. ¿Por qué es necesario que una nueva iglesia comience con esta obediencia y no sólo con doctrina?

## Tú y tu Casa

tremendo, se ha soltado de Pablo, salta y toma su machete. Se abalanza sobre su hijo Mincho. Pero Dimas tira de Mincho hacia un lado y el golpe no le da de lleno. Pablo detiene a Cáliz desde atrás. Pero Cáliz se desprende y huye al monte, gritando maldiciones. Dimas empieza a levantar a Mincho, herido, pero lo deja caer de un golpe.



—¿Qué pasó?—pregunta Pablo. ¿Por qué te estás agarrando el pecho? ¡Dimas!

—La serpiente. . . otra vez. . . se me ha enrollado. . . me quita el aliento...

—¿Qué serpiente, Dimas? No veo nada.

## PROLOGO

Con la mente de un pedagogo y el corazón de un evangelista, Jorge Patterson, misionero de mucha experiencia, ha adaptado con gran creatividad los principios de la educación teológica por extensión a las necesidades de los campesinos con poca educación formal.

Cuando la educación teológica por extensión estaba todavía en su infancia, Patterson se dio cuenta que este sistema podría ayudarle grandemente en el desarrollo de congregaciones en la provincia apartada y pobre de Olanchito en Honduras.

Su primer intento, modelado de acuerdo al programa del Seminario evangélico Presbiteriana de Guatemala, fracasó. La falta de caminos transitables en tiempos de lluvias hizo imposible visitar a los centros de la educación teológica por extensión. Además los materiales de estudio presuponían por lo menos una educación primaria y resultaron demasiado difíciles para los líderes campesinos que apenas podían leer.

Sin desmayar, Patterson introdujo una serie de modificaciones para que el sistema existente fuera adaptado a personas que tenían una educación muy limitada. Entre otras cosas fue necesario desarrollar materiales que los líderes rurales podían entender con facilidad y enseñar a otros. El resultado ha sido un crecimiento constante de las congregaciones autóctonas en una región que antes se

logra disparar: no tiene balas. Mincho toma el rifle caído de Pablo y su padre le grita:

—¡Mata a Dimas! ¡Mátalo!

Mincho permanece indeciso por unos instantes. Cálix vuelve a gritar:

—¡Mátalo, Mincho, mátalo!

—¡No puedo, papá!—responde Mincho, y tira el rifle al matorral. Luego recobrada la calma, añade: —No puedo seguir en una vida como esta. Sólo voy a condenar mi alma al infierno. Mejor entregarme a Cristo. No voy a seguir los pasos de mi papa. Ya no. Ya hace días me di cuenta de que no puedo. Yo necesito que Cristo me perdone como hiciste tú, Dimas.

—¡No, hijo!—grita Cálix, perplejo— ¡Entonces no serás hijo mío!

—Déjame, papá. No te acompaño más en...

—Te lo digo en serio, Mincho; no te hagas evangelista. No lo soportaré ni un momento.

Pero Mincho se vuelve hacia Dimas y le dice:

—¡Ora conmigo, hermano! ¡Ahora mismo!

—¡No, Mincho, no!—tiembla la voz de Cálix—. ¡Ningún hijo mío será evangelista!

Mincho se hinca, con Dimas y llora:

—Jesucristo, perdóname mis pecados. Sálvame del infierno. Limpia mi alma con tu sangre. Dame la vida eterna allá donde no hay más maldad. Te doy gracias por tu misericordia. ¡Gracias! ¡Sé que me has salvado! Puedo sentirlo en mi alma. Te doy gracias, O Dios, porque. . .

Mincho no llega al "amén". Su padre, con un esfuerzo



## Tú y tu Casa

Sus sollozos se convierten en risa.

—¡Confiésalo, mi amor!

Luis se sonroja. Ella se ríe de nuevo y le besa la mejilla. Todos se ríen. Al fin, Luis se ríe también y confiesa:

—Tienes razón, Eugenia. ¡Es cierto! Me da vergüenza que un hombre humilde como Dimas pueda alcanzar tanto, y yo con toda mi educación no haya podido hacer nada en El Olvidado.

—Yo declaro—anuncia don Tino—que queda anulada la decisión de esta sesión. Fue convocada en secreto y a la carrera.

Don Miguel añade:

—Y yo propongo más bien que felicitemos a Dimas por su gran sacrificio y amor por la obra.

—¡Amén!—agregan varios.

El Reverendo Harris llama a don Miguel a solas y le dice:

—¿Cómo puede usted aprobar esa clase de obrero? ¡Toda la obra crecerá más allá de nuestro control! ¡Ellos van a manejarlo todo!

—¡Eso es exactamente lo que yo quiero! —recalca don Miguel—. Además, usted no tiene derecho a convocar y controlar estas sesiones. Ha actuado carnalmente, hermano.

—¡Mátame!—le ruega Dimas a Cáliz—. No me hagas sufrir aguardando tanto. ¡Mátame!

Pero en ese momento Pablo, que se ha acercado, deja caer su rifle y salta sobre Cáliz. Los dos ruedan en el polvo. Ambos se agarran del rifle de Cáliz. Este aprieta el gatillo pero no

consideraba demasiado difícil.

Basado en la última frase de Hechos 16: 31 que a menudo se olvida, "Tú y tu casa" la novela de Patterson llega a ser un curso único en la teología pastoral. Escrito en el estilo rústico de Honduras el libro es sencillo sin ser simplista, y puede ser provechoso para todos los que se interesan por el crecimiento de la iglesia desde el punto de vista pastoral.

La historia capta el interés del que lee desde el principio hasta el fin. Al fin de cada capítulo se encuentran preguntas penetrantes. Todo el libro se caracteriza por su perspicacia antropológica. Con estos medios Patterson guía al lector a los principios y a los procedimientos del desarrollo de la iglesia desde el punto de vista pastoral, reciben atención la selección de líderes y la tensión entre la misión y la iglesia. El problema del bautismo de creyentes arrepentidos que no pueden regularizar sus matrimonios se trata ampliamente. Esta novela tiene también su teología. Se tratan doctrinas como la elección, los sacramentos, la iglesia y la naturaleza del ministerio.

La publicación de *Tú y tu casa* es un evento importante. Es una genuina contribución a la educación teológica que provee una herramienta útil para los líderes eclesiásticos que carecen de una educación formal. Además deja ver la creatividad con que se puede enseñar la teología pastoral.

En fin, relaciona la educación teológica por extensión con el crecimiento sólido de la iglesia. Patterson demuestra como el evangelismo bien hecho es a la vez pastoral. Como dice el anciano Ezequiel "es que hay mucha predicación. . . y poco pastoreo". *Tú y tu casa* ayudará a corregir tal desequilibrio. Se puede utilizar este libro en cursos muy sencillos o como una lectura adicional en cursos superiores.

Dr. Kenneth B. Mulholland

## Capítulo 1

### ENVIADO

Dimas conducía su taxi con cierta prisa. No paraba aunque alguien lo llamara. Su esposa Carmen lo acompañaba.

Bajaron del carro por la oficina de la iglesia evangélica, y Dimas sacó apurado una carta de la bolsa de su camisa. Se le cayeron unos folletos evangélicos, de los que llevaba para repartir a sus pasajeros.

El pastor sacudió dos sillas. Los invitó:

—Siéntense, hermanos.

Dimas se quedó parado. Puso la carta sobre el viejo escritorio.

—Me llegó la contestación, don Tino.

Don Tino, el pastor, leyó:

*Estimado señor Dimas Villalobos:*

*Tenemos a la mano la solicitud de empleo que UD. presentó en esta oficina. Me apresuro a informarle lo siguiente.*

—No todos—contradice Eugenia—. ¿Usted no supo nada de esta sesión? Yo sé que a muchos no les informaron, pues si no, habrían llegado.

Don Miguel dice:

—Algo me huele mal. El pastor no convocó a sesión, y ya decidieron dejar la obra en El Olvidado. ¿Por qué?

Eugenia responde:

—Hermanos, yo no hablé en la sesión por que no es lugar de una mujer. Pero. . . ¡hermano Miguel! ¡Sólo quieren que Dimas deje de levantar iglesias! Yo no sé nada de las políticas del bautismo y ordenaciones. Sólo sé lo que yo he visto.

Harris interrumpe:

—Ya todo está decidido. No hay que volver a discutir. La iglesia votó y. . .

—Yo quiero escuchar a Eugenia—ordena el Pastor don Tino—siga, hermanita.

La enfermera hace una pausa. Tiene miedo, pero don Tino le hace gestos de que siga. Ella echa una mirada a Luis y comienza:

—Soy de El Olvidado. Yo sé que algunos de ellos bautizan rápidamente. Pero conservan a casi todos los que reciben a Cristo. Muy pocos han caído. En cambio, los pastores que los obligaron a esperar un año perdieron a casi todos. Se desanimaron. Lo observé. Y dicen que los nuevos encargados son ignorantes. Pero no son irresponsables. Producen más fruto en sus iglesias que algunos pastores muy educados. Perdonen, pero ustedes lo saben muy bien. Mis padres conocen a Cristo. Y centenares más. ¡Por el trabajo de esos pastores ignorantes! Es por eso que algunos tienen envidia. ¡Yo sé! ¡Ni mi esposo puede esconderla!—Se echa a llorar. Toma a Luis del brazo.



de que votáramos. Creo ahora que debemos orar por él. Necesita nuestras oraciones. Favor de orar los hermanos Luis, Pepe y don Miguel.

Al terminar las oraciones don Miguel mira su reloj y dice:

—Yo sé que ya es tarde, pero permítanme preguntar quién convoco esta sesión.

Silencio.

¿La convocó usted, pastor?

—No. El reverendo Harris me informó hoy tarde que los hermanos tenían un asunto urgente que discutir. No sabía que era para sesión de la congregación.

Harris responde:

—Bueno, es que todos sentimos la necesidad de tratar el asunto.

*Hemos estudiado sus capacidades y siento mucho decirle que al momento no hay plazas vacantes en las fincas de El Olvidado. Sin embargo, guardaremos su solicitud en nuestros archivos para algún futuro.*

*Sin más por el momento,*

*Atentamente,*

*Jorge Rodríguez Campos, Jefe de Personal*

—¿Por qué no me dieron el empleo? -preguntó Dimas. —  
¿No quiere Dios que yo vaya a El Olvidado?

—No sé —dijo don Tino moviendo la cabeza.

Dimas rompió la carta.



—Voy a escribirles otra y voy a explicarles mi propósito.

—¡Olvidalo, hermano! A la empresa no le interesa tu motivo de evangelizar al pueblo olvideño.

—No puedo olvidarlo, don Tino. ¡Es mi tierra! No hay iglesia evangélica en todas aquellas aldeas. Hay más de cincuenta aldeas en el distrito de El Olvidado. Me voy de todos modos, aunque no consiga trabajo.

—¡Ah, Dimas, tú quieres evangelizar exactamente como juegas el fútbol! —dijo el pastor sonriendo—. Nunca te das por vencido. Perseveraste hasta el fin del último partido con tres dedos del pie fracturados. Pero ahora combates algo más formidable que un equipo de fútbol. Dos veces algún predicador ha ido a El Olvidado. Trajeron al primero en hamaca medio muerto, con bichos y no sé qué más. Y el otro desapareció. Alguien había hecho a un santo la promesa de matarlo. Hacen cosas locas esos olvideños por sus votos a los santos. Llegan hasta la muerte para cumplirlos.

—Entonces más que nunca necesitan a Cristo.

—Pero Dimas, ¿Por qué piensas que eres tú la persona indicada?

—Porque yo hablo el mismo mal dialecto del castellano.

—Pero. . . ¿Desde cuando es la mala gramática un requisito para el ministerio sagrado?

—No sé nada de requisitos. Pero sé comunicarme con ellos, porque hablo como ellos. He traído a mis amigos de El Olvidado a esta iglesia. Ellos no lo entienden a usted, pastor. Habla demasiado correcto. Y no vuelven más. Pero me entienden a mí porque hablo sencillo.

—Quizás. ¿Pero cómo puedes irte sin tener trabajo?

gente. Lo vuelven a ver. Hay un penoso silencio.

Entretanto, Dimas se arrastra con cuidado. Está sin armas. Rosea el lugar donde se esconden Mincho y Cáliz. Mincho tiene lista su pistola. Le tiembla la mano. Los dos miran hacia la casa. Dimas sabe que su papá lo ve acercándose por atrás. Pero Pablo es astuto. Finge su mirada por otro lado, donde Dimas había entrado entre la maleza. Dirige su voz hacia el mismo lugar:

—¡Déjalos, hijo! ¡Déjalos!

Cáliz y su hijo se quedan mirando. Pablo sigue gritando para que no oigan a Dimas detrás de ellos. Cáliz dispara hacia la maleza. Dimas brinca, sorprendiéndolo. Le quita el rifle y le da una trompada en la quijada. El hombre grande rueda en el polvo, profiriendo maldiciones. Dimas le ordena a Mincho:

—¡Bota la pistola y vete a tu casa! Voy a arreglar cuentas con tu papá.

Mincho obedece. Dimas se para sobre Cáliz. Apunta el rifle hacia el corazón de su enemigo. Los dos se miran. Cáliz no puede moverse. Sabe que Dimas tiene que matarlo, pero no puede defenderse. Los ojos de Dimas brillan con una cólera y odio profundo. El desmayo y el dolor agravan su locura. Suda. Su dedo toca el gatillo. Mira una vez más los ojos atemorizados de su enemigo, pero en este momento se desmaya y cae en la tierra. Cáliz se levanta inmediatamente, recoge su rifle y lo apunta a Dimas.

A todo esto, allá en Tegucigalpa, don Tino anuncia:

—La iglesia ha decidido discontinuar su obra en El Olvidado. Pero antes de que nos despedamos en oración, quiero decirles algo más. No oramos nada por el hermano Dimas antes

Eugenia. Observé la obra y conocí a algunos de los obreros. Hay muchos creyentes. Son auténticos. El Espíritu de Dios está trabajando. Enviamos a Dimas y debemos respetar su obra. Dios está usando al hermano.

—¡Pero sus errores. . .!

—Por favor, hermano Luis, déjame hablar. Dimas fue adonde nadie había querido ir. Y a menos que alguien quiera tomar su lugar, no debemos perturbar su. . .

—¡Nadie dice que él no ha trabajado duro!—interrumpe el nuevo misionero. Pero es para su propio bien que se venga. Para mejorar su ministerio, estudiando más.

El viejo tesorero se para.

—Hermanos, estas cosas deben tratarse con seriedad. Debemos mirar la realidad. Como tesorero de la iglesia, les informo que hace tiempo hemos buscado como mandar alguna ayuda a Dimas. No nos ha quedado nada para enviarle. Creo que esto es una señal de Dios de que él no debe seguir trabajando en El Olvidado. Yo propongo que dejemos definitivamente de apoyar esa obra del hermano Dimas.

Habiendo discutido mucho, votan. La mayoría de los miembros no está. El pastor don Tino cuenta los votos y dice:

—El secretario escribirá una carta al hermano Dimas, para informarle que su iglesia no quiere que siga.

Don Miguel se asoma a la puerta. Su esposa que lo acompaña le dice al oído:

—¿No te dije que iban a tener una sesión? ¡Y no te invitaron! Es algo secreto. Yo sabía que iba a ver problemas si enviaban a aquel chofer de taxi a El Olvidado.

Don Miguel se detiene en la puerta indeciso. Mira a la

—Voy a buscar algo. Tengo mi machete.

El pastor echó una mirada a Carmen. Estaba embarazada.

—Pero tienes una familia, hermano, Ellos tienen que comer.

Dimas respiró profundamente.

—¡Claro! Pero tengo familia en El Olvidado y ellos también tienen que comer. ¡El pan de vida! Mi papá y mi mamá son viejos. ¡Van a morir sin Cristo! ¡Y mis primos y los de la casa de Carmen! ¡No! ¡Tengo que levantar iglesias en esas aldeas!

El pastor tomó una pieza de la carta.

—Pero si Dios quiere que vayas, ¿Por qué no te dio trabajo?

—Dios sí quiere. Estoy seguro.

—¿Cómo tan seguro?

—Bueno, no puedo explicarlo con palabras. Pero estoy seguro. El Olvidado va a conocer a Cristo.

—Hoy es culto de oración —respondió el pastor—. Puedes mencionarlo. Los demás pueden orar. Así conocerás la voluntad de Dios.

—Que oren —dijo Dimas. —Pero yo ya sé que es la voluntad de Dios. Usted mismo lo predica, pastor. Dios nos ordena ir hasta lo último de la tierra y hacer discípulos. Si es mandamiento, tiene que ser la voluntad de él, ¿verdad?

El pastor sólo frunció el ceño.

—Vayámonos —dijo Carmen.

—Además, don Tino —añadió Dimas—, cuando encontré a

Cristo, yo hice una promesa también. Prometí obedecerle y evangelizar a mi pueblo. ¡Pase lo que pase! ¡Y usted sabe como somos nosotros los olvidados, tan burros con nuestros votos!

—¿Fue un voto de obedecer a Cristo, o de matarte?

Una vez más en su taxi, Dimas se sentó unos momentos sin arrancarlo. Carmen no dijo nada. El oraba. Luego levantó la cabeza y anunció:

—Vamos a decirle al misionero don Miguel que iremos a El Olvidado. Quizás. . .

—Pero la misión no va a trabajar en la manera que tú quieres—respondió Carmen, y continuó mientras Dimas callaba—: Es triste la vida en El Olvidado. Yo prometí no regresar.

—Yo también —repuso Dimas.

—Los niños van a aguantar hambre. No hay verduras. El agua tiene bichos. No hay luz eléctrica. Los dientes se pudren.

—Pues no dejes que los niños chupen caña.

—Y Samuelito está tan pálido. Va a cumplir seis años. Me preocupo más por él. Los otros niños están más gordos; tienen buena salud. Pero en El Olvidado. . . ¿Quién sabe?

—Dios lo sabe todo, Carmencita.

—¿Y este carro? No hay carreteras en El Olvidado. Sólo hasta Paniagua.

—Sin doble tracción no llegará ni si quiera a Paniagua.

—¡Nos hemos sacrificado tanto para comprarlo! ¿No puedes llevarlo?

—No. Pero ayer un señor me ofreció mil quinientos. Aunque vale tres mil.

—¡Dimas!

¿Dónde estás?—¿Era su papá!

—No te metas, compadre—responde la voz de Cáliz, que estaba escondido en la maleza.

—Pero Dimas es mi hijo. . .

—No tengo pleito contigo, Pablo. Sólo con evangelistas.

—Ahora yo también soy creyente. Dimas, ¿Dónde estás?

—Aquí estoy. Adentro.

Su padre entra.

—¿Qué te pasa, Dimas?

—Solo estoy corto de aliento por la carrera.

Pablo agarra el rifle y se para en la puerta.

—Si matas a Dimas, tendrás que matarme a mí primero.

—Hoy mato a un evangelista, sea quien sea. No me importa.

—Cáliz, tú eres un burro sinvergüenza.

Cáliz dispara hacia la casa. Pablo se esconde adentro. Dimas se levanta rápidamente. Empuja a su papá a un lado y sale corriendo. Cáliz dispara otra vez, de balde. Dimas se esconde cerca de ellos entre la maleza. Respira con dificultad. Puede ver a Cáliz escondiéndose. Pero ha dejado el rifle con su papá en la casa.

Todavía discuten la sesión en la iglesia. A don Tino no le ha gustado la crítica exagerada. Se pone de pie.

—Hermanos, fui a El Olvidado para la boda de Luis y

para ser bautizado. Pero si esperan un año, los nuevos se habrán probado. Esto se le comunicó al hermano Dimas, pero no nos hizo caso. Más bien escribió una carta al Reverendo Harris rechazando su consejo. Tenemos que hacer algo.

El nuevo misionero Harris se paró.

—Yo tengo mucho interés en El Olvidado. Iba a ir allá para enseñar en Dos Rocas. He estudiado los informes de la obra, y francamente no me gustan. Hay iglesias que no tienen cultos de predicación. Celebran la Santa Cena como lo principal del culto, sin que un pastor ordenado esté presente. Han bautizado a personas que viven en fornicación. Dicen también que grandes números están bautizándose ahora. ¡Centenares! ¡Claro que están bautizando a cualquier persona! Y lo peor es que el dirigente principal no tiene ninguna preparación. Yo propongo que ordenemos que el hermano Dimabolos. . .

—Dimas Villalobos—dijo alguien.

—Que ordenemos el hermano Villabolos que. . .

—¡Villalobos!—le corrigieron.

—Villalobos, pues, que regrese para estudiar más, para poder hacer las cosas correctamente y con orden.

Mientras tanto, Dimas se acerca a la casa por un costado. Alcanza la puerta. La prueba. ¡Trancada! Adentro no se oye nada. De rodillas, va rodeando la casa. La puerta de atrás está abierta. Mira por todos lados afuera de la casa. ¡Nadie! ¡Todo quieto! Alista el rifle. De un brinco entra a la casa. ¡Vacía! Mira nerviosamente por todos lados. Una botella de aguardiente está caída en la mesita. . .Siente una opresión en los pulmones y se desploma. Oye un caballo galopando hacia la casa.

—¡Sería una lastima!

Iban hacia la casa del señor Miguel Wilson. Carmen advirtió:

—El misionero no te va a hacer caso, Dimas. Tú sólo eres un humilde indio.

—Yo no me avergüenzo de mi sangre. ¿Y tú, indita?

—Tampoco.

Dimas miró a su esposa. Admiró su cara tan perfecta. Y su cabello tan hermoso. Largo. . . negro. Caía sobre sus hombros. . . finos. . . natural. Como todas las campesinas de El Olvidado.

—¡Carmen! No te cambies el peinado.

—¿Por qué no? Ahora vivimos en Tegucigalpa. Tengo que seguir las modas.

—¡Estas modas modernas son feas!—gruñó Dimas. —¿Por qué la esposa del misionero siempre se arregla el pelo en formas exageradas? ¡Se lo tiñe! Las gringas no tienen orgullo de su color natural.

—¡Dimas! ¡Cállate! Ya llegamos a su casa.

La esposa del misionero abrió la puerta. Parecía más alta que nunca: su cabello estaba alborotado hacia arriba como la Torre de Babel. Carmen, con su vestido desteñido, se escondió atrás de Dimas. La señora los saludó y llamó a su esposo en inglés. A Dimas le dolían los oídos cuando alguien hablaba inglés. Ella llamó a su esposo "Maik", en vez de "Miguel". ¡Qué idioma tan raro!

Entraron en una sala grande con centenares de libros. Miguel Wilson entró vestido de saco y corbata. "¡Caramba!" pensó Dimas, "¡Quiere probar que puede sufrir por Cristo en este calor!"

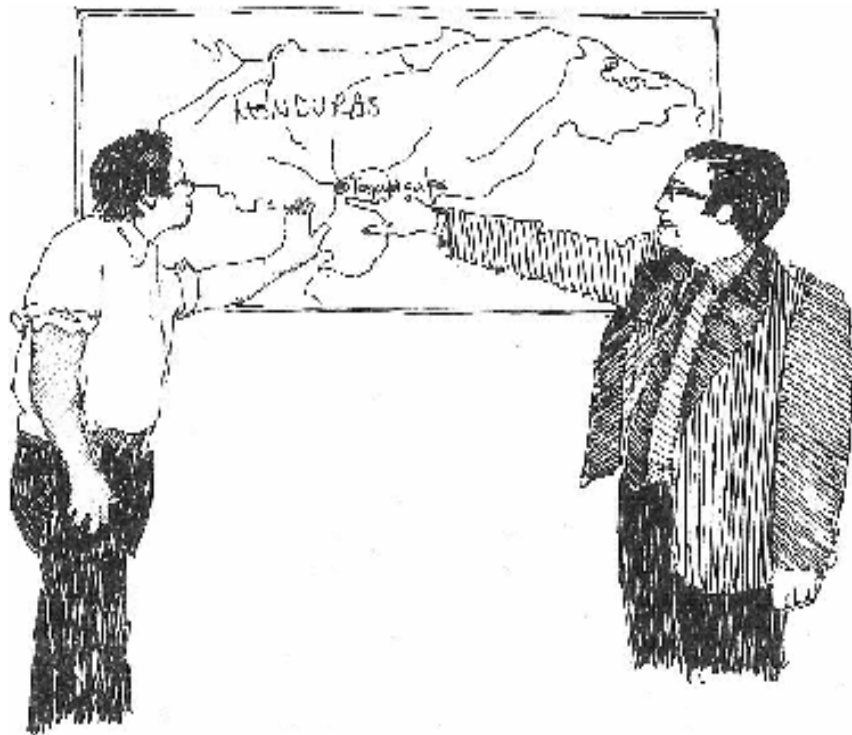
La señora salió. Entró Luis, el recién graduado del Seminario Teológico. También llevaba saco y corbata. ¡El uniforme de su nueva profesión! Y estaba sudando.

—Pues, don Miguel, yo me crié en El Olvidado—comenzó Dimas—. Voy a regresar para iniciar la obra del Señor en aquel lugar.

—¿Usted? ¿Por qué usted?

—Es que necesitan iglesias.

—Yo sé, hermano Dimas. Pero nuestra misión no trabaja en El Olvidado. Mire usted este mapa. Nuestros campos están aquí en la capital y aquí en el norte. ¡Mire!



grano hoy, quizás cosechemos algo mañana.

Llegaron unos pocos hermanos. Don Miguel no llegó.

Don Tino se paró delante de la congregación. Estaba preocupado.

—El propósito de esta sesión es discutir la obra de El Olvidado. El Reverendo Harris va a explicar un problema que ve en esa obra.

Harris se puso de pie y habló:

—Bueno; yo no soy el indicado para explicar los problemas. Yo invité al hermano de El Olvidado, ¿cómo se llama?

—Dimas Villalobos—contestó Luis.

—Sí.

El hermano Villalobos. Pero no vino.

—¡Villalobos!—le corrigió Luis.

—Eh. . . Yo creo que es mejor que el profesor Luis venga para contar los problemas.

Luis se puso de pie.

—Hermanos, hay muchas cosas que tenemos que corregir en El Olvidado. Primero, el hermano Dimas está encargando a hombres irresponsables para cuidar las congregaciones. No tienen ninguna preparación. Son obreros provisionales pero llegarán a ser pastores. No es justo que sean pastores igual a nosotros que hemos estudiado muchos años en un instituto teológico. Habrá gran desorden en nuestras iglesias. Segundo, ellos están bautizando muy pronto. Las iglesias de El Olvidado deberían esperar un año para bautizar a los nuevos. Los encargados sin preparación no pueden saber quien está listo



Dimas trepaba rápidamente. Había caminado media legua cuando un fuerte dolor le dio en el pecho. Pero le faltaba poco. Podía ver la casa de Cáliz. Apenas podía respirar por el dolor. Siguió para arriba. Tuvo que pararse para respirar; luego siguió. Llegó al potrero que había frente de la casa. Se oyó un tiro. Pegó en una rama sobre su cabeza. El eco resonaba. Dimas observó la casa. Cerraron la puerta y las ventanas. El siguió caminando hacia la casa. Sonó otro disparo. Una piedra se reventó cerca de sus pies. Agarró el pecho. Tuvo que pasar el claro para llegar a la casa. No halló refugio. Empezó a correr. El dolor en su pecho lo sintió tan fuerte que se desmayó. Se cayó. Se levantó y volvió a caer. Otro tiro sopló el polvo a su lado. Se arrastraba hacia el enemigo. ¡El que amenazaba a su familia e impedía su obra para Cristo! ¡Nada lo iba a detener! ¡Nada! Se levantó y corrió hacia la casa. Se le terminó su fuerza y cayó. Otro tiro. Se levantó y cayó. El eco del tiro sonaba entre las montañas como las palmadas de muchas manos. Se arrastró entre unos troncos. Otro tiro hizo levantar la arena salpicándolo con fuerza en la cara. Otra vez las montañas aplaudieron cruelmente con sus palmadas. Dimas se arrastró hacia la puerta. ¡Ya no regresaría!

Mientras, en la iglesia madre de don Tino en Tegucigalpa el nuevo misionero Harris estaba felicitando a Luis:

—Me alegro, Profesor, de que alcanzará usted ese puesto en el Seminario.

—Muchas gracias, Reverendo Harris—respondió Luis—. ¿Y cómo siguen sus labores con los universitarios?

—Van bien, pero despacio. Las cosas buenas siempre cuestan más tiempo. El ministerio cristiano requiere mucha paciencia. Tenemos que pensar en el futuro. Sembramos un

Dimas examinó el mapa en un lugar. Colocó su dedo en el lugar.

—¡Aquí está! ¡Miren! ¡Mis padres viven aquí! ¡El Olvidado!

—Pero no tenemos obreros suficientes para abrir nuevos campos, dijo don Miguel.

—Tampoco hay suficiente dinero, agregó Luis como un eco.

Dimas no les hizo caso.

—¡Miren! Aquí vamos a levantar una iglesia en Dos Rocas, y en la aldea de Riachuelo. ¡Miren!

—Bueno, es algo por lo cual se puede orar, dijo el norteamericano, mirando su reloj de pulsera—. Me gusta su deseo de ganar almas. Pero no podemos entrar en otro distrito ahora.

Dimas miró fijamente al misionero.

—Don Miguel, no me expliqué bien. No vine para pedirle permiso. ¡Estoy diciéndole que yo me voy a El Olvidado para iniciar la obra en ese distrito!

Luis se quedó boquiabierto. Don Miguel y Dimas se quedaron mirándose. Nadie habló. Carmen tomó a Dimas por el brazo. La señora de Wilson oyó el silencio. Entró caminando rápidamente y preguntó algo en inglés. Don Miguel siguió mirando a Dimas y preguntó:

—¿Quién decidió iniciar nuevas iglesias en El Olvidado? ¿Con quién ha hablado?

— Con Dios.

—Pero. . . ¿Quién ha . . .? —el misionero no pudo hallar la

forma correcta del verbo. No estaba acostumbrado a que un indio tomara la iniciativa.

Dimas se preocupó de que hubiera hablado mal. No era elocuente como Luis. Trató de nuevo:

—No tengo recursos, don Miguel. Necesito trabajo en El Olvidado. Usted puede hablar con los jefes de la empresa. Son gringos. Usted tendrá influencia.

Miguel se puso aún más rígido. Su señora interrumpió:

—Dimas, usted no tiene ninguna preparación para esto.

—Don Miguel—prosiguió Dimas—, usted puede arreglar algo.

Don Miguel frunció el ceño.

—Pero, ¿Cómo puede usted pastorear una iglesia? No ha recibido ordenación eclesiástica.

—La iglesia puede darme una licencia como obrero provisional.

Luis estaba tarareando un himno en voz baja, disimulando su desacuerdo. Dimas persistió:

—Tengo que hacerlo. Ningún pastor ordenado, como usted dice va a ir a El Olvidado. ¡Alguien tiene que ir y obedecer a Cristo!

—Pero usted no se ha preparado en ningún instituto bíblico ni nada —intervino la misionera —Y mire a Carmen. ¡Otra vez embarazada! ¡No puede ir a la montaña!

Carmen le contestó en voz baja:

—Pero doña, yo quiero ir con Dimas.

La señora respondió a Carmen con una voz dulce pero una

Ella se cubrió la cara con las manos. No pudo dejar de llorar.

—¿Quién estuvo aquí? ¿Cáliz?

Ella sólo movió la cabeza.

—¿Dónde están los niños?

—Se escondieron. No sé.

—¿Qué te hizo Cáliz?

Carmen se echó a llorar descontroladamente. Dimas tomó el rifle.

—No Dimas. ¡El rifle no!

Dimas sacó unas balas de una cajita y abrió la puerta. Carmen lo detuvo.

—No, Dimas. No lo hagas. El no me forzó.

Dimas la miró con incredulidad. Ella gritó:

—Peleó conmigo, pero no me violó. Estaba tomado. Cuando me tiró en el suelo, su hijo Mincho entró y agarró a Cáliz. Cáliz le pegó fuerte. Pero Mincho lo sacó por la puerta y la tranquilé.

Dimas se soltó de ella y salió.

—No, Dimas. No vayas con la escopeta. ¡Eso es lo que él quiere!—Ella siguió agarrándolo de un brazo, pero él siempre se soltó y siguió cerro arriba.

Ella regresó gritando:

—¡Don Pablo! ¡Socorro! ¡Don Pablo! ¿Dónde esta?

Su suegro se había llevado el caballo a la montaña para traer el maíz.

Dimas estaba escribiendo cuando llegó Marcos, que contó con tristeza:

—Las cosas no van bien en Jocal. Un predicador vino y anda visitando a los hermanos. Dice que nuestra doctrina es mala. El tiene una lista de cosas que tenemos que hacer si somos cristianos verdaderos. No cree que seamos salvos.

—¿Ha convencido a alguien?

—Varios. Hasta Mateo.

—¡Ay, no!

—Dividió la iglesia. Ahora Mateo está orgulloso porque sigue esa lista de reglas. Dice que los demás no tenemos el Espíritu.

—¿Por qué no van a las aldeas donde no hay iglesias, para evangelizar?

—Les gusta más robar ovejas ajenas. Pero vine para prevenirte. Van a venir aquí también. Dicen que van a pastorear todas las iglesias donde faltan pastores preparados.

—Ezequiel me enseñó que los lobos llegarían. Ojalá que no vayan a todas las nuevas iglesias. Hay siete ahora. Y pronto habrá más.

—Hermano ¿puedes ir conmigo para platicar con Mateo y los otros descarriados?

Dimas pasó unos días en Jocal. Mateo se reconcilió pero no volvió a servir más como pastor. Otros volvieron al mundo.

Cuando Dimas regresó a casa encontró a Carmen llorando amargamente. Tenía el vestido roto y el pelo alborotado. La mesa estaba volcada. Le salía sangre de unos golpes en la cara.

—¿Qué pasó?

mirada agría:

—Por supuesto. . .

Don Miguel seguía mirando su reloj. Dimas pensaba: "¿Por qué el norteamericano está tan aficionado al reloj? Parece encadenado a su horario."

Luis dejó de tararear el himno.

—Hermanito, permítame un consejito. Yo sugiero que lo piensen bien. Las cosas hechas a la carrera nunca salen bien. Oren primero. Sí, oren. Entonces, si todavía siente que Dios lo está llamando, puede inscribirse en el Seminario Teológico.

Don Miguel tomó el mismo hilo.

—¡Sí! Lea este catalogo del Seminario. Explica el curso de tres años. Mire las materias ofrecidas: Hamartología, Soteriología, Escatología, Hermenéutica, Homilética, y Psicología. Llévelo. ¡Todo lo que le falta!

—Una cosa mas, añadió Luis, debe orar mucho acerca de estas cosas antes, para adivinar la. . .

—Yo he orado, Luis—le interrumpió Dimas—. La decisión está hecha. Me voy a El Olvidado.

Al caminar hacia el carro Dimas rompió el catalogo en dos. ¡Nunca lo admitirían en el Seminario! Sólo había llegado hasta el segundo grado de la primaria. Carmen lo regañó:

—¡Dimas! ¡No lo botes aquí! ¡Dámelo!

Se encontraron otra vez en el carro.

—No te desanimes tanto, Dimas—dijo Carmen al fin. Pero lloraba.

—Voy a la librería para hablar con el hermano Ezequiel—dijo Dimas—. El siempre me da consejos sabios.

—Llévame a la casa primero—respondió Carmen—. Me preocupa Samuelito. Le dio calentura en la mañana.

El carro se detuvo en una esquina por un semáforo. Dos jóvenes salieron corriendo de un estanco y gritaron:

—¡Taxi! ¡Taxi!

—Estoy ocupado—dijo Dimas.

—Tenemos clases en diez minutos. Llévenos a la universidad.

El más grande de ellos abrió la puerta por el lado de Carmen.

—Ya le dije que no. Estoy ocupado, hombre—. A Dimas no le gustaban los modales de los universitarios en Tegucigalpa. Trancó la puerta de un golpe.

—¡Aja! ¡Ya veo!—dijo el universitario observando a Carmen, y se rió.

—¡Sale con la muchacha! No quiere que nadie los acompañe. Está bien. Fíjate en los recursos naturales, de ella. Ella me...

—¡Ella es mi esposa!—gritó Dimas enojado.

—¡No me diga!—se burló el joven—. ¡Yo no sabía que los indios se preocupaban por casarse!—Y comenzó a decirle obscenidades a Carmen. Dimas salió y agarró al estudiante.

—¡No, Dimas! —gritó Carmen.

Aunque Dimas era el más pequeño, sus años de duras labores con el machete lo habían hecho ágil y fuerte. Desde que recibió a Cristo ya no le gustaba pelear pero, una vez provocado, el viejo tigre dentro de él reaparecía. El alumno lo maldijo, atacándolo a golpes. Dimas, defendiéndose con la

Carmen se asustó. Pablo empezó a limpiar el rifle.

—Te vino una carta—le dijo.

Dimas la leyó:

—Es del nuevo misionero. El reverendo Harris dice que tengo que cambiar mi práctica. Estoy bautizando muy rápidamente. El procedimiento de la iglesia no es hacerlo tan rápidamente.

—¿Qué dice entonces? ¿Cuanto tiempo quiere que esperemos para bautizar a un hermano?

—El dice que espere un año.

—¡Un año!—exclamó don Pablo—¡No habría ni una iglesia todavía en El Olvidado! ¡Nunca podríamos levantar iglesias en las aldeas!

—Yo sé, papá.

—¿Qué vas a hacer?

—No vamos a esperar un año.

—¿Cuánto tiempo dice la Biblia para bautizarse?

—Los apóstoles siempre bautizaban inmediatamente a todos lo que confesaban su pecado y creían en Jesucristo.

—¿Entonces, para qué esperan?

—Es para tener cuidado que el nuevo creyente sea sincero.

—¡Tener cuidado! ¡Luis tuvo tanto cuidado en Dos Rocas que casi destruyó la iglesia! ¿Por qué dejan de seguir la Biblia?

—No dejaremos. ¡Don Tino no espera un año! El no sospecha así de los nuevos hermanos. Voy a contestar al misionero. ¡Que mande las citas bíblicas para lo que exige en su carta!

—¿Por qué no?

—Estoy agradecido. Oréme. Pero no puedo. Mi papá no dejará que nadie de su propia casa sea evangélico.

—Pero tú necesitas a Cristo. El te ama y te perdona todo...

—Yo sé. Un anciano me habló de Cristo en Dos Rocas. Me gustó su plática. El tenía un perro parecido al tuyo.

—Mi perro está muerto.

—Yo sé. Yo lo maté.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Porque si mi papá hubiera estado, él te hubiera matado y robado. Yo quise prevenirte para que salieras antes.

—Bueno, el perro era el mismo. Lamelatas perteneció al anciano que te habló de Cristo. Ezequiel ya murió.

—¿De veras? Estuvo a punto de convencerme de que me arrepintiera. Pero mi papá nunca dejaría. Nadie se le opone. ¡Nadie! Mucho menos alguien de la familia.

—Lleva el Nuevo Testamento de todos modos.

—No sé leer bien. Mejor andante. Mi papa se enojaría. Te pegara un tiro en el momento que te mire, sin preguntar nada.

—Entendido, amigo. Me voy.

—No soy tu amigo. Y no te quedes en Riachuelo.

Dimas pasó el potrero y se monto. Bajó de la montaña y llegó a casa. Preguntó a su papa:

—¿Dónde está tu rifle?

—Ahí debajo de la cama. ¿Por qué?

—Mejor que lo tengamos listo. Cáliz nos visitará—.

mano izquierda, castigó al universitario con la derecha. El estudiante se dobló y Dimas lo levantó otra vez con un puñetazo en la quijada; cayó de rodillas gritando:



—¡Ya no más, por favor!—Su compañero se retiró sin protegerlo. Dimas se quedó mirándolo. Un carro pitaba detenido detrás de su taxi. Estaban apresurados.

Carmen se volteo y miró al chofer.

—¡Caramba, Dimas! Es el hermano Luis, con el carro del misionero. Te vio. La iglesia te va a castigar.

Dimas arrancó el carro y siguió su camino. Ya se sentía mejor. Carmen le limpió la sangre de la boca con su pañuelo y se rió:

—Olvidaste darles un folleto para evangelizarlos.

Cuando Dimas llegó a la librería, el viejo col portor Ezequiel estaba sentado acariciando a su perro, Lamelatas. Este era de color café, renco de una pata y con una oreja gacha: huellas de pleitos ya olvidados en su vejez. Ezequiel siempre escuchaba con paciencia los problemas de Dimas. Este le contó su motivo para ir a El Olvidado:

Pero el misionero no me hace caso. Yo pensé que se alegraría. Hasta el pastor me desanima. Pero yo me voy de todos modos. Necesito tu apoyo, Ezequiel.

El anciano le quitó una garrapata a Lamelatas y la mató apretándola entre las uñas.

—Ojalá que yo pudiera acompañarte, hermanito. Pero mi sangre vieja está mala. Las montañas de El Olvidado doblarían demasiado estas rodillas tan débiles. Mis pulmones ya perdieron su elasticidad.

—Levantaste iglesias en lugares remotos. ¿Cómo te sostuviste?

—Vendí Biblias y libros, viviendo por la fe.

—Pues voy a hacer lo mismo.

—Un momento, hermanito. ¿Cuántos hijos tienes?

—Sólo cinco. Pero en unas semanas. . .

—Por tu cuñado Roberto. El vive con la mujer de mi papá.

—¡Elena!—exclamó Dimas.

—Sí. Elena. La tenía cuando estaba en Dos Rocas. Sus hijos mayores son mis hermanos. Mi papá está celoso. Tiene que vengarse.

—Pero yo no tuve nada que ver con eso—declaró Dimas—; yo no lo sabía.

—No importa. Te digo que salgas. Por tu propio bien. Mi papá no respeta a nadie. El odia a los evangélicos.

—Te digo una cosa. Mi cuñado Roberto no era evangélico cuando se peleó con tu papá. Cálix no tiene por qué buscar pleito con los creyentes.

—Mi papá no deja que nadie tome a su mujer. El no cambiará de idea. ¡Nunca! Hizo una promesa.

Dimas recordó la muerte de la mamá de Mincho. Cálix se dio cuenta de que ella lo engañaba. Tomó un leño de la estufa y le metió a ella la braza ardiente. El eco de sus gritos se oyó hasta Riachuelo.

—Mira—dijo Dimas—, dile a Cálix una cosa. Soy creyente. Pero esto no quiere decir que no puedo defenderme. La Biblia no prohíbe que lleve arma para defender a mi familia. El debe tener cuidado.

—No vaya decirle nada. Lo que él haga, yo le ayudo. Es mejor que salgas de Riachuelo con tu familia.

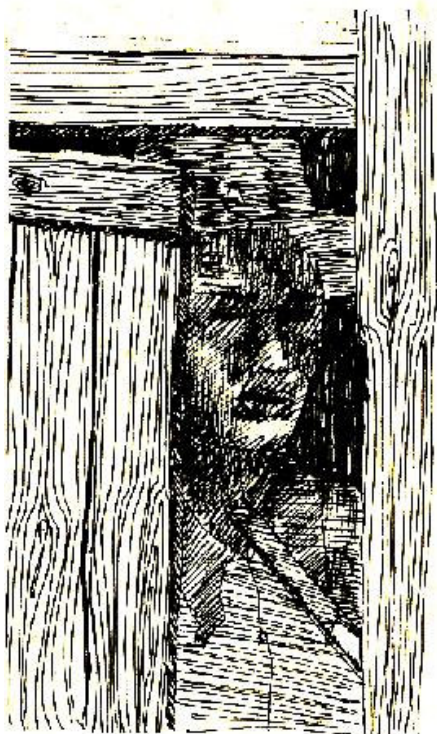
—Oye. Vamos a permanecer aquí. Hasta que haya iglesia. Pero, Mincho, les traje un Nuevo Testamento. Para toda tu familia. Aquí está.

—No puedo aceptarlo.

El hijo de Cáliz abrió la puerta un poquito para ver. Tenía un rifle.

—¿Para qué lo buscas?

Dimas le aseguró:



—No ando armado. Mírame.

Pues andante antes de que venga mi papá. Tiene pleito contigo.

—Por eso vine.

—¿Quieres pelear con él?

—Yo quiero tener un entendimiento con él.

—¿Pero cómo? No andas ni siquiera tu machete.

—¡No! ¡Así no! Quiero un entendimiento amistoso.

Mincho abrió la puerta con su pie.

—Nunca vas a arreglar nada con mi papá.

—Pero no hace ningún daño solo hablar el asunto.

—Mi papá no te dará la oportunidad de hablar. ¿No sabes? ¡Tenemos un pleito con tu familia!

—¿Con mi familia? ¿Por qué?



—Pues no. No puedes alimentar tanta familia con los pocos centavos que ganes por la venta de libros. Y mira esta cicatriz de mi mejilla. Los ladrones casi me arrancaron el alma de este viejo cuerpo. Enterré a mi esposa en esas montañas. Ella era joven como tu esposa Carmen. La peste la mató. Ahora nadie me queda. Sólo Lamelatas.

—¿No tienes hijos?

—La peste se los llevó también. No tenía dinero para la medicina. No Dimas, no puedes llevarte a tu familia allá, hasta que tengas una milpa sembrada.

—Así voy a hacer. Tengo que ir a El Olvidado.

—Un momento, hermanito —Yo siento algo en tu actitud que no es correcto—. Ezequiel meditó unos minutos—. Mira: puedes ir si tu iglesia te envía. Es lo único.

—¿Por qué? A ella no le interesa.

—El Todopoderoso te enviará a El Olvidado por medio de tu iglesia. Dios trabaja por medio de su iglesia, no por medio de individuos.

—No entiendo. Se que Dios quiere que yo vaya. Lo ordenó en la Gran Comisión.

—Esa comisión es para la iglesia como cuerpo. Es la iglesia la que tiene que reproducirse en El Olvidado. Si el Espíritu Santo te envía, será por medio de la congregación. Si ella no está de acuerdo, Dios no puede enviarte como un brazo de ella.

—No entiendo, hermano Ezequiel. ¿Por qué la iglesia tiene que estar metida?

El anciano tomó su Biblia.

—No hay apóstol que se ordene a sí mismo. Hasta el Apóstol Pablo fue enviado por medio de su propia iglesia en Antioquia. No será tú, sino tu iglesia, quien levantará las iglesias en El Olvidado, Dimas. Ella se reproducirá por medio de ti. Ella dará a luz iglesias hijas.

Un joven entro a la carrera.

—¡Don Ezequiel! ¡Necesito una Biblia! ¡Hola! Dimas! ¿Por qué no juegas ahora con nosotros fútbol? ¿Dónde están las Biblias?

—Aquí, Pepe—dijo Ezequiel sacudiendo el polvo de una caja—. ¿Estás apurado?

—Una amiga está en el hospital. Quiero regalarle una Biblia.

—¿Está grave?—le preguntó Ezequiel.

—¿Y tú—preguntó Luis a Dimas—eres muy consagrado entonces?

—No mucho—confesó Dimas—. No pretendo ser muy santo. Hermano, Luis, tú nunca vas a ganar a la gente. Es porque crees que son duros. No simpatizas con ellos.

—Ya no importa—dijo Luis—; hoy fue mi último domingo en El Olvidado. Voy a llevar a Eugenia para vivir en la ciudad.

—¿De veras?—preguntó Dimas—¿Y qué vas a hacer?

—Voy a enseñar el Evangelismo y la obra Pastoral en el Seminario.

Después de la boda Dimas regresó con Carmen a Riachuelo. Luego se encontró camino a casa de Cáliz. Iba montado en el caballo de su papá. De largo miró la casa. No vio a nadie. Amarró su caballo en un palo. Se quedó mirando la casa a través de un potrero. Pasó por la parte clara del potrero. Llegó a la casa. Tocó. Nadie contestó.

—¡Cáliz!

Silencio.

—¡Cáliz Urbina!—llamó en voz alta. Nadie respondió. Solo el eco resonó en el valle abajo. Dio la espalda y caminó hacia el caballo.

Entonces alguien llamó desde adentro:

—¿Qué querías?

—Quiero hablar con Cáliz.

—Mi papá no está.

Dimas respondió a Mincho:

—Entonces esperaré.



.—¿Entonces, qué haremos para que la congregación crezca otra vez?

Dimas les recordó:

—Ezequiel nos enseñó que hiciéramos la obra sencilla. ¡Sólo hacer las cosas que Cristo ordena a una iglesia! Son siete: arrepentirse y creer en Cristo, bautizarse, amar, celebrar la Cena del Señor, orar, ofrendar y enseñar la Palabra. ¡Esto no más! Es fácil hacer crecer la iglesia si lo hacen sencillo.

Acompañando a Luis a su casa, Dimas le preguntó:

—¿A cuántos has bautizado en Dos Rocas?

—A nadie. No quieren consagrarse. La gente es dura.

—¿Cuántos miembros hay en la iglesia ahora?

—No sé.

—¿No guardas una lista de los miembros?

—No sé. Tal vez alguien la tenga.

—¿A quiénes les sirves la Santa Cena, si no sabes quienes son los miembros bautizados?

—No la sirvo. Estoy esperando que aprendan más. No están bien dedicados.

—¿Y tú eres consagrado?

—¿Yo? ¿Por qué me lo preguntas?

Dimas se rió:

—No estás cumpliendo los deberes pastorales. No bautizas. No sirves la Cena del Señor. No aprecias a tu rebaño. No obedeces a Cristo. El mandó estas cosas pero tú no las obedeces. Tampoco eres consagrado.

—No. Eh. . . ella trabaja allí. Está estudiando para enfermera. Sale hoy para su casa en Dos Rocas, en El Olvidado.

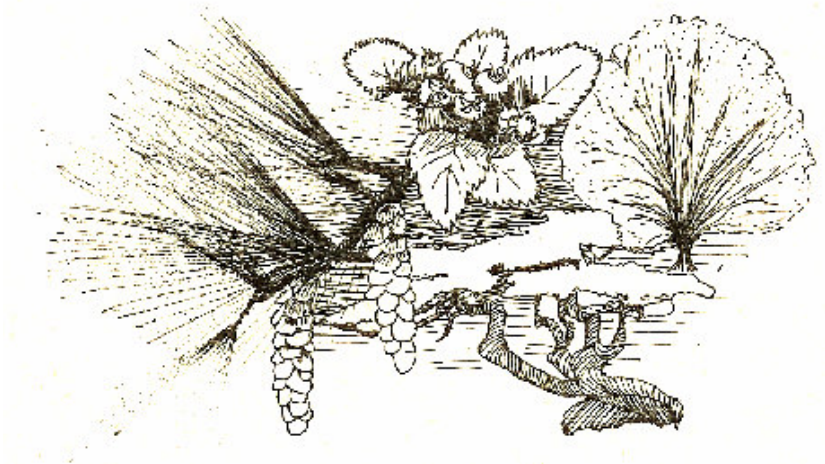
Pepe era presidente de la Sociedad de Jóvenes de la iglesia. Escogió una Biblia blanca y salió corriendo.

Dimas le confeso a Ezequiel:

—No entiendo como una iglesia se reproduce en iglesias hijas.

El le explicó:

—El Hacedor hizo cada árbol y hierba con su propia semilla en ella para, reproducirse. Así hizo cada cosa viviente de la creación. Cuando Cristo resucitó él fue las primicias de una nueva creación. Su cuerpo, la iglesia. El la comparó con una planta que crece, se multiplica y cubre la tierra. Su semilla cae en los corazones de los pecadores arrepentidos.



El Espíritu Santo la hace nacer y crecer y reproducirse por medio del evangelio. Algunas ramas se secan y no llevan fruto. Estas son iglesias viejas que olvidan a su Señor Jesucristo. Pero otras iglesias nuevas crecen y siguen reproduciéndose como una planta. Una iglesia tiene que crecer y multiplicarse. Así la formó Dios. Es su naturaleza. Tú fuiste agricultor, Dimas; debes entender esto. Separado del cuerpo de Cristo tú no puedes hacer nada. Serías una rama separada de la planta.

—Entiendo. Tengo que ir a El Olvidado como una rama de mi iglesia. Ella tiene que apoyarme. Voy a explicar el proyecto hoy en la reunión de oración.

Ezequiel cerró los ojos y habló despacio:

—Dimas, el Todopoderoso te envía para sembrar la semilla en las montañas más pedregosas de Honduras. Tendrás que quitar unas piedras. ¡En terreno de peligro y de muerte!

—¿Qué?!

—Lo veras. La luz asusta a las criaturas pálidas que se esconden en la oscuridad bajo estas piedras.

—¿Cómo?

—Las criaturas se enloquecen por la luz. Se arrastran a ciegas en busca de hoyos. Y de venganza. Pero la luz caliente hace nacer la nueva vida verde en el suelo fresco. El Todopoderoso te dará una buena cosecha de almas, mi hermanito.

—Pero...

—Y un día encontraras una piedra demasiado grande. Te dañarás haciendo la fuerza para moverla. Descubrirás la serpiente abajo. Estará brava por la luz y el aire fresco. Esta serpiente te atacará a ti y a tu familia.

pasado adelante muchas veces para "aceptar". Cada vez pedía algún dinero o ropa.

Después, uno de los diáconos pidió a Dimas:

—El hermano Luis va a salir. ¿No podría la Misión mandarte a ti a pastorear aquí?

—Estoy ocupado en Paniagua y Riachuelo. Pero ustedes tienen a varios hombres que pueden cuidar la obra. ¡Tú mismo puedes predicar y todo!

—Sí, hermano. Pero es mejor que venga uno de afuera. Le tienen más respeto. Y la Misión puede pagar.

—Yo creo que no. De todos modos no me interesa el dinero—mintió Dimas que miraba sus zapatos tan gastados. Su ropa era más vieja que la de todos—. ¡No! Porque la Misión no puede sostener a un pastor en todas las aldeas. La Iglesia de nuestro país tiene que sostenerse por su propio suelo. No puede depender de los misioneros extranjeros. Esto limita la obra. Tenemos que seguir creciendo.

—Pero nosotros no estamos capacitados.

—Tienen los mismos cursos de extensión que yo. Y tienen al mismo Espíritu Santo que los, misioneros y pastores titulados.

—Pero dicen que uno tiene que graduarse en el Instituto Teológico para ser pastor.

—Yo nunca asistí a ningún Instituto Teológico.

—¿Cómo te hiciste pastor entonces?

—Con la práctica he aprendido algo. El Espíritu de Dios me ayuda. Y estudio los libritos de extensión. Esto basta para un pastor en las aldeas. Con más educación no se entenderán con la gente, de todos modos.

y el coro. Ella es más nueva que estos hermanos que no bautizas.

—Pero ella. . .—Luis se sonrojo—. Quizás le he dado un poco de preferencia.

—Bueno—dijo Dimas—; si amaras a los demás aunque fuera la mitad de lo que la amas a ella, tu iglesia duplicaría su membresía cada semana.

Luis se sonrojo más.

Dimas siguió:

—¿Cuándo vas a bautizar a estos hermanos?

—Hoy en el culto voy a tratar el asunto.

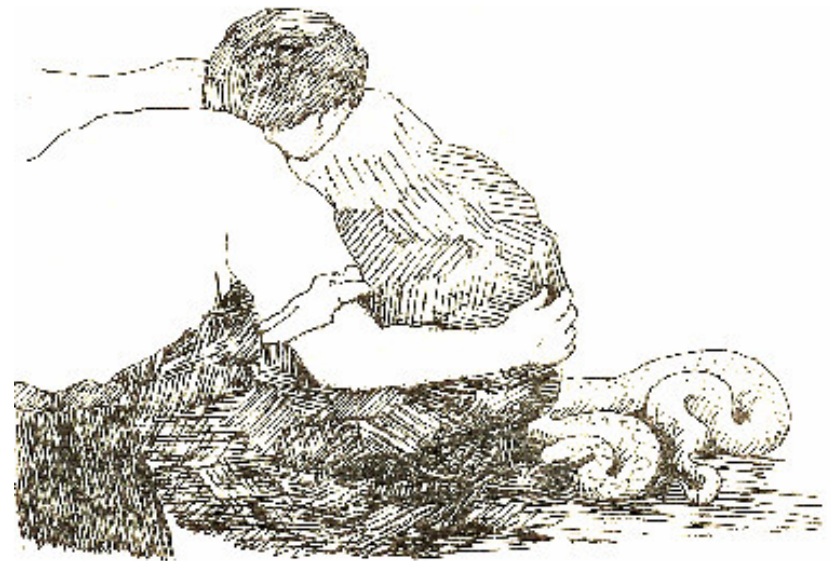
Aquella noche Luis trajo un documento de muchas páginas.

—Es la constitución de la iglesia. La escribí para ustedes. La aprobaron el mes pasado. Voy a leer los artículos acerca del bautismo—. Le costó mucho tiempo hallar el artículo. Leyó: —Artículo setenta y dos. Sección j. Párrafo número veintitrés: "Requisitos para el Sagrado Bautismo. Número uno. . ." — Siguió leyendo unos diez minutos. Leyó una lista de los pecados que uno tiene que dejar. Entonces leyó el Requisito número dos. ¡Otros diez minutos! Este contenía lo que un candidato tenía que aprender primero para bautizarse. Entonces empezó a leer el Requisito número tres.

Dimas susurró a Carmen:

—Es demasiado. ¡Yo nunca me habría bautizado! Si hubiera tenido que cumplir con todo esto me habría desanimado antes—. Carmen no respondió. Estaba dormida.

Después de predicar, Luis hizo una invitación. Una anciana pasó adelante para aceptar a Cristo. Dimas la reconoció. Era la señora de la pipa que gritaba "aleluya" en los cultos. Había



—No entiendo.

—Es la lucha de la iglesia donde quiera que se rompa nueva tierra, hermanito. Tú y tu casa van a sentir el dolor.

Aquella noche el pastor don Tino preguntó por las peticiones de oración. Dimas les participó su plan para El Olvidado. Escuchaban sin mucho interés. El tesorero regañaba a Lamelatas, que se rascaba detrás del púlpito. Samuelito lloraba en los brazos de Carmen. Luis bostezaba. Dimas se sentía afligido; apenas podía hablar. Les rogó:

—No puedo ir a menos que ustedes me envíen. Quiero comenzar la obra de El Olvidado en Dos Rocas.

Pepe se despertó.

—¿Dos Rocas?

—Sí—dijo Dimas—. Es el pueblo más grande y ahí vive mi cuñado Roberto. Pepe se puso de pie.

—Yo he tenido la misma idea, que Dos Rocas necesita una obra evangélica. Dimas tiene razón.

El tesorero se paró.

—Yo, de mi parte, pues, estoy de acuerdo en que El Olvidado necesita el evangelio. Ahí vive la gente más mala de Honduras. Pero nuestra pequeña iglesia aquí tiene su propia lucha. No puede evangelizar en toda Honduras. Es la Misión la que debe abrir nuevos campos. La Misión tiene enlace con las iglesias norteamericanas y todo eso. Pues la Misión tiene esa tarea.

Luis dejó de tararear el himno y se levantó.

—Yo, como obrero de la Misión, puedo contestar esto. Ya tenemos bastantes problemas aquí. No estoy quejándome de mi pequeño sueldo de la Misión. Pero apenas puedo seguir con nuestra nueva iglesia por el río. El tejado de la casa se está cayendo. Hay mucho que hacer en nuestra ciudad. La Misión no debe comenzar un nuevo campo en El Olvidado.

Una anciana diaconisa se paró.

—Hermano, Dimas, yo te conocí hace muchos años. Desde niño eras débil de los pulmones. ¡Cuántas veces he orado por ti cuando respirabas con dificultad! El aire de El Olvidado no es saludable para ti. Viniste a la ciudad para tratarte en el hospital por tus pulmones. Muchos niños mueren en El Olvidado por el aire. El aire de las montañas es malo. No sé si debes regresar allá hermanito.

El pastor habló:

—Bueno, debemos seguir con el culto. Ya hemos platicado bastante del problema de Dimas. Nuestra iglesia no puede hacer nada en otro distrito por ahora. Tendremos que establecemos aquí primero, como una base sólida.

que sucia esta!

—Le pagamos a un hermano para limpiarla. A veces se le olvida.

—¿Le pagan por esto? ¿No lo hacen las diaconisas?

—Ya no. Nadie tiene amor para la obra de Cristo.

Dimas movió la cabeza.

—¿Qué vas a creer? ¡Pero ojalá que alguien sacuda el polvo antes de tu boda!

Empezó la escuela dominical. Algunos maestros no llegaron. Luis regañó a los fieles por esto. Dos hermanos llamaron a Dimas afuera. Le pidieron:

—Hermano, hace tiempo seguimos a Cristo. Queremos bautizarnos. ¿Puede usted bautizarnos?

—Pero Luis es su pastor.

—Pero el nunca se va a convencer de que tenemos suficiente preparación.

—Hablaré con él.

Más tarde Luis informó a Dimas:

—Ellos no tienen suficiente preparación para el bautismo.

—¿Por qué no?

—Bueno, al bautizarse, tendrán voz y voto y todo. Buscaran puestos de responsabilidad.

—¿Pero no es bueno esto?

—Tú pones a los nuevos creyentes a trabajar. Pero no creo en esto.

—Vaya, tú pusiste a Eugenia a dirigir la escuela dominical

—¿Pero por qué lo dejan? Varios hombres son capaces de cuidarla.

—Sí, pero Luis no los deja hacer nada. Dice que ellos no tienen suficiente preparación.

—Pero cuidaban bien la obra antes de que Luis llegara.

—Pero ahora tienen miedo. No quieren hacer nada porque el pastor los critica. Dice: "Si no pueden hacer las cosas bien, mejor no hagan nada". De modo que no hacen nada.

—¿Pero que puedo hacer?—preguntó Dimas.

—Quieren que tú seas el pastor. Te darán un sueldo.

—Pero tengo que trabajar donde las iglesias están creciendo. Los hermanos de Paniagua han levantado tres nuevas iglesias en las aldeas cercanas. Y mi papá está comenzando otras obras en las aldeas cerca de Riachuelo. En poco tiempo habrá una iglesia en cada aldea. Tengo que preparar a los encargados. ¿Para que ir donde solo hay problemas? ¡No es lógico! Debemos trabajar donde Dios está trabajando.

—Claro. Pero, ¿puedes ir para la boda?

—¿Quién se casa?

—El hermano Luis y aquella enfermera. ¿Te acordaras de ella?

—¡Ningún hombre olvida fácilmente a Eugenia!—se río Carmen—. Ella será la novia más bella.

—No tan bella como con la que yo me casé—dijo Dimas.

Fueron a Dos Rocas. Asistieron al culto del domingo. Cuando se sentaron, se quebró la banca.

—Han descuidado la capilla—dijo Dimas a Luis—¡mira

Dimas solamente podía tartamudear:

—Pero. . . pero. . . ¿No pueden votar a hacer algo para ver si están de acuerdo? ¡Algo!

El tesorero se paró de nuevo.

—Permítame. Yo quiero unas palabritas más. No podemos votar sin saber lo que estamos haciendo. Hermanos, yo he escuchado todo. Yo puedo resolver el problema de una vez. Permítame. Un obrero en El Olvidado necesitaría por lo menos cien lempiras al mes. La iglesia no puede pensar en esto. Se necesita un nuevo mimeógrafo. La capilla necesita pintarse. Ahora yo tengo apuntados los datos—. Se puso los anteojos y los ajustó lentamente. Inclino la cabeza por un lado y estudió el papel—. Con estas nuevas bancas y el sueldo del pastor, debemos ciento veintidós lempiras con cuarenta y tres centavos. Pero sólo hay sesenta y siete lempiras con ochenta y cinco centavos en caja. Pues esto es todo.

Carmen secreteó al oído de Dimas. Se hablaron en voz baja. El comenzó a pararse pero el misionero ya estaba puesto de pie. Mirando su reloj, don Miguel parecía estar diciendo la última palabra:

—Bueno, siempre queremos nuevas iglesias. Pero Dimas no puede hacerlo. Le falta experiencia. Si él va, alguien tendrá que acompañarlo. Nadie con experiencia está libre para acompañarlo. Dimas debe quedarse aquí y prepararse más. Entonces podríamos considerarlo.

Dimas se puso de pie. Sus manos temblaban. Sentía un fuego adentro.

—Hermanos, todo lo que han dicho es la verdad. Pido sus oraciones. Pero no por mí. Oren por mi pueblo y mis padres y mis familiares allá en las aldeas de El Olvidado. He testificado



de Cristo en Tegucigalpa. Siempre hablo a mis pasajeros acerca de Cristo. Algunos de ustedes recibieron a Cristo en mi taxi. Ahora Cristo ha hablado a mi corazón: Si das testimonio de mí a los extraños, ¿Por qué no testificas a tus familiares? No puedo menos. Dios me lo ha ordenado. Pero no puedo irme a menos que sea por medio de mi iglesia. Por medio de ustedes.

Dimas se sentó. Oyó voces:

—¡Tiene razón! ¡Cómo no! —Pero otros decían —¡Quizás el otro año! ¡Ya no!

Comenzaron a orar. La vieja diaconisa pidió al Señor:

—Envía a Dimas. Pero pretéjelo del aire—. Y derramó lágrimas. Otros oraron.

El pastor se paró para despedirlos. Hizo una pausa. Entonces habló:

—Al orar, yo siento que el Espíritu de Dios ha hablado al



—Luis devolvió el dinero que debía. Y don Miguel me pide ayuda en la obra de Dos Rocas. ¿Por qué será?

Marcos contestó:

—Es que el hermano Luis se ha hecho pulpitero.

—¿Pero cómo?

—No visita a la gente. No bautiza a los nuevos creyentes. No sirve la Santa Cena. Sólo predica. La obra va decayendo.

## Capítulo 6

### LA SERPIENTE

Muy poco pudo trabajar Dimas en la cosecha del café. Se sentía mareado cuando subía la montaña. A su familia no le alcanzaba comida. Todos los días oraban por sus alimentos. Dimas decidió trasladar a su familia a Riachuelo, donde podría trabajar con su padre.

Carmen se preocupó y preguntó:

—¿Pero como puedes evitar a Cálix? El no dejará de molestar.

—Mientras haya aldeas sin evangelizar yo no dejaré de visitarlas.

Aquella tarde llegó Marcos de Jocal con su mula. Traía una carga de maíz y de frijoles.

—Son para ti, hermanito. Supimos que tenías necesidades. Son de parte de nuestra iglesia en Jocal. Son diezmos.

—¡Qué maravilla!—exclamó Carmen—. ¡Mira como Dios acudió a nuestros ruegos!

Marcos les entregó dos cartas. Dimas las abrió y dijo:

hermano Dimas. No sería la primera vez que nuestra iglesia enviara a un obrero provisional. Lo único es que no hay fondos para una nueva obra. Conseguir el dinero queda en las manos de Dios.

Carmen habló otra vez en el oído de Dimas. El le apretó la mano.

Continuaba don Tino:

—Dimas puede estudiar algún tiempo primero.

—Pues, ¿sólo es cuestión del dinero? preguntó Dimas.

Don Tino, dudoso, miró al misionero.

—Pues sí. Eso es el mayor obstáculo. También te falta la preparación. Pero si alguien te acompaña...

Dimas solicitó:

—Por favor tengamos una sesión. ¿Pueden los oficiales de la iglesia quedarse?

—¿Para qué?—preguntó don Tino.

—Para explicarme todo lo que tengo que hacer.

—¿Ahora mismo?

Dimas les miraba con esperanza. Entonces don Tino sugirió:

—¿Por qué no vienen a mi casa? Pueden tomar pinol y conversar.

Dimas llegó un poco tarde a la casa de don Tino.

—Discúlpeme —les rogó—; tuve que hacer un mandado. Se sentó al lado del tesorero y le habló en voz baja.

—Hermanó Dimas— empezó, don Tino—, ya hemos

hablado. Estamos de acuerdo. Puedes irte a El Olvidado cuando haya fondos y cuando hayas encontrado a alguien con suficiente preparación que pueda acompañarte en el principio.

Luis dejó su pinol un momento para añadir:

—Pero esta iglesia tendría que patrocinarlo todo. La Misión no emplea a voluntarios provisionales en esta forma. Tampoco debe dar trabajo a cualquier hombre que ande por la calle peleando y. . .

El tesorero interrumpió:

—Pastor, como tesorero de esta iglesia, yo tengo un anuncio. Dios ha dado mil lempiras. Son para empezar la obra en El Olvidado.

Luis se atragantó con su pinol.

—¿Qué? ¡Mil lempiras!

—¿Mil?— repitió don Tino, asombrado—. ¿De dónde, hombre?

El tesorero miró a Dimas. Hizo una pausa.

—Bueno, pastor, el hermano Dimas ha vendido su taxi.

Hubo silencio. Ezequiel habló primero:

—Hermanos: estoy viejo. Pero el Todopoderoso me ha dado la experiencia que le falta a Dimas. He levantado varias iglesias en las aldeas.

Lamelatas abrió los ojos. Miro a Ezequiel. Paró las orejas.

El anciano siguió:

—No me queda mucho tiempo en este mundo. Pero quiero pasar lo que me quede en la lucha. En la lucha del Rey Jesucristo. ¿Qué dices, Lamelatas? Vamos a morir en el campo

—Pero él tiene que venir. Todo esta planeado.

—No, Dimas. Debes acostarte ya. Luis escribió que el nuevo misionero decidió trabajar en la capital, para evangelizar a los universitarios. Prefiere trabajar con los más preparados. Entonces ellos podrán alcanzar mejor a su propio pueblo, dijo.

## PREGUNTAS DEL CAPITULO CINCO

1. Muchas parejas reciben a Cristo viviendo en matrimonio por costumbre. Es decir, su matrimonio no ha sido legalizado por el gobierno. A veces es imposible hacerlo. Sin embargo, viven fielmente juntos. ¿Debe la iglesia aconsejarles que se separen o que sigan juntos?
2. ¿Tenemos autoridad de negar el bautismo a un creyente arrepentido? Explique su respuesta:
3. Algunas congregaciones evangelizan más a sus familiares y amigos que a los desconocidos. Por lo general tales iglesias crecen y se multiplican más rápidamente. ¿Por qué?
4. Algunos pastores regalan ropa o cosas a los incrédulos. ¿Por qué pueden resultar con esto falsos seguidores?
5. El nuevo misionero prefirió trabajar con los universitarios. Pensaba que ellos, siendo los más preparados, podrían evangelizar mejor a su pueblo y así levantar las nuevas iglesias. No quiso trabajar directamente con los que ya estaban levantando las iglesias. Quiso usar el método indirecto de preparar a los líderes de la ciudad para enviarlos a las aldeas. Pero las investigaciones demuestran que es más eficaz levantar iglesias trabajando *directamente* con la gente interesada. Por lo general, el método *directo* de evangelizar es más eficaz que el *indirecto*. ¿Por qué?



Llegó a Paniagua. Arturo y Roberto, al verlo, salieron corriendo.

—¡Diablos!—preguntó Arturo—¡Qué pasó!

—El Señor nos bendijo—respondió Dimas—. Hay diez creyentes bautizados en Riachuelo.

—Pero, ¿qué sucedió contigo? ¡Estás herido!

—Y mi papá va a prepararse para cuidar la congregación.

—¿Quién te golpeó?

—No sé. Y dos hombres más van a ayudar a mi papá. Ya saben servir la Cena del Señor.

—¿Dónde está tu perro Lamelatas?

—Ellos están estudiando la Biblia todos los días en Riachuelo. Van a poder enseñar a la congregación.

—Magnífico, Dimas. ¿Pero quién te asalto?

No sé. Quizás Cáliz. Mi papá les llevará a Dos Rocas para las clases de capacitación con el nuevo misionero. ¿Vino ya el nuevo misionero? Luis iba a avisarme.

Arturo le dijo:

—Luis escribió. La Misión lo perdonó. Lo están empleando como pastor en Dos Rocas.

Dimas siguió:

—Antes de madurar el maíz los obreros de Riachuelo van a estudiar unos días en Dos Rocas con el nuevo misionero. Se lo prometí. ¿Cuándo viene?

—Por eso tienen a Luis en Dos Rocas. El nuevo misionero no viene.



de batalla. Voy al campo contigo, hermano Dimas. ¡A El Olvidado! ¡A El Olvidado!

Lamelatas se paró junto a su amo. Le lamió la mano. Don Miguel trató de interrumpir, pero Ezequiel siguió:

—Hay culebras, y los ladrones también se arrastran por todas partes. Quizás pintemos esas montañas con nuestra sangre.

Don Tino respondió:

—Hermano Ezequiel, no te contradigo. Yo sé que una vez decidido, nadie puede cambiar tus ideas.

Los demás se rieron. La diaconisa exclamó:

—¡Gloria a Dios!

Pepe anunció:

—Yo también voy a ir. ¡Quiero ayudar en Dos Rocas!

El misionero habló algo con Luis. El joven pastor se quedó

pensativo. Luego el misionero dijo:

—Dimas, el hermano Luis puede ir con usted por algún tiempo también.

—Bueno, no mucho tiempo —explicó Luis—; sólo para ayudar a empezar. Porque he comenzado una serie de mensajes del libro del Apocalipsis. Sólo hemos llegado a la segunda trompeta. No quiero interrumpir por mucho tiempo.

Dimas se quedó sorprendido. Al fin se expresó:

—Claro, hermano Luis. ¡Mil gracias, don Miguel! ¡Mil gracias, don Ezequiel! ¡Y a usted, pastor! ¡Mil gracias, Señor Jesucristo!

Lamelatas meneó la cola y ladró.

## PREGUNTAS DEL CAPITULO UNO

1. Carmen quiso acompañar a su esposo en su trabajo misionero. A veces la mujer de un obrero no comparte su llamamiento. ¿Qué problemas pueden resultar por esto?
2. La iglesia se puso de acuerdo para enviar a Dimas. ¿Por qué un obrero no debe ordenarse a sí mismo?
3. A veces los hermanos ponen argumentos en contra de una nueva obra. ¿Cuáles son las excusas que ponen para evitar más

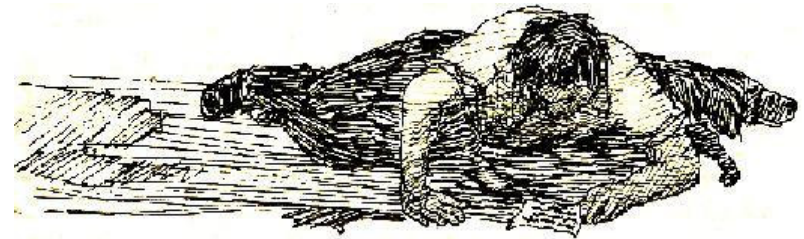
Buscó su cartera. No estaba en su pantalón. La encontró en el suelo. Solo llevaba dos lempiras. La abrió. ¡El dinero todavía permanecía! Pero habían metido un papelito. Lo leyó:

*Ya te advertí evangelista*

*No prediques tu religión aquí.*

*Ya no olvidarás de nuevo si tu vida te vale algo.*

*¡feliz viaje. Que no regreses.*



Con dificultad, Dimas se puso de pie. Tomó su machete y cortó una vara. Cada golpe le hacía doler la cabeza. Hizo el extremo de la vara en forma de pala y excavó un hoyo. Despacio levantó a Lamelatas y lo puso con cuidado en el hoyo. Lo cubrió con la tierra del El Olvidado. Le dio la idea que estaba sepultando otra vez a Ezequiel. Recordó la profecía del anciano. Algún día descubriría aquella serpiente en el suelo de El Olvidado. Bajo la piedra demasiado pesada. ¡No! ¡Nada me impedirá! ¡Hay que establecer las iglesias en todas las aldeas! ¡Ningún obstáculo me detendrá!"

Se fue caminando. Sintió un desmayo y cayó. Se levantó mareado, pero siguió su camino.

¡Ustedes y no yo! Yo les daré clases para capacitarse. La iglesia será de ustedes y de Dios. Pueden enseñar a su propia gente.

Pablo respondió:

—Necesitamos bastante ayuda. Ahora vamos a comenzar a arreglar las cosas. María, oye. Cuando venga el cura no le hagas caso sólo por su modo que mete miedo. ¡En mi casa seguiremos a Jesucristo!

Lamelatas movió la cola y lamió la mano de Dimas.

Así empezó la obra en Riachuelo. Primero el padre de Dimas se convirtió. Luego su mamá. Después sus tíos y sus primos. Fue igual que Paniagua. Dimas se alegró. ¡Lo comprendió! ¡Dios trabaja por medio de los vínculos entre parientes!

Más tarde, regresaba a Paniagua meditando por el camino: "Serás salvo, tú y tu casa". Así es. ¡Que fácil es levantar una congregación! ¡Es fácil cuando se entiende cómo trabaja Dios! He perdido mucho tiempo. Predique a los desconocidos sin resultados. ¡Pero ahora no! Ya veo cómo hacerla. ¡Solamente ir con los nuevos creyentes para evangelizar a sus amistades y familiares! Casi todos responden. ¡Que fácil! ¡Qué..."

Dimas no terminó ese pensamiento. Oyó a Lamelatas ladrar enojado. Luego un golpe en la cabeza le cortó su meditación. Se cayó. Oyó cerca un disparo de rifle. Sintió otro golpe y perdió el conocimiento.

¿Por cuánto tiempo había yacido en el barro? Se oyó gemir. Despertó con un dolor fuerte en el cerebro. Se tocó la cabeza. Retiro la mano. ¡Sangre caliente! Vomitó. Se preguntó, "¿por qué?" Entonces vio a Lamelatas. Yacía muerto, por un balazo.

responsabilidades?

4. ¿Está usted dispuesto a acudir si Dios lo llama a otro lugar?

5. Las iglesias tiene la responsabilidad de hacer discípulos de Cristo en las aldeas remotas. Una misión extranjera sólo debe ayudar a hacerlo. ¿Pero como se averigua a cual iglesia le toca ir a alguna aldea?

6. Supongamos que su iglesia no obedezca a Cristo en levantar iglesias hijas. ¿Qué debe hacer un miembro de ella?

7. Dimas es un tipo perseverante, como un soldado determinado a quien nada detiene. ¿Por qué es necesaria esta cualidad para un obrero que levanta nuevas iglesias?

8. Ezequiel explicó que la iglesia crece y se multiplica como una planta. ¿Por qué un obrero debe tener una visión amplia del crecimiento de la iglesia?

## Capítulo 2

### A DOS ROCAS

Dimas miraba a los dos muleros descalzos. Alzaban la vista, oyendo.

—¡Es una avioneta!—gritó Marcos.

—Está zumbando por encima del campo—dijo su hermano Mateo—para espantar el ganado.

Con los brazos como alas, Mateo hizo el vuelo de la avioneta. Gritó con gran, voz imitando el motor. Su pobre bestia salió atarantada. Iba jalando la carreta de adobes.

—¡Cállate!—grito Marcos a su hermano. —¡estás espantando la mula!

—¡Párrate!—gritaron a la bestia—¡Se están cayendo los adobes!

Dimas corrió para agarrar la mula. Ella lo arrastró por la calle media cuadra. Matea se rió hasta descostillarse.

—¡Seis adobes quebrados!—se quejó Dimas—¿Cómo vamos a construir la capilla así?

—Papá, estás enojado. Dejaré de enseñar en tu casa si. . .

—Nadie me hace caso en mi propia casa. ¡Nadie!

Dimas no discutió más. Empezó a poner sus cosas en la alforja. Pudo oír al cura afuera:

—¡Viva la Madre santísima de Dios!

— ¡Viva! —respondieron los niños como eco.

—¡Viva la Virgen de Suyapa!

—¡Viva!—gritó el grupo. Los niños siguieron gritando:

—¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

Pablo se quedó mirando al cura con su sotana tratando de callar a los niños. Se echó a reír. Se sentó y se rió más. Sacó un pedazo de tabaco. Lo mordió y se echó a reír de nuevo. Tiró un pan a Lamelatas y empezó a hablar:

—De veras, Dimas, me gusta tu modo. Te veo bien serio. Has cambiado bastante. Dime una cosa. ¿Es cierto que Cristo te acompaña? Explícamelo.

—Dimas se dio cuenta de que su papá iba a recibir a Jesucristo. Animado por esta unción del Espíritu, empezó a explicar la salvación.

No llegaron muchos para el estudio bíblico esa noche. El cura todavía estaba y le tenían miedo. Solamente llegaron dos de los más sinceros. Pero por eso gozaron de una comunión más preciosa.

Pablo y los dos hombres oraron confesando sus pecados a Dios.

Dimas les explicó:

—Ahora ustedes pueden levantar su propia iglesia.

—¿Es cierto que tienen cultos protestantes aquí?

María respondió:

-Solo es mi hijo, Padre. El es evangélico.

El cura ordenó:

—Les prohíbo en el nombre del Dios Todopoderoso que tengan más cultos protestantes.

Dimas se levantó ante el cura. Se miraban cara a cara. El jesuita extranjero y el humilde campesino.

—Señor cura. Voy a celebrar culto a las siete de la noche. Lo invito a escuchar el evangelio de Jesucristo.

—No tienes tú autoridad para celebrar cultos—. Entonces el cura se dirigió a la madre de Dimas:

—Te espero hoy. Que llegues para confesarte.

—Sí, padre, voy a llegar.

El cura se retiró. María se puso su chalina y salió tras él.

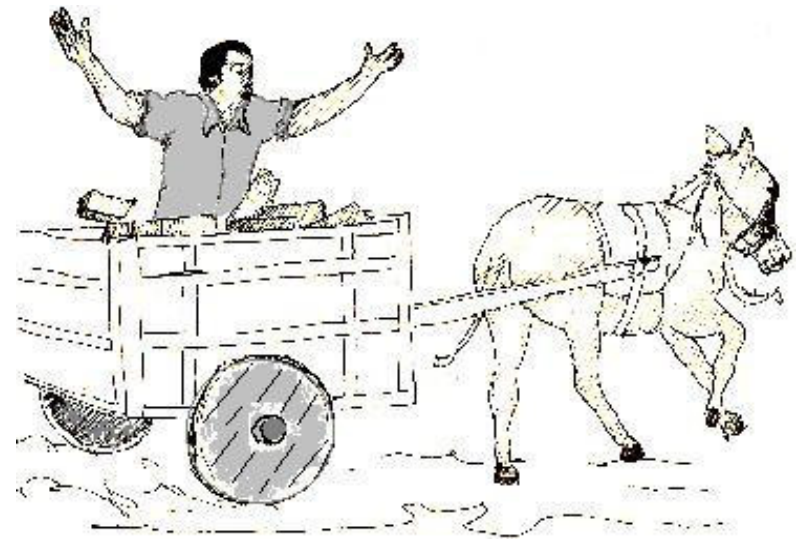
Pablo golpeó la mesa.

—Yo mando en mi casa. ¡Nadie me prohíbe en mi propio hogar!—Dio otro golpe en la mesa, derramando el café.

—Dimas, yo no quiero más problemas en mi casa. A tu mamá le molesta tu religión. Mira. Tú eres mi hijo. Siempre puedes vivir en mi casa. Pero tu religión no. Déjala afuera de la casa.

—Si entro en casa, mi fe entra conmigo. Mi fe es Cristo. El siempre queda conmigo. Cristo es mi compañero inseparable.

—¡Entonces los dos pueden quedarse afuera de mi casa!—gritó Pablo señalando la puerta.



Mateo metió la mano en un rincón de la carreta. Sacó una botella.

—¡Ja! ¡Los santos me bendijeron! Me queda el frasco precioso sin quebrarse.

—No tomes más, Mateo—lo regañó Dimas—Bebiste suficiente anoche. Por la manera que peleaste en el baile es un milagro que no te mataran.

—¡Ja!—se burló Marcos—. No mataran a mi hermano peleando. Lo matará primero la botella.

—¿Y tú?—respondió Mateo destapándola—. ¿No tienes vicios? ¿Cuanto perdiste anoche apostando a los gallos?

—Y tú—gritó Marcos—perdiste tu dinero también. ¡Te embolaste mucho anteanoche! Aquel padre protestante te sacó tu dinero para su gran limosna. ¡El vive bien por los borrachos!

Dimas les preguntó:

—¿Asistieron a las conferencias del hermano Luis?

—Sí—dijo Marcos—, pero ya no. Es un ladrón. Dijo que tenía que darle el diezmo de mi sueldo.

—Pero aceptamos a Cristo—dijo Mateo, Tomándose un trago—. ¿Verdad, Marquitos?

—Sí, pero ponte la botella, hombre—, lo regañó Marcos—. Nunca vas a poder comprarte un par de zapatos. Gastas todo en bebida.

Mateo miró calle arriba.

—¡Mira! Allá viene tu mujer guapa, Dimas. ¡Es bien completa! ¡Muuuu!

Venía una señorita vestida de blanco. Saltaba por el charco.

—No es mi mujer—corrigió Dimas—; es Eugenia. La mía está criando. Eugenia está cuidando a Samuelito. Está grave. Tiene diarrea. ¿Pero qué habrá sucedido? Viene a la carrera.

—¿Es enfermera?—preguntó Marcos.

—Está estudiando—dijo Dimas.

—Faltan enfermeras en El Olvidado—dijo Marcos.

—Siempre tiran balazos o cortan a alguien con machete.

La joven llegó.

—Vino un gringo en la avioneta. De la misión evangelista. Y un reverendo. Se llama Tino.

Dimas siguió colocando los adobes.

—¿Y Samuelito? ¿Cómo sigue?

—Samuelito está lo mismo. Ellos quieren hablar con usted, don Dimas.



La procesión pasó por la casa. María se puso pálida. Se persignó y susurró a Pablo:

—¿No te dije? No debíamos tener cultos evangelistas en nuestra casa.

—Trae el café, mujer—ordenó Pablo.

La procesión se detuvo afuera de la casa. Tocaron la puerta.

—¡Madre santísima!—lloró Ana—¡Es el sacerdote!

Pablo se rió:

—Es la primera vez que ha venido a Riachuelo desde hace diez años. Ábrele la puerta.

El cura preguntó:

—Llévesela. Tengo otra.

Más tarde llegó otro buscando a Dimas.

—Yo también soy evangelista. Soy pobre. Soy de la misma hermandad. ¿Podrías prestarme aunque sea dos pesos para inyectarme? Yo sé que tú eres buena gente y como buen cristiano siempre compartes con tus hermanos.

Su papá Pablo se metió:

—Anda, mentiroso. Tú nunca llevaste ninguna religión.

El hombre salió, pero llegó otro. Luego varios llegaron diciendo que eran hermanos. Pidieron cosas. Pablo se rió:

—¡Yo no sabía que teníamos tantos evangélicos borrachos en Riachuelo!

Aquella noche Dimas hablaba con sus familiares:

—No es necesario poner cruces en la puerta para evitar los demonios. Con Cristo en el corazón no tienen que temer a los diablos. Cristo los echó afuera de los hombres endemoniados. El levantó a los muertos. Es más poderoso que el diablo y la muerte. Con El no tenemos que temerles. El no está muerto en la cruz. El vive. ¿Les cuento cómo lo conocí?

Dos señoritas estaban escuchando afuera. Salieron cuando Dimas habló de la fe en Cristo. Una dijo:

—¡Se lo voy a contar al cura en Dos Rocas!

—Ella es jefa de la Legión de María- le dijo Pablo a Dimas—. Ya despertaste el nido de avispas. ¡Ja, ja, ja!

Durante los días Dimas trabajaba con su papa en el cafetal. Siempre hablaba del evangelio. Una tarde se oyeron niños cantando:

—¡Siete son! ¡Siete son! ¡Siete son los santos sacramentos!

—Pues dígales que vengan acá. Tengo que terminar esta pared hoy.

—Pero, don, creo que es importante. Ellos. . .

—Vaya, pues, y dígales que vengan.

Eugenia torció su pañuelo en los dedos. Echó una mirada a los dos muleros.

—¡Muuuu!—dijo Mateo.

Ella volvió a ver a Dimas. Pero él siguió su tarea. La joven se fue.

—¿Por qué vino el gringo?—preguntó Mateo.

—Quizás para ver la obra—dijo Dimas.

—¿Estas paredes?—preguntó Marcos.

—No. La obra evangelista.

—¿Qué es eso?—preguntó Mateo.

—Empezamos a predicar el evangelio en el distrito de El Olvidado, comenzando aquí en Dos Rocas. Es la aldea más fuerte. También vive aquí mi cuñado Roberto.

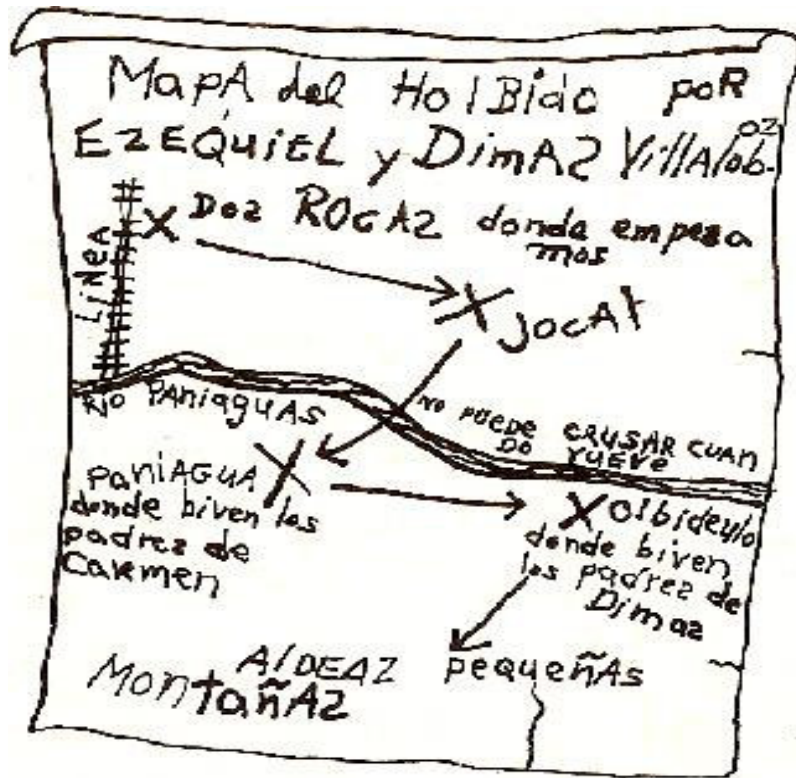
—Lo conozco—dijo Mateo—. Toca en el bar El Pecado, donde yo tomaba anoche. Fue él quien me pegó y me tiró a la calle. Es un tigre.

—Desde Dos Rocas queremos alcanzar las demás aldeas en el Olvidado—continuó Dimas.

—¿Para qué?—preguntó Marcos.

—Bueno, Dos Rocas es la llave para abrir la obra en El Olvidado.

—¿Qué obra?—volvió a preguntar Marcos.



—La de Jesucristo. Mira—. Dimas sacó un papel gastado de su bolsillo—. Ezequiel y yo hicimos un mapa.

Los hermanos lo miraron con interés.

—Léenoslo—pidió Mateo.

—¿Dónde estamos en el mapa?—preguntó Marcos.

—Aquí—Dimas enseñó una "X" en el mapa.

—¿Aquí?—dijo Mateo tocando el lugar.

viven mis padres. .. Y Cálix.

Al ver a su hijo, Pablo Villalobos gritó con alegría:

—¡María! ¡Ahí viene nuestro hijo Dimas! —Salió para abrazarlo, cargando su pistola de costumbre.

Se sentaron, tomaron café y se rieron. La sala servía de tienda pequeña. En un mostrador había tres catálogos para mujeres, llenos de polvo, una caja de ropa interior, sal, cinco botellas de cerveza, tres de Coca Cola, tabaco, un saco de azúcar lleno de hormigas y tres pilas de foco. Era la única tienda en Riachuelo. Siempre se aparecía alguien. Venían para comprar, y se quedaban a conversar con Pablo o María.

Pablo le preguntó a su hijo:

—Dime, ¿qué te trae a Riachuelo? ¿Te falta dinero?

Dimas se rió:

—No, papá. Te digo la verdad; vine para hablarles del evangelio. He encontrado a Jesucristo. Te traje un folleto de la Biblia. Aquí lo tienes.

—No leo sin mis anteojos. De todos modos soy católico. Nací católico. Moriré católico—. Pablo abrió el folleto y miró los cuadros, luego lo arrugó y lo botó. Un pato corrió para probarlo.

Llegó un hombre que tenía mal olor. Participó a Dimas:

—Hermano, yo soy de los mismos. Soy evangélico.

—Me alegro—le felicitó Dimas. En eso Lamelatas gruñó.

—Por favor, hermano. Quiero hacerte una molestia. Es que soy pobre. Mira mi camisa rota. Hace tres días que no como.

Dimas sacó de su alforja una camisa vieja.



de la ciudad. El no tiene estos contactos de confianza. No tiene familia aquí. Nos toca a nosotros ganar a los nuestros.

Llegó Roberto con unos huevos envueltos en tusas.

—Son para ti, Dimas, para el camino. Los manda Elena.

Luis inquirió:

—¿Cómo sigue ella?

—Está bien. Está un poco débil, con anemia.

—Me voy—dijo Dimas a Roberto—. Te recomiendo a Carmen y a mis hijos. Que los cuides mientras yo esté en Riachuelo.

—Está bien. ¿Pero quién te cuidara a ti? Cáliz vive en la montaña, río arriba de Riachuelo. Se van a topar.

—La primera casa que visitaré para evangelizar será la de Cáliz.

Luis también advirtió a Dimas:

—No olvides lo que te ordenaron los médicos. No te agites trepando los cerros de Riachuelo.

Dimas contestó:

—Cristo me ordenó algo también. Voy a Riachuelo por su mandato.

—No camines solo—dijo Roberto—. Y...lleva esto—le ofreció una vieja pistola.

—No, gracias. No te preocupes por mí. Sólo avísame cuando llegue el misionero a Dos Rocas.

Dimas besó a Carmen y se fue caminando para arriba.

—¡Al fin!—hablaba a Lamelatas—¡A Riachuelo! Donde

—¡No lo toques con los dedos sucios!—advirtió Marcos, y golpeó la mano de su hermano.

—¡Cállate!—lo amenazó Mateo con el puño—¿No quieres que conozcamos nuestro país? ¿Quieres ser siempre ignorante?

—¿Dónde queda nuestra aldea Jocal? — preguntó Marcos.

—Aquí—contestó Dimas, y señaló otra "X".

—¿Para que las flechas?—preguntó Marcos.

—Mira—explicó Dimas—. Desde Dos Rocas podemos pasar a Jocal, donde viven ustedes. Desde allá vamos a Paniagua, donde viven mis suegros. Desde Paniagua podemos abarcar a las demás aldeas de las montañas. Hay que levantar una iglesia y luego otra. Al fin levantaremos iglesias en todas las aldeas. ¡Hasta la aldea de Riachuelo! Está bien retirado. Allá viven mis padres.

Llegaron el misionero don Miguel y el pastor don Tino. Miraron la construcción.

—¡Qué alto el gringo! — observó Marcos.

Dimas no dejó su trabajo para hablarles. Entonces don Tino empezó:

—Bueno, hermano Dimas, ¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas—dijo Dimas sin dejar de colocar adobes.

—Pues, ¿por qué regreso Pepe? Quería predicar aquí.

—Pepe no vino a El Olvidado solamente para evangelizar—dijo Dimas—. Se había enamorado de Eugenia en el colegio. Vino para estar aquí con ella.

—¿Eugenia? ¿Quién es?

—Ella es la muchacha que ustedes encontraron en mi casa.

—¡Já! Ya entiendo por qué vino Pepe a Dos Rocas con tanta devoción y nobleza. ¿Es creyente ella?

—No. Y no les cayó bien. El se desanimó. Se descarrió. Por eso tuvo que salir.

—Pero Luis mandó una carta —repuso el misionero—. Decía que también quería regresar y que la obra había fracasado.

Dimas no dijo nada.

Don Miguel añadió:

—Dijo que todo había resultado inútil.

Dimas se limpió la frente con el brazo.

—No alcanzamos a las aldeas de mi familia. Ni a Paniagua ni a Riachuelo.

—¿Por qué no?

—Gastamos todo el dinero aquí en Dos Rocas. Para nada.

—¿Cómo lo gastaron tan pronto?

—Bueno, Luis quiso alquilar el estadio y comenzar con una campaña grande. Con muchas decisiones, como han hecho en Tegucigalpa. El iba a predicar por dos semanas. Terminaría con una gran reunión la noche del 31 de diciembre, para el Año nuevo.

—¿Y entonces?—preguntó don Tino.

—Todo costó más de lo que habíamos calculado. Luis no quiso terminar las reuniones. Siguió alquilando el estadio. Entonces yo no fui más. Tampoco Ezequiel fue. Estaba enfermo. No ha podido hacer nada.

El misionero dijo:

—Arturo bien puede cuidar esta obra. Y Roberto está aprendiendo rápidamente.

—Pero ellos son demasiado ordinarios—objetó Luis—; debes esperar que venga el nuevo misionero. El puede capacitar a algunos obreros en el pueblo para cuidar estas obras.

—No, hombre—le contestó Dimas—. El no puede dirigir toda la obra desde Dos Rocas. ¿Es que sólo un gringo puede capacitar nuevos obreros? ¿Un indio ordinario no puede hacerlo? Tenemos que evangelizar nuestra propia tierra. Esto es algo que sólo los vecinos de un lugar pueden hacer bien.

—¿Por qué?—preguntó Luis.

—Los forasteros no conocen a la gente. Tienen que conocer a la gente para poder ganarla para Cristo.

—¿Por qué? ¡Sólo hay que predicarles la Palabra!

—No, hombre. Fíjate en la forma que las iglesias están creciendo. No es por los que aceptan en los cultos de predicación. Es que los nuevos creyentes están convenciendo a sus familiares y amigos.

—Tú hablas igual que el finado Ezequiel—, se rió Luis.

—Toma de ejemplo a nuestra iglesia aquí de Paniagua. Arturo se convirtió, Y él gano a su mujer y casi a toda su familia. Y éstos ganaron a sus demás familiares.

—Es cierto.

—Solo siguiendo el hilo de los parientes, han alcanzado la mitad de la aldea. Voy a hacer lo mismo en Riachuelo.

—Lo dudo. Esa gente es dura.

—No, hombre. Parecen duros sólo para un obrero que viene



está muerta!

—¡Cállate!—gritó Arturo—. No está muerta todavía. La sangre sigue saliendo. Trae el lazo, Roberto. Amárrale arriba de la herida.

Dos días después Dimas estaba metiendo su ropa en una alforja. Carmen le envolvió unas tortillas y las metió. Luis estaba mirando.

—Debes meter una pistola si vas a Riachuelo.

—No hay necesidad—se rió Dimas—; mi papa siempre carga una.

Luis le preguntó:

—¿Quién va a cuidar la obra aquí en Paniagua si te vas? Yo regreso mañana para Dos Rocas. No debes irte todavía.

—Bueno, hermano Dimas, venimos para hablar con usted. Luis pide permiso para regresar. No deben quedarse aquí solos. Ezequiel está enfermo. Y es mal testimonio que usted no coopere con Luis.

Dimas puso otro adobe en su lugar. No dijo nada.

Don Tino le preguntó:

—¿Por qué has dejado de trabajar con Luis?

—Con Luis sí puedo. Pero en esas grandes reuniones no.

—¿Qué de malo tienen las reuniones?

Dimas siguió trabajando en silencio.

Don Tino persistió:

—Pepe contó que había muchos convertidos en las campañas, y que en la noche del Año Nuevo aceptaron veintidós.

Dimas no respondió. Don Miguel siguió:

—Contó también que Luis había ganado a tu cuñado Roberto.

Aún guardaba silencio.

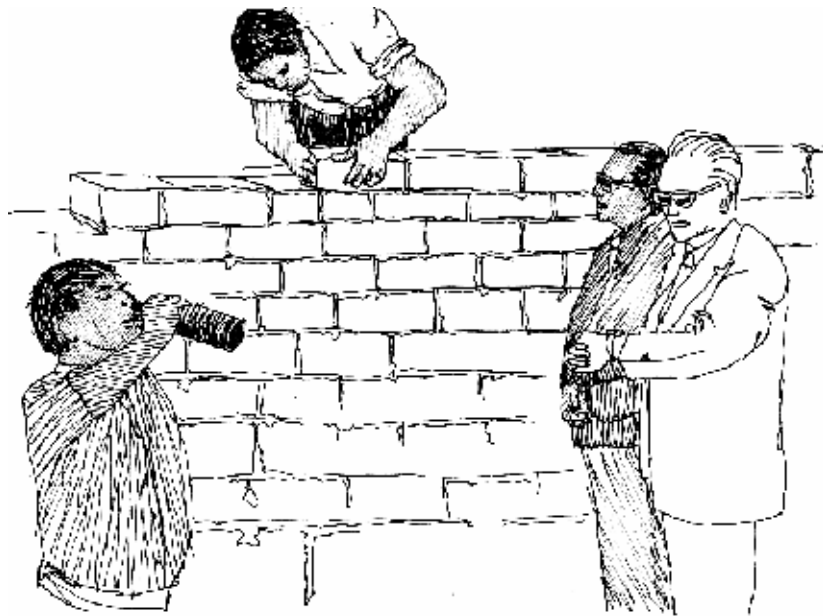
—El alcalde y otros principales tenían interés, según dijo Pepe. ¿No es cierto?

—Eso, sí.

—¿Cómo siguen los nuevos convertidos, entonces?—preguntó don Tino.

Dimas lanzó una piedra hacia la mula que se rascaba contra la pared.

—Yo no veo a ningún convertido.



Don Tino miro al misionero; entonces exclamo:

—¡Pero muchos hicieron decisiones!

—Sí—convino Dimas—; igual que aquéllos dos muleros. Ellos aceptaron también.

Marcos tiraba los dados, practicando su habilidad. Mateo alzaba la botella hacia su boca.

Don Tino respiró profundamente.

—Pues, ¿para qué levantas una capilla? Si no hay creyentes, será de balde.

Dimas sintió una gran tristeza. Siguió trabajando, callado.

Don Miguel miró su reloj. Echó una mirada a don Tino, como una señal. El pastor habló de nuevo:

—Yo digo que esperen.

Dimas movió la cabeza:

—En la Biblia nunca esperaron. Siempre bautizaban a cada pecador inmediatamente después de que confesaba sus pecados y creía en Jesucristo.

—Muchos van a criticar—dijo Luis.

—Ni siquiera San Pedro pudo impedir bautizar a los nuevos creyentes en la casa de Cornelio. Y criticaron después porque ellos no eran judíos circuncidados.

—¿Pero si bautizamos a todo el mundo...?

—¡Mira!—demandó Roberto a Luis—, ¿de qué pecado soy culpable ahora? ¿Qué quieres que haga yo para probar que soy hijo de Dios? ¿Tengo que volver estas piedras en pan?—. El tomó una de las piedras que el niño había tirado. ¿Cuál es mi falta?

Luis se quedó callado.

Dimas concluyó:

—Luis no puede mostrarnos ninguna falta que debes corregir. ¡Y la iglesia no te niega el bautismo por haberla obedecido! Puedes irte, hermano Roberto. Busca a Elena.

Roberto salió. Unos momentos después oyeron un grito. El clamaba al cielo:

—¡Dios mío! ¡Ay ay ay! ¡Ya es demasiado tarde!

Arturo y Dimas salieron corriendo. Encontraron a Elena caída en el suelo. El puñal de Roberto estaba en su mano. Se había cortado las venas de la muñeca. Los niños temblaban en un rincón, llorando.

—¡Está muerta!—gritó uno de ellos con terror—¡Mi mami

—¿Esperar?—preguntó Roberto—¿Con qué motivo?

Luis no contestó.

—Contéstame, hombre. ¿Con qué motivo?

—Con el motivo de que no debemos bautizar a fornicarios.

Roberto se puso furioso:

—¡No soy fornicario! ¡Jesucristo me lavo de todo eso cuando me arrepentí! Vivo fielmente con Elena. No nos comparen con las prostitutas y...

—No dije eso.

—Sí lo dijiste. La Biblia dice que es lo mismo. Tú mismo me lo leíste. ¿No tengo al Espíritu Santo igual que tú? ¿No he obedecido las órdenes de mi iglesia? Ella dice que viva con Elena. ¿Es fornicación entonces? ¡Contéstame, hermano! ¿Debo obedecer a mi iglesia? ¿Será fornicación, sí o no? ¡Contesta!

Luis se calló.

Dimas contestó:

—Nadie dice ahora que estés en fornicación. ¿Verdad, Luis?—Pero Luis estaba mirando por la ventana y tarareando un himno. Se había lavado las manos de cualquier responsabilidad.

Roberto declaró:

—Entonces que nadie me diga después que estoy en pecado.

—No, hermano—le aseguró Dimas—. Y te voy a bautizar. Es mandamiento del Señor bautizar a todos los creyentes arrepentidos. ¿Qué dices Luis?

—Si Dios hubiera querido tener una obra aquí, les habría dado más fieles. Hermano Dimas, me parece que debes regresar con Luis.

—No.

Don Miguel declaró con énfasis:

—No hay creyentes. No hay más dinero. No hay que discutirlo más. Tiene que regresar.

—Pero la iglesia me envió acá—dijo Dimas—; no la Misión. Usted no tiene que darme órdenes así.

Don Miguel no contestó, pero su cara se enrojeció.

Don Tino se paró para impedir que Dimas siguiera trabajando. Le informó:

—Pues la iglesia no está de acuerdo tampoco. Tuvimos una sesión. La iglesia decidió. Sólo si encontrábamos una congregación aquí debías quedarte.

Marcos y Mateo se acercaron al escuchar.

Dimas dejó descansar el adobe sobre la rodilla.

—Está bien. No trabajaré en contra de la voluntad de mi iglesia. Por ella Dios me salvó, me habló y me envió acá. Pero quiero hablar antes con Ezequiel. Bueno, si no hay ni una pequeña congregación para sostener la obra. . . bueno. . . tendremos que volver también. Pero. . .

Don Tino interrumpió:

—Es mejor tener una base fuerte allá en nuestra propia ciudad primero, antes de salir a otras partes. Entonces no habría tantos problemas.

—Sí—dijo Dimas—. ¡Y mi gente morirá sin Cristo y se irá al infierno!—Arrojó el adobe contra el suelo, estrellándolo.

Don Miguel y don Tino se fueron. Dimas no podía pensar claramente. Estaba confuso. Se sentía muy incapaz para evangelizar El Olvidado.

Mateo y Marcos fueron a almorzar en el bar. Dimas no fue a casa para comer. Quería trabajar solo.

Se oyó un ruido atrás. Un hombre con barba y pistola había detenido su caballo. Miraba las paredes sin terminar. Otro hombre armado estaba junto a él. Dimas los reconoció. Cálix el barbudo, y su hijo Mincho. Dimas no había visto a Cálix desde aquella noche, cuando el hombre grande se asomó a la puerta del estadio. La gente dejó de escuchar a Luis. Y se volteó para ver lo que Cálix haría. Fue la única vez que Dimas había visto a su cuñado Roberto ponerse nervioso. Roberto, el hermano de Carmen, dijo que Cálix podía mandar en las aldeas de arriba, pero no aquí en Dos Rocas.

Dimas los saludó:

—Buenas tardes, amigos.

—Buenas.

Dimas levantó otro adobe pesado. Los dos se quedaron mirándolo. Había un silencio pesado.

—¿Qué estás haciendo?—preguntó Cálix.

—Es una iglesia evangélica.

—No necesitamos protestantes en estos lados.

Dimas colocó el bloque sin responder.

Cálix volvió a hablar:

—Aquí en el pueblo la gente es tonta. Quizá soporte tu nueva religión. Pero no la lleves más allá del río, o terminará tu vida. Cálix azuzó fuertemente su caballo negro con las

—Bueno, yo me casé hace tres meses. Para mí era fácil. Mi mujer quiso. Teníamos todos los documentos y el dinero. Pero les digo una cosa. Aquel certificado que el alcalde me firmó en Dos Rocas no nos unió en matrimonio. Ya nos habíamos unido hace treinta y cinco años. Sólo Dios une en matrimonio. ¡Un alcalde borracho e incrédulo no!

—Pero tenemos que obedecer las leyes de la tierra.

—¡Espera!—ordenó Arturo—. . La ley civil permite que Roberto abandone a Elena. Y la ley civil permite que se case con otra. ¡Pero la ley de Dios no! La ley de Dios y de mi conciencia ordena que no deje a Elena. Lo leí en la Biblia, que ya son una sola carne.

—Esto solo se refiere a los legalmente casados—arguyó Luis.

—¡No!—repuso Dimas—. La Palabra de Dios no ordena la manera exacta de contraer el matrimonio. Pero una vez contraído, Dios manda que permanezcan fieles los dos. Este es el meollo del asunto. Lo que Dios aborrece es la infidelidad entre cualquier pareja. Roberto, tu matrimonio está registrado en el cielo, aunque no en la municipalidad. Las leyes celestiales no concuerdan con las terrenales. Obedezcamos primero la ley de Dios. ¿Qué dicen ustedes?

Todos convinieron.

Dimas anunció:

—Roberto, tú eres casado ante Dios; no dejes a Elena. Anda. Reconcílate con ella.

—¿Puedo ser bautizado entonces?

Luis respondió:

—Es mejor esperar.

fuera casado con Elena! ¿Todavía tiene obligación con Elena?

—Creo que sí—dijo Dimas—. Ante Dios, sí.

—Entonces, él no puede dejarla. Dios quiere que permanezca fiel a ella.

—Yo creo que sí—convino Dimas.

—¡Dios mío! —exclamó Roberto—. ¡Están jugando con mi vida como si fuera una pelota! Una vez dicen que debo vivir con Elena. Otra vez que debo apartarme porque es pecado. ¡Ahora dicen de nuevo que debo vivir con ella! Hace tres meses están torturándome—. Desgarró su camisa pero ya no guardaba el puñal. Le gritó a Dimas:

—¡Si yo no fuera creyente ya te habría descuartizado!

—¿Pero qué podemos hacer?

Una vez más estoy pidiendo consejo a la iglesia. Díganme su decisión de una vez para siempre. Lo que atan en la tierra será atado en el cielo. ¿Tengo obligación ante Dios de vivir con mi familia? ¿Sí o no?

Dimas habló despacio:

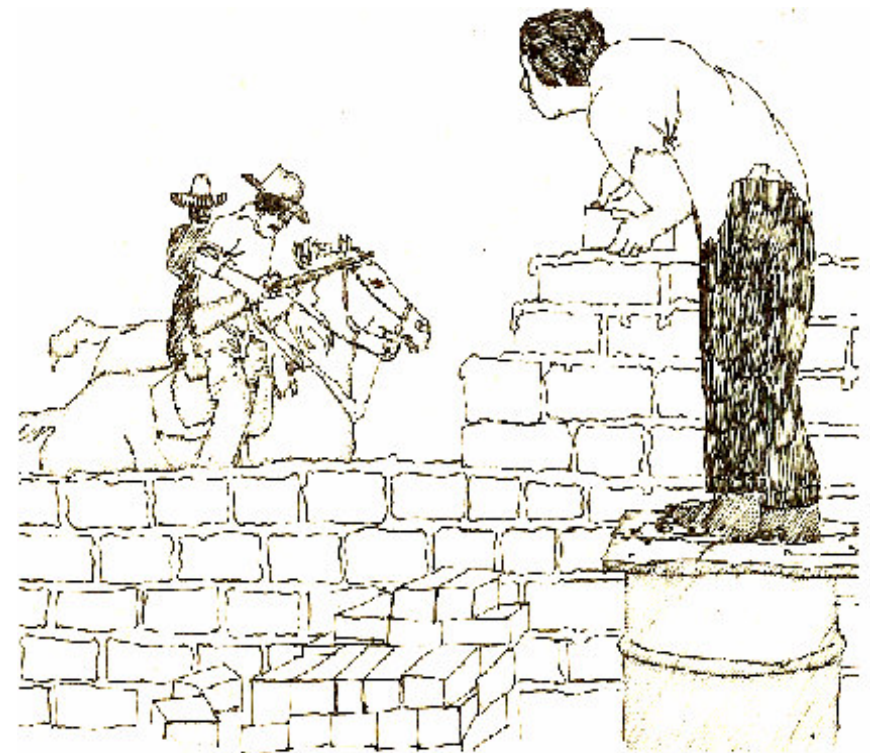
—Cuñado, creo que sí. Mi conciencia no me permite aconsejarte que dejes a Elena. No es correcto destruir tu familia.

—¡Sí, pero no son casados! intervino Luis—. Y la Biblia dice que los fornicarios no heredaran el reino del cielo.

Roberto respondió:

—¿No soy casado? Entonces, ¿por qué tengo obligación de vivir con ella? Si es pecado, entonces no la tengo. Es mi obligación o es pecado. ¿Cuál? ¡No puede ser ambas cosas!

Arturo habló:



espuelas, y se fue.

Algo en la cara dura del hombre grande dejó a Dimas con un presentimiento. Por primera vez Dimas sintió un temor de que algún día tuviera que abandonar su proyecto de ganar a su familia para Cristo. Pero apartó la idea de su mente y tomó otro adobe.

De repente sonó un tiro. Su jarro de agua se quebró por el balazo. Dimas dejó caer el adobe y brincó tras el muro. Con cuidado miró entre dos adobes. No vio a nadie. Se sentó y pensó: "Todo va mal. Cristo prometió acompañar a sus discípulos. Pero ¿Dónde está ahora?" Sintió un hocico frío que tocaba su mano. ¡Lame latas! Ezequiel venía montado en su

vieja bestia. El anciano estaba pálido y delgado. Había estado grave. Salía poco. Solo charlaba breves momentos con los vecinos, acerca de la Biblia. Un momento después apareció Luis. Llevaba saco y corbata. Cuando llegó, dijo:

—He platicado con don Miguel y el pastor. Quieren que yo regrese con ellos.

Dimas no respondió. Formaba la orilla de un adobe con su machete. Ezequiel se quedó en su bestia escuchando.

Luis recordó a Dimas:

—Bueno, sin tener ayuda de la Misión, es difícil levantar una obra. Y hay mucho peligro. Hoy mataron al cartero en el camino a Paniagua. Pues sin que el misionero esté, no podemos hacer nada. El podría cubrir los gastos. Pero nosotros solos no podemos.

—Pero faltan iglesias. . . yo me quedo.

—¿Cómo puedes quedarte solo? ¿Cómo vas a alimentar a tus hijos? ¿O a comprar las medicinas para Samuelito?

Dimas no pudo contestar. Miró a Ezequiel. Pero el viejo sólo acariciaba a su mula. Luis siguió:

—Entonces, hermano, es mejor que regreses también. Vayámonos todos juntos.

—¿Todos?—Dimas se dirigió a Ezequiel—: ¿y tú?

El anciano escupió en el suelo. Señaló un adobe y dijo:

—Mal puesto, ese adobe. Dimas, no sabes como levantar una pared. Muy fea—. Ezequiel se apeó lentamente. Movié un adobe. Levantó otro y lo colocó. Entonces dejó caer otro, haciendo pringar el lodo sobre los pantalones de Luis.

—¡Cuidado, viejo!—gritó el predicador—, mi traje me

estaban ahí todavía. Dejaron de hablar cuando él entró. El temblaba. Podían oír llorar a los niños.

—Ahora—anunció Roberto a Dimas—he seguido tu consejo. ¡Hasta destruir mi hogar! He corrido a mi familia. Ahora puedo bautizarme. Puedo seguir a Cristo según tu criterio.

Todavía los niños lloraban. Elena maldecía a los creyentes a gritos. Uno de los niños llegó a casa de Dimas con unas piedras. Las tiró por la puerta contra Dimas y Luis. Gritó:

—¡Odio a los evangelistas! ¡Odio a mi tío Dimas! ¡Odio a Cristo! El no nos quiere a nosotros. ¡Se robó a mi papi! ¡Me robó a mi papi!

Vino Elena y abrazó al enloquecido niño. Le gritó a Roberto:

—Ahora eres muy santo. ¡Muy justo! ¡Un hermano! ¡Está bien! ¡Te doy tu libertad! ¡Te dejo en libertad para siempre! No tienes que preocuparte por mí.

Roberto trató de responder, pero ella se fue. Carmen le dijo a Roberto:

—No dejes que ella se vaya sola. Va a hacer algo. Anda. Apúrate.

Roberto caminó hacia la puerta.

—¡Un momento!—ordenó Arturo—. No comprendo por qué obligamos a Roberto a hacer eso. ¿Un cristiano no tiene responsabilidad con su familia? ¿Puede botar así a su mujer? ¿Y entonces casarse con otra quizás, pero por lo civil?

—No—respondió Dimas—, no debe casarse con otra. Sería adulterio.

—¿Cómo sería adulterio?—preguntó su suegro—¡Sólo si



—Pero, hermano-objetó Luis—, esto no es lo que te pedimos hacer.

—¡Sí es! ¡Me obligaron! ¡Es prohibido vivir en fornicación! ¡No estoy jugando con teorías de doctrinas! ¡Quizás lo hagan en tu seminario! ¡La Biblia dice "huid de la fornicación", pero ustedes me dicen que debo seguir con ella!

Ana le rogó:

—¡Pero pobre Elena!

—Yo voy a sostenerla, y a los niños. Pero vivir con ella no. Adiós—repuso Roberto, y salió.

La casa estaba cerca. Oyeron a los niños llorando. Elena gritó:

—¡No me casaré contigo nunca! ¡No lo haces por amor! ¡Es solamente porque te lo exigen los evangelistas!

Roberto le rogó:

—Una vez más te lo pido, Elena, por amor de nuestros hijos.

—No. Vivamos como todos en el campo. Nadie se casa por lo civil. Ahora estás quejándote, de que estamos en pecado. Entonces todos en Paniagua están en el mismo pecado.

—Pues tienes que salir de la casa. ¡Ahora! Anda a donde tu tía Reina. Te enviaré víveres y dinero para los niños. Puedes comenzar a recoger tus cosas.

—Es solamente porque quieres casarte con una creyente— lloró Elena—. Yo no voy a impedírtelo. Ya no. Si no me quieres voy a apartarme de tu vida. ¡No te estorbaré nunca, jamás!

Roberto regresó a casa de Dimas. Los demás hermanos

costó ochenta lempiras.

Ezequiel levantó otro adobe. Dimas admiró como el anciano trabajaba: Estaba enfermo, pero tenía fuerza. Entonces dejó caer otro adobe. El lodo pringó en el traje de Luis. Ezequiel no se disculpó. Sólo escupió en el suelo y tomó otro adobe. Luis saltó hacia atrás; después anunció:

—De todos modos me voy. Del todo. Mira, Dimas, es lo único. Tendremos más éxito allá en nuestra ciudad. El misionero puede ayudarnos. Tal vez la iglesia seguirá dando tu sueldo.

—No me importa el sueldo. Si no tengo fruto aquí, tampoco lo tendré allá.

—No estés tan triste—dijo Luis—; ¿has olvidado a los muchos que gané para Cristo aquí? ¡Más de cuarenta!

—Entonces, ¿Dónde están?

—Era tu tarea conservar a los nuevos creyentes.

—Los he visto. Mi cuñado Roberto está tocando siempre en El Pecado. Los jóvenes pasan las noches bailando. Los hombres andan por la calle tambaleándose.

Mientras conversaban, Ezequiel saludó a cuatro hombres que iban montados hacia el río. Miraron la capilla con interés. Comenzaron a bajar pero Luis volvió a discutir con Dimas:

—Por lo menos hicieron decisiones por Cristo. Muchos.

Dimas le contestó:

—No me hables más de invitaciones públicas y tales decisiones. No sirven si la gente no sigue a Cristo.

—No hay otro método —alegó Luis —; hay que sacar decisiones antes de levantar una iglesia.

Dimas señaló a los dos muleros, que regresaban de almorzar.

—Ellos hicieron decisiones. Pregúntales lo que decidieron. No saben lo que es la nueva vida de Cristo. No se han arrepentido.

—No me acuerdo de ellos—dijo Luis con desprecio.

—Habla con ellos, pues. Aconséjalos.

—Mejor que tú hables con ellos, Dimas. Yo no pierdo mi tiempo. Esta gente es dura. No es posible levantar una congregación con estos campesinos.

—No estoy de acuerdo. Dios ha elegido a miles en El Olvidado para que se salven.

—¿Cómo sabes que Dios ha escogido tantos?

—Bueno—contestó Dimas—; ¿Cómo sabes tú que Dios ha escogido muy pocos? Yo se que ha escogido a mis familiares. La Biblia dice: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo, tú y tu casa".

Ezequiel miró el sol y dejó los adobes.

—Con permiso. Voy al río para los bautismos.

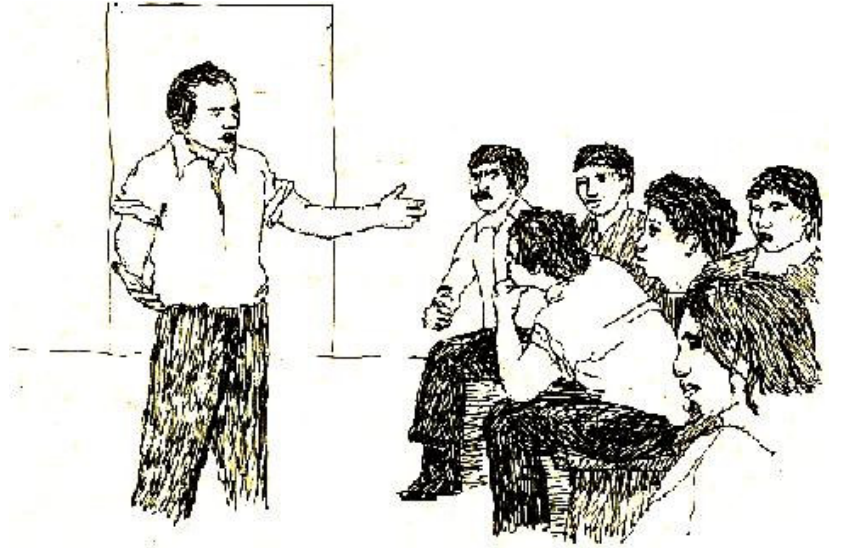
—¿Para qué?—preguntó Dimas.

—Mis vecinos, explicó el anciano. Mientras ustedes cantaban como gallos en el estadio, yo conversé con mis vecinos. Con mi Biblia. Cuatro hombres se arrepintieron. El Todopoderoso los salvó. Hoy se bautizan.

—¡Mentiras!—murmuró Luis.

—Vengan para que los conozcan—invitó el anciano—. Son de la misma familia. Tres hermanos y el tío de ellos.

los cultos. ¡Ni asistir! Así dice 1 Corintios 5:11. Luis me lo leyó. Es un pecado grave.



—Sí—dijo Luis—porque no son casados legalmente.

—¿Están de acuerdo todos?—preguntó Roberto—¿Es cierto que estoy en fornicación? ¡Díganme!

Hubo silencio.

—¡Díganme!

Luis habló:

—Es fornicación si no son casados. ¿Quién lo puede negar?

—Entonces todo está resuelto. ¡Democráticamente!—El se levantó para salir.

—¿Adónde vas?—preguntó Carmen.

—Voy a echar afuera a Elena. Puede vivir con su tía. No voy a seguir en pecado, ni un día más.

—Según Luis, uno tiene que casarse para bautizarse.

—La iglesia es democrática —contestó Dimas—: Roberto tiene derecho a pedir a la congregación que juzgue su caso. .

Roberto aclaró:

—Ya les dije. Yo estoy dispuesto a casarme por lo civil. Es Elena la que no quiere. Así es que yo no tengo la culpa.

—¿Por qué no quiere ella?—preguntó una hermana.

—Ella dice que sólo es que la iglesia me está obligando, que no es por amor. Y que soy muy peleón.

—Pero Dimas no puede bautizarte porque estás viviendo en fornicación—advirtió Luis.

—Esto es lo que no entiendo—dijo Roberto—. Si estoy en fornicación, estoy en gran peligro. No puedo seguir en tal pecado. Pero todos ustedes dicen que no puedo abandonar a Elena. Yo quise dejarla para bautizarme. Pero me leyeron en Corintios para convencerme de que tengo obligación con ella ante Dios: que un creyente que tiene a una mujer incrédula no debe separarse de ella. Si ella quiere vivir con él, no debe abandonarla.

—Pero nadie quiere que la dejes, hermano—dijo Luis—. Sólo que se casen.

Roberto respondió enojado:

—Ya he escuchado sus argumentos muchas veces. Díganme claramente lo que debo hacer. Si estoy en pecado, díganme. Entonces voy a apartarme de Elena. Si no estoy en pecado con ella, bautícenme y dejen de acusarme de la fornicación. Decidan ahora si debo vivir con ella o no.

—Es fornicación si no están casados— dijo Arturo.

—Si estoy en fornicación, no puedo tocar la marimba en

—Pero no había tiempo para prepararlos —alegó Luis—; para bautizarse uno tiene que arreglar su vida. Tiene que aprender muchas cosas.

En anciano escupió en el suelo.

—Mi Biblia habla de bautizarlos primero, en cuanto se arrepientan. Jesús dijo que les enseñáramos esas demás cosas después. Sus últimas palabras en Mateo. Los Apóstoles los bautizaban en el mismo día que recibían a Cristo. ¿Qué están enseñándoles en aquel Seminario? ¿No puedes leer? Con permiso. El anciano montó y fue atrás de los cuatro hacia el río.

—¡Me voy también!—gritó Dimas. Se fue corriendo seguido por los dos muleros. Luis se quedó limpiando su traje.

Caminaban juntos Ezequiel y Dimas. Les pasaron adelante a varias mujeres que venían del río. Llevaban tinas de ropa en la cabeza. Proyectaban sombras largas por el sol de la tarde.

—Luis no está de acuerdo—dijo Dimas—. El no cree que tus vecinos sean sinceros.

—Mas vale que no haya venido—dijo Ezequiel—. Hay que asegurar al nuevo creyente de su salvación. Si el reverendísimo pastor le tiene dudas, ¿qué va a creer el nuevo hermano? Se va a desanimar. El falso pastor sólo sospecha de los nuevos corderos. Temen que tengan alguna enfermedad que infecte a toda la manada. Pues los deja afuera. Les niega el abrigo de la gracia del Todopoderoso. Se mueren de frío. Un pastor verdadero confía en que el Espíritu Santo lleve a cabo la obra que ha comenzado en el corazón del nuevo creyente.

—¿Cómo hiciste para ganar a estos hombres? Estabas enfermo. Luis no pudo guiar a nadie al arrepentimiento. ¡Con toda su preparación, y mi dinero!

Ezequiel sólo se rió.

—Cuéntame todo lo que hicieron; te diré por que no lograron nada.

—Bueno—comenzó Dimas—; Luis solamente habló acerca de las grandes campañas que había visto en la ciudad. De Luis Palau y otros. Quiso imitarlos. Dijo que sacaríamos grandes ofrendas para pagar todos los gastos. Sólo teníamos que alquilar el estadio e invitar a todo el mundo. Los problemas comenzaron la primera noche. Luis se quejó de que ningún misionero llegara con un carro para llevarlo. Dijo que la gente no respetaba al predicador viéndolo caminar a pie.

Ezequiel escupió en el suelo. Dimas continuó:

—Llegó mucha gente. Y muchos vendedores. Gritaron durante el culto: "¡Frescos!", "¡tacos!" y "¡tabletas!". Y los mendigos llegaron. Pidieron limosnas. Sacaron las monedas del plato de la ofrenda. No recibimos casi nada. La segunda noche Luis trajo a un soldado. Acompañó a Pepe mientras tomaba la ofrenda.

—Como acompañan a los conductores en los trenes.

—¡Así fue! Pero el soldado exigió el cincuenta por ciento. No recibimos suficiente para pagar el gas de la lámpara.

Bueno, mi cuñado Roberto fue el primero en aceptar. Luis había hablado con él. Le dijo que pagaban bien a los artistas que tocaban en las campañas. Roberto era músico en una cantina. Luis le dijo que Dios lo iba a bendecir más tocando en los cultos de evangelismo.

—¿Se puede comprar un alma con dinero? —se rió Ezequiel.

—Luego otros aceptaron. Pepe se animó bastante y quiso predicar. Luis se lo permitió. Trató de predicar exactamente como Luis. Pepe imitó su voz y todo. Compró una corbata y un

—Ojalá que venga pronto. Tenemos que preparar a los nuevos encargados en Paniagua y las demás aldeas.

Luis siguió:

—Pero va a vivir en Dos Rocas. Quizás viajará a las aldeas. Viene el mes entrante.

—¡Magnífico! El puede dar la clase para los de Dos Rocas. Mateo y Marcos irán de Jocal. Yo no tendré que viajar tanto. Quiero ir a Riachuelo pero estos viajes a Dos Rocas están matándome.

Luis le informó:

—Pero Mateo, aquel gallo de Jocal, me dijo que ya no estudiaría más.

—¡Ay no!—gimió Dimas—. ¡No sé lo que puedo hacer! ¡A veces me siento tan cansado!

Luis meditó, y luego dijo:

—Quiero ayudarte. Quizás puedo hallar trabajo en Dos Rocas y pastorear la iglesia.

—¡Pero nunca te gustó la vida en El Olvidado!—le recordó Dimas.

—Bueno, solo hasta que venga el misionero.

—¡Magnífico, Luis! ¡Cuánto me alegro! Ahora puedo ir a Riachuelo. ¡Donde mis padres! ¡Los voy a ganar para Cristo!

Aquella noche Dimas llamó a la iglesia en Paniagua para una sesión. Sería para decidir si Roberto podía bautizarse. Vivía con Elena sin haberse casado legalmente. Había tenido un hijo con ella. Los demás hijos de Elena eran de otro.

Arturo decía:

con las reparaciones del carro de la misión, que yo te había abandonado, y que yo quise hacerme un gran predicador sin servir a la gente humilde.

—¡Vaya! ¿Eugenia te echó .en cara todo esto?

—Y más. Me escribió cosas de la Biblia. Me dio fuerte. Dijo que se casara conmigo cuando yo deje de ser egoísta. Me enojé, y estaba por romper su fotografía. Pero pensé mucho. Reconocí que ella tenía razón.

Otra persona no podrá corregirme así. Ella sí. La amo bastante.

—¿La viste cuando venías por Dos Rocas?

—No. Quizás todo se acabó entre nosotros. De todos modos tengo que probarme como un obrero ahora.

—Necesitamos obreros aquí, Luis. Para preparar a los encargados de las nuevas iglesias.

—Hablé con don Miguel. Pero dijo que la política de la Misión no permite emplearme de nuevo bajo estas circunstancias.

—Pero te has arrepentido—dijo Dimas.

—Sí. Pero es la política. . .

—¿La política!—se quejó Dimas—. ¿La política no tiene alma!

—Por lo menos don Miguel prometió que iban a mandar a otro misionero a El Olvidado.

—¿Acá? ¿Un misionero norteamericano?

—Es lo que él dijo—confirmó Luis—. Don Tino lo convenció de que necesitas ayuda. Que hay más creyentes ahora en El Olvidado que en nuestras iglesias en la ciudad.

saco viejo. Siempre lo acompañaba. No me ayudó a construir la capilla. Quise acabarla para el primer día del año, cuando terminarían las campañas en el estadio.

—¿Y tú? ¿Visitaste a la gente interesada?

Dimas confesó:

—Fui una sola vez para hablarles. Y me preguntaron por qué no les visitaba el predicador don Luis. Pero él no quiso visitar a nadie. Sólo preparó sus sermones.

—Los predicadores que no visitan a la gente no sirven. Son como el vaquero que es alérgico a la vaca.

—Y llegó el 31 de diciembre. La reunión final. Luis había prometido vender muchos cohetes.

—¿Cohetes? ¿En un culto?

—Invitaron al alcalde y los principales. Eugenia prometió a Pepe acompañarlo, por primera vez. Pepe andaba en las nubes. Llegó mucha gente aquella noche.

—Yo sé. . . oí el ruido desde mi cuarto.

Dimas siguió:

—Y una anciana se sentó en la primera banca. Fumaba una pipa y gritaba "¡Amén!" y "¡Aleluya!" El alcalde dio una charla. Alabó a Luis por sus buenas labores. Pero no se quedó. Mi cuñado salió también. Sólo tocó una vez su marimba. Le anunciaron su segundo número pero no estaba. Después Luis predicó fuerte. Denunció a los comunistas, los liberales, y los sacerdotes. Entonces invitó a la gente a pasar adelante. Invitó a todos los que querían luchar por Cristo contra la injusticia y el comunismo en el año nuevo. Pasaron adelante veintidós. Eugenia también. Son un montón de niños y borrachos.

—¿Les explicó el evangelio, entonces?

—No. Luis nos pidió a mí y a Pepe aconsejar a los que pasaban adelante. El tenía que prender los cohetes.

—¿El gran predicador no habló con los que buscaban a Cristo?

—No. Yo le pedí que nos ayudara. Pero nos dejó solos. Pepe conversó con algunos jóvenes. Eugenia estaba con ellos. No le oyeron por el ruido. Se acercaban las doce y el año nuevo. Todos salieron para juntarse con el gentío. Dejaron a Pepe hablando al aire. Yo hablé con los adultos, y les expliqué cómo salvarse. Pero sólo miraban los cohetes gigantes. Un cohete se lanzó entre la multitud. Se incendió el empapelado que tenían de adorno.



blanquearla. Lamelatas se puso a beber entre las piedras.

—¡Perro! ¡No me ensucies la ropa!

Dimas se limpió la frente y comentó:

—¡Que dichosa! Puedes trabajar fresca en el río.

—¡Refréscate, pues!—Ella le echó agua encima con el balde—. Luis te espera.

—¿Quién?

—¡Hola, Hermano!—se oyó una voz. Luis vino corriendo. Arturo descargó los burros mientras Dimas y Luis platicaban.

Luis lo felicitó muy alegre:

—¡Dicen que has llevado el evangelio a todas las aldeas!

—A todas no. Algunos de los creyentes de Paniagua han visitado a sus familiares en otras aldeas. Pronto habrá más nuevas iglesias.

—¡Magnífico!

—¡Cuéntame, Luis! ¿Estas trabajando en Tegucigalpa con otra misión?

—No. ¡Nuestro misionero Miguel Wilson dio una mala recomendación de mí!

—¿Por qué regresaste a El Olvidado?

—Para verte, Dimas. Yo quiero trabajar para Cristo. Allá en la capital todo me salió mal. No sólo el empleo.

—¿Qué más?

—Hasta Eugenia me escribió que no puede casarse con un hombre tan informal. Me regañó por muchas cosas: el dinero que Carmen me prestó y que no devolví, que no ofrecí ayudar

## Capítulo 5

### A RIACHUELO

Dimas y su suegro Arturo regresaban de la montaña y se dirigían hacia Paniagua. Dos burros cargados de leña iban adelante. Lamelatas renqueaba atrás.

—¿Anda preocupado?—dijo Arturo. Está muy callado.

—Estoy orando mucho—respondió Dimas—, pidiendo a Dios que me revele su plan.

—¿Plan? ¿Para qué?

—Para que las iglesias se reproduzcan por sí mismas. Jamás podré yo solo alcanzar todas las aldeas de El Olvidado. Cada iglesia tendrá que levantar iglesias hijas.

—Pero ya tenemos tres iglesias. En Rocas, en Jocal y aquí en Paniagua: ¿Cuántas iglesias quiere?

—¿Cuántas aldeas hay en El Olvidado? preguntó Dimas.

—Hay como cincuenta.

—Entonces faltan cincuenta iglesias.

Llegaron al río. Carmen estaba remojando una sábana para

— ¡Peligroso!

—Pero les gustó. Los adultos me dejaron también. No oraron por su salvación. Al fin Luis pidió que se callaran. Me pidió orar para despedir el viejo año. Comencé, pero alguien gritó: "¡Dos borrachos se están peleando afuera!"

Todos salieron para mirar. Dejé de tratar de 6rar. Cuando abrí mis ojos, vi a Luis besando a Eugenia.

Luis gritó: "¡Feliz año nuevo!" y volvió a besarla. Volvió a gritar lo mismo y agarró a mi esposa Carmen. La besó. Iba a besarla de nuevo pero ella no lo dejó. Entonces tomó a Eugenia nuevamente. Pepe se acercó a ella, pero Luis la tenía de la mano. El le estaba diciendo a ella que entre los profesionales estiman mucho a las enfermeras. La invitó a salir con él. Ella le explicó que Pepe era su novio. Entonces el gran predicador anunció a voces: "Pepe, hay una cosa en ti que me gusta. ¡Sí, hombre! ¡Una cosa que quiero mucho!" Pepe le preguntó: "¿Qué es?" Luis respondió: "¡Tu novia!" Y él besó a Eugenia de nuevo. Todos se rieron. Entonces Eugenia salió con Luis. Pepe se sentó entristecido. Cuando salimos Pepe se quedó llorando. Los dos borrachos todavía estaban peleando. Eran mi cuñado Roberto y Cáliz. El alcalde tomaba apuestas. Los separé y llevé a Roberto a casa. Cáliz gritó que iba a matar a Roberto. Frente a todos prometió acabar con él. Luis llevó a Eugenia a mi casa. Cuando llegué a dormir todavía estaban hablando. Al día siguiente Luis me dijo: "Voy a continuar las campañas; el Espíritu de Dios me ha guiado. Me habló en la noche. Voy a seguir predicando aquí en Dos Rocas. Ya no voy a las aldeas." Luis cambió todos nuestros planes. Siguió alquilando el estadio.

Ezequiel escupió en el suelo.

—¿Qué pasó con Pepe?

Dimas le contó:

—Lo encontramos el día siguiente en la cantina. ¡Borracho! No quiso hablar con nadie. Entonces regresó a Tegucigalpa. Llevó una carta de Luis para el misionero. Por causa de esa carta vinieron hoy en la avioneta.

—¿No permaneció ninguno de los que aceptaron?

—No. Más bien algunos se burlaron del evangelio. Todos se volvieron atrás. Cada vez que los veo, siento tristeza. ¡Como si un pedazo de carne fuera cortado de mi propio cuerpo! y Roberto ya no me habla. Decirme, Ezequiel, ¿Por qué la gente que acepta el evangelio así por una invitación pública no continúa después?

Ezequiel frunció la frente. Pensó unos momentos.

—Bueno, hermano, yo veo cuatro razones por las cuales las decisiones en campañas públicas pocas veces echan raíces. Primero, los predicadores a veces no siembran la pura semilla. No predicán a Cristo. Predican historias bonitas y regañan y hablan de doctrinas. Así uno no recibe a Cristo como persona. Acepta el evangelio sólo como una creencia. La Biblia no habla de aceptar el evangelio. Nunca usa la palabra "aceptar" con este sentido. Segundo—siguió Ezequiel —a veces no limpian el terreno. No los llaman al arrepentimiento del pecado. No se puede recibir a Cristo sin dejar el pecado. Hay que arrancar las espinas y hierbas malas para que la nueva planta nazca y crezca. Estos que solamente levantan la mano en una invitación pública no se han arrepentido. Quizás la mano vaya al cielo. ¿Pero el alma?

Dimas se rió. El anciano agregó:

solamente a personas desconocidas. ¿Qué significan las palabras "tú y tu casa" en Hechos 16: 31?

8. Las tradiciones del hombre impiden la obediencia a Dios. ¿Está dispuesto usted a cumplir de todos modos, cueste lo que cueste, los mandamientos de Cristo?

9. En su cadena de extensión don Tino enseñó a Dimas. Este enseñó las mismas cosas a Mateo y Marcos, que enseñaron a su congregación. En tales cadenas cada maestro de extensión se encarga de que su alumno tenga un ministerio productivo y obediente a Cristo. ¿Por qué es necesario que el maestro se preocupe por la obra práctica de su alumno?

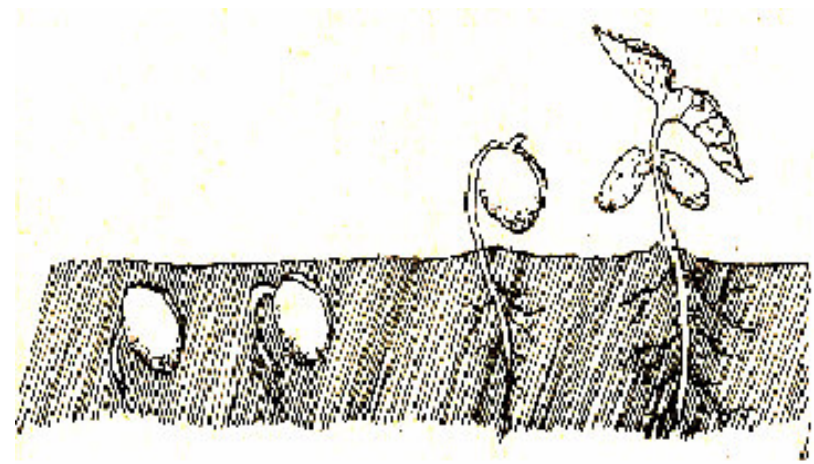
10. Mateo no quiso estudiar los cursillos de extensión. ¿Qué sucederá con su ministerio si él no cambia de actitud?



también queremos sepultarnos con Cristo en el ataúd!

## PREGUNTAS DEL CAPITULO CUATRO

1. Un creyente debe aprender a testificar a sus familiares y amigos antes de predicar. ¿Por qué?
2. A veces un pastor va a un lugar sólo para predicar. No se establece una nueva iglesia así. ¿Qué más tiene que hacer?
3. Es difícil levantar una iglesia si se comienza con mujeres y con niños. ¿Por qué?
4. No sirve "aceptar" a Cristo así no más. ¿Cómo puede un pecador dejar sus vicios?
5. Ezequiel advirtió a Dimas que no fuera "pulpitero" ¿Qué debe hacer usted si tiene deseos de solo predicar sin cumplir con lo demás?
6. Por su predicación Dimas no convenció a los hombres. Más tarde les habló personalmente de su pecado y su relación con Cristo. ¿Por qué tuvo más éxito entonces?
7. Las congregaciones crecen rápidamente cuando testifican a los familiares. El que evangeliza puede perder tiempo si visita



—Tercero, a veces quieren que la planta eche raíces en suelo ajeno. Piden que reciban a Cristo bajo condiciones que no tienen ninguna relación con su familia o sus amistades. Pero uno no toma una decisión importante sin entenderse con sus familiares y amigos. El Espíritu Santo sella la decisión que echa raíces en su propia tierra. Una persona no recibe a Cristo en circunstancias artificiales, como cuando está separado de todos sus familiares y amigos. Por esto es mejor testificar para Cristo en los hogares, donde toda la familia puede participar en la decisión. Así recibieron a Cristo estos hombres que se bautizan hoy. Y cuarto—concluyó Ezequiel—a veces no cultivan la planta tierna con amor. No reciben a los nuevos con gusto. La gracia de Dios se les comunica por medio de nuestra palabra y nuestro amor. Las dos cosas juntas. Hay que animarlos y asegurarlos. Hay que tratarlos con cariño y amistad, visitándolos y bautizándolos luego. Así se confirma su arrepentimiento y su eterna salvación. Mira cómo me sigue Lamelatas. El perro es como el pecador. Tampoco entiende la palabra. Pero me sigue por el amor que le doy. ¿Verdad, Lamelatas?

Lamelatas movió la cola y ladró.

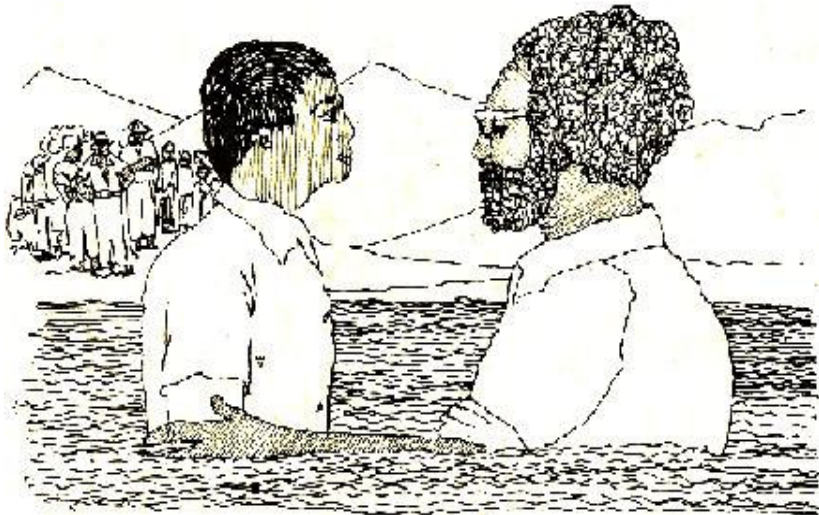
—¡Ves!—dijo Ezequiel—; hasta Lamelatas entiende el amor. Sólo predicar e invitar a los pecadores no basta. Aquellos del estadio cayeron porque la Palabra no echó raíces en su corazón. Sólo el amor cultiva el terreno del corazón para que la Palabra de Cristo eche raíces. .

Bajaron por un barranco. Dimas habló:

—Mira, muchos te esperan a la orilla del río. ¿Por qué no avistaste antes acerca de estos bautismos?

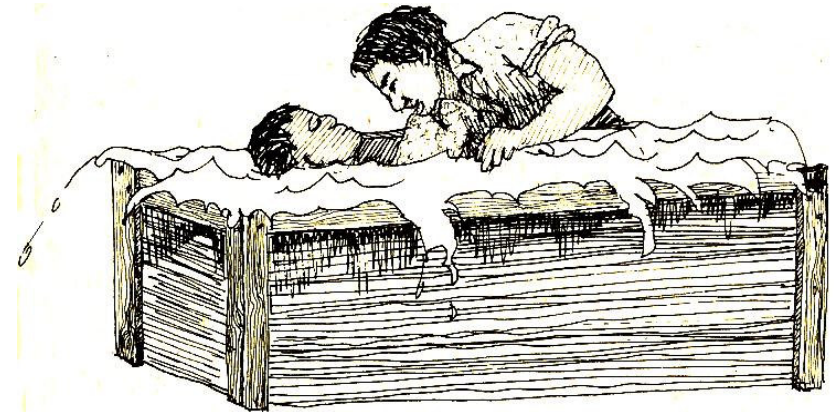
Ezequiel se rió:

—Porque no quise tener cohetes en el culto.



Cuando Dimas llegó a casa, Carmen le informó.

—Luis se fue. Salió para Tegucigalpa con el misionero y don Tino. Y hace rato salieron para el campo de aviación. Pero Mateo y Marcos están esperándote. Entraron los dos muleros. Mateo preguntó, preocupado.



Ana le dijo a Dimas:

—Me convencí. Voy a seguir a Cristo.

Dimas conversó con los familiares de los bautizados. Casi todas las mujeres oraron y se arrepintieron de sus pecados. Pero Elena dijo:

—Yo acepto a Cristo. Pero no dejaré mis santos. Hice una promesa.

Dimas le contestó:

—No sirve aceptar a Cristo así. La Biblia no habla de "aceptar" Tienes que arrepentirte de tus pecados y tener a Cristo en tu vida.

Su suegra dijo:

—Yo sí estoy decidida. ¿Cuándo puedo bautizarme?

Dimas respondió:

—Los apóstoles siempre bautizaban inmediatamente a los creyentes arrepentidos. Es su próximo paso. Vamos mañana al río. Ha llovido; está hondo.

—¿Al río? ¿Por qué? le preguntó Ana. —¡Nosotros

Las noticias corrieron por toda la aldea. ¡Se bautizarían en un ataúd!

—No lo hagas—le rogó Carmen—. ¡Es horrible! ¡Sumergirse en un ataúd!

—Cristo demanda nuestra obediencia. Es mejor cumplir el mandamiento de Dios que la costumbre del hombre. Vamos a tener una iglesia. ¡Una iglesia de creyentes bautizados!

—¡Terquedad sagrada!—murmuró Carmen.

Sólo Roberto no quiso bautizarse. Deseaba arreglar un asunto primero con Elena.

Todo el mundo llegó para ver los bautismos. Dimas explicó:

—El bautismo expresa nuestro arrepentimiento del pecado. Es una muerte en cuanto al pecado. Es un entierro.

Bautizó primero a Arturo en el ataúd. Al levantarlo Dimas anunció:

—¡Resucitado con Cristo! ¡Hoy nace una iglesia obediente en Paniagua!

Alguien murmuró:

—¡Qué indecoroso! ¡Sinvergüenza! ¡Se burla de los muertos!

Antes del culto el siguiente domingo Dimas sintió pena. Era por los bautismos en el ataúd. No quiso ver a la gente. Pero llegó casi toda la aldea; se sorprendió al verlos. Sirvió la Cena del Señor a los bautizados y los otros observaron. Pensó, "¡Es tan sencillo levantar una iglesia! ¡Solo hay que obedecer los mandamientos del Señor, nada más!"

—Dimas, ¿te vas de Dos Rocas?

Dimas miraba a Carmen. Amamantaba a su tierno. Ella contó:

—Don Tino dejó una razón. Dice que su iglesia no puede apoyarnos en Dos Rocas si no tenemos una congregación de creyentes. ¿Pero es cierto que se bautizaron algunos hoy?

—Sí. Pero solo cuatro. No sé si los mirarán como una "congregación".

—Si te falta una congregación—dijo Marcos—, nosotros queremos seguir a Cristo.

Esos bautismos nos convencieron. Lo único es que no sabemos leer.

—Y tampoco nos gusta aquel predicador del estadio—añadió Mateo.

—Yo les puedo enseñar a leer—dijo Dimas—. Mira en la Biblia. Aquí están escritos sus nombres. Aquí—"Mateo" Ve. Y aquí. . . "Marcos".

—¿Dónde?—gritó Mateo, y tomó la Biblia.

Marcos golpeó las manos de su hermano.

—¡No toques la Santa Biblia con las manos sucias!

Los dos muleros examinaron las páginas. Gritaban felices cada vez que encontraban sus nombres.

—¡Fíjense!—exclamó Carmen—¡Ya están leyendo!

—Bueno, dijo Dimas, nuestra congregación es para creyentes que siguen a Cristo. No es sólo para leer la Biblia.

—Queremos—dijo Marcos—. Queremos bautizarnos también. Entonces vamos a aprender todo. Y vamos a enseñar

la Palabra de Dios en nuestra propia aldea de Jocal.

Tocaron la puerta. Dimas acudió; encontró a don Tino, don Miguel y Luis.

—¿Qué pasó? ¿No se fueron en la avioneta?

Luis explicó:

—Es que yo estaba orando antes de salir en la avioneta: Señor, si quieres que me quede aquí con Dimas enséñame tu voluntad...

Don Tino continuó:

—Entonces la avioneta corría para despegar. Chocó con un toro.

—Quiero quedarme contigo, Dimas—dijo Luis.

Y don Tino le aseguró:

—Nuestra iglesia va a continuar dándole apoyo financiero. Por lo menos otro mes.

Samuelito se había despertado, y preguntó:

—¿Pero qué pasó con el pobre toro?

—Cáliz llegó hoy. Está en la cantina. Preguntó cuál niño había muerto. Quiso saber si era de Carmen o de Elena. ¿Por qué sería?

—No sé—respondió Dimas.

Aquella noche Roberto y tres primos hermanos de Carmen se convirtieron a Cristo. Pero las mujeres no. Siempre tenían sus santos. Habían hecho promesas a la Virgen. Tenían miedo de la Virgen.

Dimas quiso bautizar a los nuevos creyentes, pero el río se había secado.

—¿Por qué no bautiza como el cura?—le preguntó Arturo—él no necesita el río.

—Soy bautista—dijo Dimas—. Es nuestra práctica. Cristo se bautizó en el río Jordán.

—Ahora no puedes bautizar a nadie. No hay pozas hondas.

—Pero tengo que cumplir los mandamientos de Cristo. No basta solo predicar. Si es necesario, voy a construir una pila para los bautismos.

—Pero no hay madera aserrada para hacer una pila tan grande. Mejor bautizamos echándonos agua encima.

—No es nuestro modo. No sé. . . Tenemos que obedecer a Cristo, de todos modos. Tengo que bautizarlos—. Meditaba Dimas unos minutos. Entonces fue al taller del carpintero.

—¿Tiene otro ataúd?—le preguntó Dimas-. Quiero otro más grande.

—¿Murió otro?

—No. Mire. Échele alquitrán para que la caja pueda contener agua.



Roberto le explicó:

—Tus hijos querían mirar el río tan crecido por el aguacero. Mi mamá les ordenó que no se acercaran. Pero lo cruzaron sobre un tronco caído. Samuelito los siguió. En medio del palo gritó que sentía un vértigo. Cayó y desapareció. Lo encontramos río abajo.

Mientras velaban, Dimas leyó la Biblia. Leyó acerca del cielo. Roberto participó:

—Ustedes los creyentes tienen bastante fe. ¡Que tranquilidad en su casa! ¡Hasta en la hora de la muerte!

Carmen enjugó una lágrima.

—Bueno, gracias a Dios que él nos dio a Samuelito por estos siete años.

Arturo entró y le dijo a Dimas:

## PREGUNTAS DEL CAPITULO DOS

1. Dimas trabajó duro para hacer la capilla. Pero visitó muy poco a la gente. ¿Por qué es difícil edificar una verdadera iglesia así?
2. ¿Por qué Luis sólo quería trabajar donde había un misionero?
3. El misionero Miguel Wilson no tuvo la autoridad para ordenar a Dimas que regresara. ¿Por qué no?
4. El pastor don Tino no quería levantar nuevas obras hasta que su propia iglesia estuviera más fuerte. Así no se puede obedecer a Cristo en todo. ¿Por qué no?
5. Las decisiones que se hicieron en las campañas del estadio no valieron. Ezequiel contó cuatro errores por los cuales no habían servido. Primero, no sembraron la pura semilla. ¿Qué es la pura semilla del evangelio, que uno tiene que tener en el corazón para salvarse?
6. El segundo error es que no limpiaron el terreno. ¿Por qué uno no puede recibir a Cristo sin arrepentirse de su pecado? De la misma manera, ¿por qué uno no puede arrepentirse del pecado sin recibir a Cristo?

7. El tercer error es que no cultivaron las plantas en su propia tierra sino en suelo ajeno. Tomaron decisiones en un ambiente extraño, separados de su familia y amigos. Así uno rara vez nace de nuevo. ¿Por qué?

8. El cuarto error es que no cultivaron en amor a los que buscaban a Cristo. Es necesario visitarlos y abrazarlos con amor cristiano. ¿Por qué?

9. Un anciano débil ganó a la gente para Cristo cuando los otros no pudieron. ¿Qué hizo Ezequiel para ganar a sus amigos?

10. ¿Por qué no se debe poner a un joven sin experiencia, como Pepe, a predicar en público?

11. Cuatro nuevos creyentes fueron para bautizarse. Luis dudó que fueran sinceros. Por dicho que Luis no había ido a sus bautismos. Sus dudas habrían podido desanimarlos. ¿Por qué?

12. Asistir a los bautismos anima a la gente incrédula para arrepentirse. El bautismo expresa algo que las palabras solas no comunican. ¿En que consiste este efecto?

y todo. ¿Quiere hacerlo?

—Claro que sí. ¿Pero por qué no me explicó todo esto antes?

—Lo prediqué, pero. . . Olvidemos eso. Si quiere, puede recibir a Cristo ahora mismo. Podemos orar y pedir a Dios que lo salve. Entonces puede bautizarse para confirmar su arrepentimiento y fe.

—Vamos, pues.

—Para principiar yo diré las palabras. Puede repetirlas, después de mí.

Dimas pidió perdón y salvación por su suegro. Arturo repitió las palabras. Luego dijo:

—Me siento bastante aliviado por el rezo—. Tomó una botella de aguardiente en la mano y la tiró afuera. Se quebró contra una piedra. Lamelatas la olió y se retiró de ella ladrando.

—¡Su perro también es evangélico!—se rió Arturo—. Ahora vamos a hablarle a Roberto acerca de Cristo. El lo necesita también. ¡El siempre peca igual que yo!

Dimas comprendió que la gracia de Dios era sobreabundante para salvar a todos. Supo en su corazón que iba a ganar a Roberto para Cristo. Sintió libertad para servir a Cristo sin temor.

Unos días después, Dimas regresaba tarde a su casa. Lo había atrasado un aguacero. Los vecinos lo miraron pero no hablaron. Dimas se preguntó: "¿Qué ha sucedido?" Llegando a casa oyó a Carmen llorando. Una vecina salió de la casa sin hablarle. Los niños estaban pálidos con miedo. Una sábana cubría un cuerpo pequeño en la mesa. Dimas lo descubrió. ¡Samuelito!

gente. Dio la vista a los ciegos. Sanó a los cojos. Perdonó los pecados de los más malos. Y no les cobró nada. Ahora lo perdona a usted.

—¿A mí? ¡Ja!

—Sí. ¡Lo ama! Le da la vida eterna. ¡Gratis! Sólo que lo reciba por fe.

—No puede ser tan sencillo.

—Pero así es. Jesucristo sólo pide que se arrepienta de sus pecados.

—¡Ja! Esto es lo difícil. No puedo, Dimas. Ya mis vicios me tienen dominado.

—Claro que no puede. Nadie puede por sus propios esfuerzos. Por esto murió y resucitó Cristo. Para ayudarlo a dejar sus vicios.

—No comprendo.

—Jesús murió por los pecadores, llevando consigo todos nuestros pecado. El dejará sus vicios sepultados. Entonces resucitamos con él. Participamos de su nueva vida. El lo acompaña en la lucha contra sus vicios.

—¿Cómo es que él me acompaña si no lo veo?

—El no está aquí físicamente, pero está en espíritu. Aquí en tu casa. Ahora.

Nervioso, Arturo miraba por toda la sala.

Dimas siguió:

—El se fue al cielo; en su cuerpo. Desde allí mandó a su Espíritu para acompañar a todos sus discípulos. Así, él nos acompaña a todos nosotros Usted podrá sentir su presencia, y gozará de una unión con Jesucristo. Así puede dejar de chupar

### Capítulo 3

#### A JOCAL

Dimas y Luis se sentaron en la nueva capilla en Dos Rocas, oyendo la lluvia.

—¿Por qué no han llegado los hermanos? —preguntó Dimas—. Esta sesión es para hacer planes importantes—. Sintió una gota—. ¡Ay ay ay! El techo está goteando. ¡Está mal colocado el tejado!

—No te quejes. Tú lo hiciste. ¿No te dije que esperaras hasta que pudieran comprar unas láminas de zinc?

—¡Vaya! ¡Que buen constructor soy!— se ríó Dimas—. Mira la ventana. ¡El marco está inclinado!

Llegó Ezequiel. Caminaba con dificultad. Lamelatas sacudió, rociando agua sobre Luis.

—¡Caramba, perro viejo!—se quejó Luis—. Tengo pena de que me vean en público con esta ropa vieja sin que me la arruine del todo. Mira estos zapatos viejos. Ya no vale la pena lustrarlos.

Lamelatas se acostó junto al púlpito y se rascó. El púlpito sólo era un pedazo de caja clavado en un trozo de madera, en el

—¿Para qué?

—Para casarme con él.

—¿Le contestaste?

— Le escribí que no.

—¿Por qué no?

—No tiene trabajo todavía. Tampoco es responsable. Le pregunté en la carta, "¿Cómo vas a cuidarme? ¿En la misma manera que cuidaste el carro de don Miguel?"

Dimas halló trabajo en Paniagua: sacaba madera para la empresa. Hizo una casita para su familia. Se llevó también a Lamelatas. A Samuelíto le cayó bien el clima de la montaña, pero a veces le daban ataques. Dimas trató de hablar de Cristo con la familia de Carmen.

Elena le contó:

—Cálix nos visitó. Dijo que tú le rezabas al diablo y te dejó esta razón.

Dimas desdobló el papel y leyó:

"Al primer evangelista que llegue a Riachuelo le vamos ayudar alcanzar el cielo. Cálix Urbina".

—Quiere decir que te va a matar—dijo Elena.

El rompió el papel y lo tiró al suelo. Lamelatas lo olió y gruñó. Dimas buscó a su suegro.

—Arturo—le dijo—, quiero hablarle acerca de Jesucristo.

—¿Por qué? Yo no me he emborrachado. ¡Ya días!

Dimas se sentó con él.

—¡Escúchenme! Jesucristo sólo tuvo amor y perdón para la



goce de un ministerio fructuoso.

—Para mí la dirección del Espíritu Santo es suficiente— dijo Mateo; yo no veo la necesidad de estudiar más folletos.

—Cuidado, hermano—le advirtió don Tino—. El Espíritu Santo nos enseña por medio de la Palabra.

Cuando salieron los hermanos, Dimas avisó a Carmen:

—Iré a Paniagua mañana.

Carmen lo miró sorprendida:

—¡Eugenia te aconsejó reposar varios días!

—Pero tengo que hacer mucho en Paniagua.

Carmen respondió:

—¡No puedes ir sin dinero! Se lo presté todo a Luis. Y la iglesia no ha mandado más.

—¿Le prestaste más a Luis? ¿Por qué?

—Quería ir a la capital en busca de otro empleo. Y pensé que la iglesia iba a seguir ayudándonos.

—De todos modos voy a Paniagua.

Eugenia llegó para ver como seguía Dimas. Le informaron que él iría a Paniagua. Ella miró a Carmen y a Samuelito.

—Pero hermano, ¿y tu familia, entonces?

—El Señor Jesucristo nos ha mandado a lo último de la tierra. Por lo menos puedo ir a Paniagua.

—¿Y tu familia? ¿Cómo van a vivir?

—Los voy a llevar—dijo Dimas, y se acostó.

—Oye, Carmen—susurro Eugenia—tengo otra carta de Luis. El quiere que yo vaya a la capital.

cual aún se podía leer claramente la palabra "Dinamita".

Llegó Eugenia. Se sentó e inclinó su rostro. Tenía la Biblia blanca que Pepe le había regalado cuando salió de la ciudad. Luis dirigió un himno. Entonces se sentó junto a Eugenia. Le tocó a Dimas explicar los planes.

—Bueno, hermanos, vamos a planear la obra en las aldeas. ¿Cómo haremos? En Hechos 1:8 el Señor Jesucristo nos ordena ir hasta lo último de la tierra—. Dimas desdobló el desgastado mapa de El Olvidado que él y Ezequiel habían dibujado—. Íbamos a comenzar la obra aquí en Dos Rocas. Después el hermano Luis y su servidor íbamos a salir a evangelizar las demás aldeas. Pero no hemos seguido ese plan. ¡Nada! Hemos olvidado nuestra meta. Luis sólo predica aquí en Dos Rocas. Yo sólo estoy enseñando clases de doctrina pero nadie asiste. Bueno, he decidido una cosa. Yo de mi parte seguiré el plan, aunque ustedes lo abandonen. Yo iré a las aldeas. Voy a evangelizar a mi gente.

Luis pareció un poco molesto.

—Si tú vas a las aldeas, irás solo. Yo estoy ocupado aquí. Don Ezequiel está enfermo. Y los demás hombres de esta capilla no están suficientemente dedicados ni siquiera para asistir a estas sesiones.

Eugenia quiso defender a su pueblo:

—Pero ellos no pueden asistir a todas estas reuniones. Es demasiado. Tenemos la Cena del Señor los domingos. Y culto de evangelismo en la noche. Miércoles, reunión de oración. Viernes, culto de jóvenes al que todos los adultos asisten. Martes, ensayo del coro. No les queda tiempo para más reuniones. Los hombres trabajan en la finca o en la montaña. Están muy cansados para reunirse todas las noches en la capilla.

Dimas se quejó:

—Nadie debe estar demasiado ocupado para colaborar en la obra de evangelizar.

Luis contestó:

—Pero los hombres de esta iglesia no pueden evangelizar hasta recibir clases de evangelización personal.

Ezequiel le contradijo:

—¡No, hermano! Nadie aprende a testificar por medio de las clases de evangelización personal. ¡Caramba! ¡Sería igual que entrenar a un delantero con libros, para meter goles!

Eugenia se rió, pero Luis preguntó:

—Entonces, ¿cómo vas a prepararlos para, evangelizar sin estudiar nada?

Ezequiel respondió:

—Puedes darles clases de evangelización por tres años seguidos y todavía no van a salir para ganar a los suyos. ¡No! Ellos tienen que comenzar a hacerla. Estudian, sí. Pero no como tú piensas. No estudian teoría para un futuro. Más bien estudian como un aprendiz. Salen testificando con algún hermano más preparado. Lo imitan. Como el Apóstol ordenó que lo imitaran a él. Presentan a Cristo con sus propias Biblias en su propia manera natural. No en una manera fingida o memorizada en las clases. Ahora ustedes lo hacen todo y los nuevos no hacen nada. Pues claro que ellos no sienten la necesidad de prepararse.

—Pero estos campesinos ni quieren evangelizar—contestó Luis.

—No es eso—dijo Ezequiel—; sino que ustedes han hecho parecer muy difícil el evangelizar. Lo dejan de último. Pero es

Siempre esperaba. Se levantó y olió la mano de Dimas. Miró la puerta largo rato y lloró. Luego dio la vuelta y siguió a Dimas. No miró hacia atrás.

Dimas llegó a casa. Samuelito saltó de su cama.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Puedo leer! Escúchame—. El niño leyó un silabario. Dimas lo felicitó con un abrazo. Se dio cuenta de que Samuelito estaba muy flaco. Lo acostó en su cama.

El pastor don Tino llegó a Dos Rocas al entierro de Ezequiel. También llegaron Mateo y Marcos de Jocal. Carmen contó:

—Pobre Ezequiel. Tuvieron que vender su bestia para pagarles a los médicos. No dejó nada.

—Al contrario—le contradijo Dimas—me dejó un tesoro muy grande.

—¿Qué? ¡Ese perro Lamelatas!—preguntó Mateo.

—No sólo eso. Me dejó consejos que valen oro.

Más tarde Marcos preguntó preocupado:

—¿Pero quién va a darnos las clases pastorales que Ezequiel daba?

—Si Dios permite—respondió Dimas—yo les enseñaré en lugar de Ezequiel. No estoy capacitado. Pero él me dejó los estudios escritos para ustedes de cada semana. Ezequiel los había llamado "Cartas de consejo a mis alumnos".

Don Tino ofreció:

—Y yo vendré cada quince días para darte clases a ti, hermano Dimas. Así la cadena de extensión tendrá su sede en la iglesia madre de Tegucigalpa, bajo la supervisión de un pastor ordenado. Aseguremos que cada obrero en la cadena

aguantarlos y las monedas resonaron con un trueno. Cubrieron la marimba y sus pies. Cayeron más monedas todavía. Alcanzaron su pecho y ya no podía respirar. Sólo boqueaba: "¡Guarden mi doctrina!" Las monedas cayeron sobre su cabeza con el ruido de un derrumbe de montaña y aplastaron sus oídos, su cabeza y su alma. Todo quedó oscuro y en silencio.



Al despertarse, a Dimas le pareció que habían pasado varios días. Tenía hambre. Abrió los ojos. "¿Dónde estoy? ¡Un hospital! ¡Ya, ya! ¡Pero la cama de Ezequiel! ¡Está vacía! ¿Vacía?" Una enfermera metió el lente y la vieja Biblia gastada en una bolsa de papel. Escribió en ella "Sr. Ezequiel". Dimas cubrió su cara para esconder las lágrimas.

El médico informó a Dimas:

—Ya puedes reposar en casa. Pero tienes dañada una válvula del corazón. Tendrás que evitar el ejercicio duro. Dimas salió. Por la puerta encontró al perro Lamelatas.

la cosa más natural para el nuevo creyente. Por ejemplo, yo puse a Mateo y a Marcos a evangelizar en Jocal. Ellos lo hacen bien. Ustedes también podrían capacitar a los hombres de Dos Rocas para evangelizar. Pero están acomplejados. Tienen miedo de ustedes. Están paralizados por sus costumbres y tradiciones. Pues Mateo y Marcos no tienen tales complejos. Ya han levantado con libertad su propia iglesia en Jocal. Van a ser buenos pastores.

—Pero ellos no pueden ser pastores—comentó Luis.

—No te preocupes—interrumpió Ezequiel—ellos no van a estar metidos en tu obra. Trabajan en su propia aldea, en Jocal.

—¿Cómo pueden ellos pastorear?—preguntó Eugenia—. No han estudiado.

Dimas quiso defender a los hermanos:

—Yo les enseñé a leer. No son tan burros como ustedes piensan.

Ezequiel añadió:

—Y yo les mostré todo lo que necesitan saber para cuidar la nueva congregación. Ya tienen la imposición de manos como obreros provisionales. Han bautizado a sus propias familias y algunos otros hermanos nuevos. Muchos se han arrepentido en Jocal por su buen testimonio.

Luis movió la cabeza.

—¿Pero por qué piensan que hombres como Mateo y Marcos son capaces para la obra pastoral?

Ezequiel miró fijamente a Luis.

—Están pastoreando mejor que tú. Claro que el Todopoderoso no les ha bendecido con tanta educación como la que tienes. Pero les ha dado una porción grande del Espíritu

Santo. Su iglesia está creciendo más que la tuya. Y ellos son buena gente ahora. Cuidan a sus familias. Bien pueden comenzar poco a poco a responsabilizarse de pastorear a su propia gente.

Luis alegó:

—Pero son nuevos todavía. Tienen menos de un año en la fe. La Biblia prohíbe la ordenación de neófitos como pastores.

—No estamos ordenando a nadie como un reverendo profesional—contestó Ezequiel—. No te preocupes. ¿Olvidas lo que hizo el Apóstol Pablo? Dejó a ancianos encargados de todas las nuevas iglesias, en Hechos 14, Ellos eran nuevos; no podían pastorear del todo. Pero los dejó encargados de las nuevas congregaciones. Las cuidaban. Servían la Cena del Señor.

Luis exclamó:

—¡Pero uno no puede comenzar a servir la Cena del Señor así no más, sin experiencia pastoral!

Ezequiel le preguntó:

—¿Y cómo gana uno la experiencia sin práctica? Un nuevo dentista tiene que sacar su primer diente. Cada pastor tiene que comenzar en alguna forma. Lee la Biblia en los Hechos. Verás como esas iglesias comenzaron así sin esperar que llegara algún reverendo ordenado.

—Me doy cuenta de su práctica—dijo Luis—; los ancianos servían la Cena del Señor con frecuencia. Era la cosa más importante que los primeros cristianos hacían cuando se reunían en sus casas. Pero hoy no podemos regresar a tales prácticas tan primitivas. Ellos sólo estaban comenzando.

—¡Pero solo estamos comenzando también nosotros!—

que nunca. Soñó con un gentío dando vivas. Los cohetes estallaban en el cielo. ¡Tanto ruido! Don Miguel estaba parado encima de la marimba de Roberto, en medio del gran estadio. Tocó una trompeta y anunció: "¡Presentamos al más grande pulpitero de la República de Honduras"!

Dimas subió a la marimba... Los aplausos sonaron como un trueno. Le dolieron los oídos. Le gritaron: "¡Viva! ¡Aleluya! ¡Coca Cola!"

Un soldado disparó al aire y todos callaron. Dimas abrió su Biblia para predicar. "En el original griego se dice que conozcamos perfectamente la doctrina".

Gritaron a sus oídos, "¡Amén! ¡Tacos a diez centavos!" El siguió: "¡Basta solo con conocer la doctrina! ¡Y todo sale bien con sólo predicar!"

La ancianita entró montada en Lamelatas. Sacó su pipa de la boca y gritó brava, "¡Escriba! ¡Tú eres escriba y fariseo!"

Dimas ordenó al soldado: "¡Saquéela afuera!" La agarraron por el cabello y la arrastraron hacia la puerta.

Ella gritaba: "¡Crucificaste a Jesús! ¡Tú! ¡Escriba, fariseo, hipócrita! ¡Tú, Dimas Villalobos Pulpitero!"

Dimas gritó: "¡Está en el griego! ¡Tenemos que predicar la doctrina! ¡Solo predicarla!" Luego comenzaron a tirarle las monedas. El siguió gritando, "¡Están aprendiendo bien la doctrina!" Un montón de monedas cayeron a sus pies. "¡Ya son expertos intérpretes de la Palabra! ¡Esto es lo más importante!" La montaña de monedas aumentaba. El sonido de la plata lloviendo del cielo lo ensordecía; gritó más fuertemente, "¡Están aprendiéndola con exactitud; su doctrina ha llegado a la plena perfección!"

Los aplausos de la muchedumbre aumentaban hasta no

marcha bien la iglesia. Pero los mandamientos hay que cumplirlos. Nuestra fe no es una religión de ideas. Es una vida de hechos. No es una filosofía. Es una disciplina. ¡Es una guerra, Dimas! Porque pronto vas a batallar contra aquella serpiente. Predica, presenta a Cristo. Prepara a los hermanos. ¡Pero no seas como el pulpitero que se enamora de sus propias palabras, quiere predicar con elocuencia, busca un puesto, exige un gran sueldo, busca fama, domina a los hermanos!

Las palabras le penetraron a Dimas como balas. La cabeza le dolía aún más. Preguntó:

—¿Entonces la predicación puede ser mala? ¿Aunque sea una doctrina sana?

—Exactamente, hermanito. Predicar, sin el amor que obedece en fe, es ser como metal que resuena, y címbalo que retiñe. Si vas a Paniagua solamente para predicar no levantarás la iglesia. Tienes que hacer discípulos que se bauticen y guarden los mandamientos de Jesucristo.

Eugenia llegó:

—Hermano Ezequiel, tienes que reposar ahora.

—Sí. Voy a mi reposo, hermanita. Voy a reposar.

Dimas sintió un ardor en el cerebro. ¿Era por su fiebre o por las palabras de Ezequiel? Estas habían desenmascarado a Dimas. Le dolía el corazón. ¡Pero más aún su cabeza! Como si le estuvieran dando con un martillo ¡Que agonía! ¡Dolor del cuerpo con dolor del alma! Oró:

—¡Ten misericordia de mí, O Dios! Dame otra oportunidad para ir a Paniagua. No soy digno de servirte. Pero mi pueblo está perdido sin Cristo...

No pudo terminar la oración. Los golpes del martillo en su cerebro lo dominaron. Dormía. Dormía más profundamente

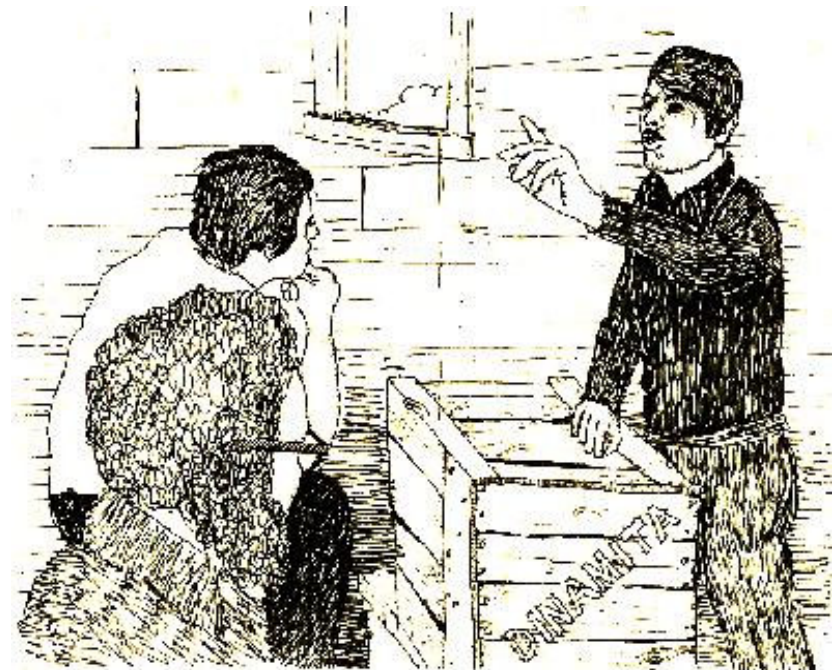
exclamó Dimas—. Y ellos estaban obedeciendo las órdenes del Señor. ¿Tú te quejas de esto, Luis?

Luis no contestó. Ezequiel añadió:

—Ustedes los gallos del gran seminario quieren obedecer las tradiciones de sus profesores. La mayor parte de ellos nunca han sido pastores. No han levantado una iglesia en estas montañas. ¿Cómo pueden enseñar a sus alumnos lo que ellos no han hecho? Por esto el Todopoderoso no ha bendecido sus labores en las aldeas.

Luis habló en voz muy alta:

—¡Pero no pueden ordenar como pastores a nuevos, creyentes, como esos campesinos ignorantes!



Dimas quiso gritar también, pero respondió con calma:

—Mira. Don Ezequiel no ha ordenado a ningún pastor titulado. Marcos y Mateo son como los ancianos nuevos que los apóstoles dejaron encargados en las nuevas iglesias.

—Pero no puedes dejar que un nuevo creyente predique sin. . .

Dimas interrumpió:

—Claro que uno nuevo no debe predicar. ¡Pero tú dejaste que Pepe lo hiciera! El no tenía ninguna preparación. Se jactó y cayó.

—De todos modos—dijo. Ezequiel—, no puse a Marcos y Mateo a predicar.

Luis estaba enojado:

—¡Pero dijiste que ellos están dirigiendo do la obra en Jocal!

—No están predicando como lo haces tú—contestó el anciano—. Ellos sirven la Cena del Señor. Un nuevo creyente se jacta predicando. Pero un hombre maduro como Marcos no se jacta sirviendo la Cena del Señor. La sirven como lo más importante de sus cultos. Solamente harán esto hasta que tengan, suficiente preparación para predicar. Y fíjate que su iglesia está creciendo bastante. Cada semana hay nuevos hermanos.

Luis alegó:

—A Dios no le interesan los grandes números de gente.

Ezequiel le contradijo:

—¿Quieres decir que no hay suficiente gracia del Todopoderoso para alcanzar? ¿Su Santo Espíritu se ha

los pecadores se arrepientan. Entonces se bautizan. . . toman la Santa Cena. . .testifican. . . se aman. . . oran pidiendo misericordia por los suyos. . . comparten con los hermanos necesitados. . . sufren y sirven con alegría. . . hacen todo que Cristo ordena. Es vana la predicación que no culmina en esto.

Dimas confesó:

—Yo pensaba que al solo predicar la Palabra, resultaría todo bien.

—¡El error de los escribas! El Todopoderoso nos manda: "Sed hacedores de la Palabra, y no tan solamente oidores, engañándonos a vosotros mismos".

—Bueno. Pero un pastor siempre tiene que predicar, aunque algunos hermanos no obedezcan.

—Claro, pero tu obediencia depende de la manera en que tú mires a tu rebaño. ¿Lo miras como niños de escuela o como soldados obedientes? La iglesia no es una escuela. Es un ejército. Nuestro Rey no busca escribas sabios. Busca discípulos. Tienes que entrenarlos para su tarea. Obedecen en fe todos los mandamientos del Señor y Rey. Esta clase de predicación no necesita ni un púlpito, ni un gentío.

Dimas sintió un fuerte dolor de cabeza, pero hizo el esfuerzo para seguir escuchando. Preguntó:

—¿Es malo el púlpito entonces?

—No, hermanito. No es malo el púlpito. Lo malo es que hay mucha predicación y poco pastoreo. ¡Muchos predicadores y pocos pastores! No seas tú el "pulpitero".

—¿Qué es un "pulpitero"?

—Es aquel de boca grande que predica elocuentemente pero no obedece las órdenes del Rey. Puede faltar el púlpito y



—Entonces, ¿para qué sirve la predicación?

—De nada sirve si olvidamos lo demás. Cristo nos ordenó que enseñáramos a la gente a guardar todas las cosas que él mando.

—La Gran Comisión—convino Dimas.

—No es enseñar solo la Biblia. Es enseñar que hagan todo lo que el Rey manda.

—No entiendo—confesó Dimas—. ¿Hay que enseñar la Biblia!

—Claro, hermanito. El fin de la predicación bíblica es que el discípulo de Cristo haga lo que El manda. Predica para que

acabado? ¿Dios no quiere grandes números? ¡Lee el Nuevo Testamento! ¡Tantas veces que cuenta los miles de seguidores de Cristo!

—Lo que quiero decir—explicó Luis—, es que es mejor la calidad que la cantidad.

—Te has confundido—dijo Ezequiel—. No digas que una iglesia tendrá sólo calidad o solo cantidad. Una iglesia no puede tener la una sin la otra. La iglesia que se jacta por su calidad de santidad nunca crece. Desobedece. No tiene ni calidad.

Dimas dibujaba un mapa en el suelo.

—Por favor volvamos a los planes. Miren. Aquí está Dos Rocas. Desde aquí la obra pasa a Jocal. Vamos a visitar la iglesia de Mateo y Marcos—. Hizo una flecha en el polvo. Lamelatas la olió—. De allí pasamos a Paniagua. Podemos permanecer allí para levantar otra obra. Entonces iremos a Riachuelo, allá por la pata de Lamelatas.

—Pero has predicado en Paniagua. Y no respondieron—se quejó Luis—. Es dura esa gente. Nunca van a cambiar.

Dimas le contradijo:

—Cómo no. Yo los conozco. Sólo fui para predicar y luego regresé. Eso no sirve. Podemos hacer así por diez años sin levantar una iglesia.

—¿Pero qué podemos hacer, entonces?

—Tenemos que preparar a los vecinos del lugar para bautizarlos y servir la Cena del Señor y enseñar la Biblia—explicó Dimas.

—¿Pero quién puede aprender estas cosas en Paniagua?

—No sé todavía, pero no voy a esperar hasta encontrar a un

pastor titulado para hacerlo. ¡Si vamos a ganar a los miles en El Olvidado para Cristo, tenemos que preparar al campesino común y corriente como líder!

Sonó un trueno.

Luis dejó de tararear.

—Bueno, yo no puedo quedarme en Paniagua para preparar a esos indios. La comida es una ruina. Falta medicina. ¿Y no es cierto que te amenazaron con machetes?

—¡Sólo eran cosas!—dijo Dimas—. Los borrachos siempre molestan. Además, Cálix los había sobornado.

Luis persistió:

—Mejor dejar que la Misión mande a algún joven del Instituto Teológico para predicar allá; alguien que no tenga responsabilidades todavía.

—¡Pero hombre!—lo regañó Dimas—. ¡Tú sabes que no se puede encargar a un joven con esa tarea! Si nosotros no podemos, ¿cómo va a hacerla un joven sin experiencia?

—Es el único medio—insistió Luis—; el misionero podría pagarle y organizar la iglesia después...

Dimas le interrumpió:

—La Misión no tiene dinero para pagar pastores en cada aldea.

—¡Pero es lo único!

Dimas siguió dibujando en el polvo.

—Entonces, de Paniagua vamos a Riachuelo. Aquí, donde viven mis padres. Y desde Riachuelo los nuevos hermanos pueden alcanzar a las demás aldeas. Conforme al mandato del Señor en la Gran Comisión.

hermanos, es decir, cuando lo dejan sólo para reuniones especiales. Tienes que despertarlas, Dimas.

Eugenia se acercó y ellos se callaron. Cuando ella hubo pasado, Ezequiel continuó:

—El Todopoderoso levantará nuevos obreros para la tierra descuidada. ¡Hasta el último caserío! ¡Pastores cultivados en su propia tierra! Productos de las nuevas iglesias en sus propias aldeas. Tú tienes que prepararlos, hermanito.

—Pero hay quienes no están de acuerdo, porque estos pastores no son graduados de algún Instituto.

—No importa. Lo primero es obedecer el mandato del Rey Celestial. Desechemos cualquier tradición que impida la marcha obediente de una nueva iglesia. No dejes que nada te lo impida, hermanito.

Dimas pensó en lo que hacían Mateo y Marcos en Jocal. "¿Puede mi suegro hacer lo mismo en Paniagua?, ¿Y mi papá en Riachuelo?"

Ezequiel continuó:

—Dios va a levantar a los obreros. Estos levantarán iglesias en los lugares descuidados.

Dimas le preguntó:

—¿Por qué Mateo y Marcos pudieron levantar tan fácilmente una iglesia en Jocal?

—Te diré por que. Dieron testimonio de Cristo a sus propios familiares. Se lo enseñé yo. Su propósito fue levantar una iglesia, y no predicar. Así que el Todopoderoso los bendijo. Primero se arrepintieron sus familiares cercanos. Después, los acompañaron los familiares de aquellos. No predicaron sermones.



Dimas oró en silencio:

—Señor, perdóname. ¡Tiene razón Ezequiel! No soy digno de predicar. Perdóname este orgullo. Sólo quise predicar como los grandes. Pero no me has dado ese don. Me has hecho un testigo humilde de Cristo. Ayúdame a desarrollar este humilde don, para ser un testigo sencillo. Ayúdame a hablar con mis familiares y mis amigos. Por el amor de Cristo. Amén.

Ezequiel preguntó a Dimas:

—¿Irás a la aldea de Riachuelo?

—Claro, si Dios quiere.

—Dios quiere, hermano Dimas. Dios quiere.

Dimas admiró al anciano. Estaba muy débil. Quizás recibió del cielo un aliento especial para hablar. El viejo cerró los ojos y continuó:

—Veo una iglesia evangélica en todas las aldeas. ¡En cada aldea y barrio de nuestro país! ¡Una iglesia cuyo fin es evangelizar! Que no deja la evangelización solamente para reuniones especiales. ¡Una iglesia y no un “punto de predicación”!

—¿Son malos los "puntos de predicación"?

—Sí, hermanito. Se debe celebrar la Cena del Señor y vigilar diariamente la congregación. Esto no se hace sólo enviando de vez en cuando a un predicador. Además, no se debe celebrar cultos de adoración para incrédulos. Esto paraliza la nueva obra. "Dios es espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren". Los incrédulos no deben participar en cultos de adoración.

—Ya entiendo—confesó Dimas.

—Además, las iglesias duermen cuando no evangelizan los

Luis se puso de pie.

—Permíteme a mí—. Con su zapato roto borró todo el mapa dibujado en el piso, menos Dos Rocas—. Aquí no más debemos trabajar. En Dos Rocas. Es la tarea del misionero abrir nuevas obras.

Dimas sintió hervir su sangre.

—No, tienes visión de lo que Dios quiere que hagamos, hombre. ¿Cómo podemos trabajar juntos sin compartir la misma visión? Tú nunca miras a la gente que necesita a Cristo.

—¿Como no! Yo sé que todos son pecadores.

—Pero no haces nada a menos que el gringo esté presente. Tú sólo predicas, nada más. ¡No visitas nadita!

—¡Dimas!—rogó Eugenia. Pero Dimas siguió:

—¡Y no nos animas para ir donde los miles que se pierden sin Cristo!

Eugenia bajó la vista.

—¡Un momento!—suplicó Ezequiel—. ¡Gallos bravos! Escúchenme. Dimas, tú tienes una visión muy grande. Dios te la dio. Pero no regañes a todos los hermanos que no la tienen.

—Pero es el mandato del Señor en la Gran Comisión.

—Escúchame—ordenó el viejo—. .No puedes obligar a la gente a colaborar contigo. Luis no quiere acompañarte en las aldeas. No tiene el don para esto. Deja a Luis en paz. No pueden juntarse un caballo con un buey con el mismo yugo. Los dos se lastimaran las nuca.

—Bueno—anunció Dimas—; entonces yo voy solo a Paniagua.

—¿Pero quién va a pastorear la iglesia aquí?—preguntó

Luis—. Yo no voy a quedarme para siempre.

—Tú debías haber preparado a uno de los hermanos de aquí—dijo Dimas.

Luis respondió:

—No hay dinero para pagar un pastor aquí. Los hermanos de aquí no dan su diezmo.

Ezequiel le aconsejó:

—Y nunca lo darán mientras la Misión pague todos los gastos. . . ¡Hasta el sueldo del pastor!

—No me pagan mucho—se quejó Luis.

Dimas volvió a hablar:

—Bueno, cueste lo que cueste, voy a Paniagua.

Eugenia lo miró preocupada.

—¿Pero no estás descuidando a tu familia dejándola sola?

—Irán conmigo.

Luis le dijo:

—Pero es peligroso.

—¿Cómo vas a alimentar a tu familia? ¿Para qué quieres levantar una obra donde no puedes quedarte siempre? Cuando regreses de Paniagua nadie se quedará allí como pastor.

—Tampoco había pastor en Jocal—dijo Dimas—. Pero Dios levantó a Mateo y a Marcos. Cuidan la iglesia sin dinero, sin preparación en una escuela, y sin ningún misionero. Sirven la Santa Cena y. . .

—Eres muy terco—interrumpió Luis—. Ellos no deben estar celebrando la Cena del Señor.

—¿Qué le pasa a Ezequiel?

—¡Silencio! Ezequiel está muy grave de los pulmones. No le queda mucho tiempo.

—Por favor, Eugenia, permítame usar la cama a la par de la de Ezequiel.

A la mañana siguiente Dimas se encontró al lado del anciano. Este respiraba con dificultad. Preguntó a Dimas:

—¿Cómo va la obra en Paniagua?

—Yo prediqué todas las noches. Pero casi nadie se convirtió. Solamente algunos jóvenes. Traté de obedecer a Cristo. ¡Prediqué con todo mi esfuerzo! Pero Dios no lo bendijo.

—Hermanito, si obedeces al Señor con espíritu de amor, recibirás su bendición siempre. Tú le obedeciste con espíritu de ansiedad y obligación. Debes obedecer con paciencia y fe. Además, tú apenas sabes predicar.

—Ya puedo predicar un poco—contestó Dimas.

—Los gallos siempre quieren cantar. Solo quieren ir predicando. ¡Siempre predicando! Es mejor que hables primero con tus amigos en sus casas. Mejor aprender a andar a pie antes de montar.

Dimas le confesó:

—¡Ay! ¡Tus palabras me llegan al corazón! Tengo deseos de predicar ante una gran congregación. Poco me interesa enseñar a los individuos.

El anciano le aconsejó:

—Deseas predicar a un gentío. Tal deseo a veces no viene de Dios. Viene del orgullo. ¡Por Satanás! Esta predicación más bien atrasa la obra.

Lo internaron. Ezequiel estaba en la misma sala. Se veía pálido, con los ojos hundidos. Leía la Biblia a través de un lente. Le temblaba la mano.

Luego llegó Carmen.

Dimas le preguntó:

—¿Cómo está Samuelito?—Ella no respondió. Dimas comprendió por su cara que Samuelito estaba grave, e inquirió: —¿Y el dinero de nuestra iglesia? ¿No fue suficiente?

Ella le apretó la mano.

—Don Tino escribió diciendo que no pueden continuar dando dinero. Dice que necesitan una iglesia fuerte en la ciudad. Y no pueden gastar el dinero en otros lugares.

—Pero...

Ella siguió:

—Quieren comprar un mimeógrafo para hacer boletines para la iglesia.

—La enfermera se acercó.

—Ya tiene que descansar.

Carmen salió llorando. Dimas se durmió.

Cuando se despertó, oyó otra voz conocida:

—¿Hermano Dimas?

—¡Eugenia! ¡Qué bueno que hayas venido a visitarme!

—No vine a visitarlo. Trabajo aquí. Abra la boca—y le metió un termómetro—. Estése callado y caliéntelo. Hermano, debe dar gracias a Dios. Se escapó de morir. Si no lo hubieran traído esta mañana. . . ¿Quién sabe?

—No fui yo quien dio las órdenes—contestó Dimas—. Fue el Señor Jesucristo.

—¡Ja!—se rió Luis—¡Acaban de detestar su vino y ahora sirven la Copa Sagrada! ¡Son ignorantes! Hasta bautizan sin que un pastor ordenado esté presente.

—Felipe lo hizo—aclaró Ezequiel—; se ve en Hechos 9.

—Hechos 8—, le corrigió Luis con desprecio.

Eugenia trató de calmarlos:

—Hermano Dimas, ¿no sería mejor esperar? Espere hasta que esta congregación este más grande, como la de don Tino en Tegucigalpa. Entonces ella puede ayudarle a ir a Paniagua.

Dimas no quiso discutir con una mujer.

—Parece que todos nosotros somos dirigentes. Nadie es seguidor.

—Perdóneme, Dimas, yo solo quise ayudarle.

—Mira. Costó diez años levantar la iglesia de don Tino. Tuvo la ayuda del misionero. ¿Quieres que trabajemos aquí otros diez años *antes* de ir a Paniagua? ¿Y otros diez años en Paniagua antes de ir a Riachuelo? ¡Dios mío! ¡Mis padres estarán muertos! ¡Sin Cristo! ¡Pasaran cinco siglos para evangelizar todas las aldeas de El Olvidado!

—¡No quise decir eso! Sólo quise que usted y Luis dejaran de pelear—. La enfermera se echó a llorar. Ezequiel se puso de pie.

—¡Son dos gallos de pelea!—Y se dirigió despacio hacia la puerta. Lamelatas lo siguió. Se detuvieron. En anciano anunció: Ya viene el misionero en su carro amarillo. El puede ser el árbitro entre ustedes dos. Yo me voy.

Luis fue a la ventana y se apoyó en el marco inclinado.

—Es verdad. Ojalá que yo regresara con don Miguel a Tegucigalpa, en su carro.

Pero al día siguiente viajaban más adelante entre las montañas de El Olvidado. Llovía a cántaros contra el vidrio. Dimas tuvo que gritar para que le oyeran:

—Ya vamos a llegar a Jocal.

—Me alegro—se quejó Luis, aburrido.

Dimas y don Miguel cantaban himnos pero Luis continuaba en silencio. El carro se pegó en un bache. Los mismos bueyes que habían hecho los baches ayudaron a sacarlo. Siguieron adelante. Pasaron por una curva. Se encontraron rodeados por cerdos, pollos y niños. Los perros perseguían al carro ladrando.

—Ya llegamos a Jocal—anunció Dimas.

—¿De veras?—Luis bostezaba.

—¡Miren! ¡Ahí está la capilla!—gritó Dimas—¡Y fíjense! ¡La construyeron exactamente como la de nosotros en Dos Rocas!

—¡Es gemela!—se rió don Miguel—¡Hasta los errores han imitado! ¡El marco de la ventana se inclina exactamente como el suyo!

Mateo salió gritando de alegría:

—¡Vamos a tener un culto grande hoy! ¡Con predicación como en la ciudad! ¡Va a predicar el famoso evangelista Luis Dávila!

Luis echó una mirada a la capilla humilde. Se disculpó:

—Siento mucho, pero tengo un dolor de cabeza.

gran peso y sus piernas se doblaron. Miró todo oscuro y cayó. Un remolino lo tiraba más abajo.

Pensaba: "¡Que abismo! ¿Es el fin del mundo? ¿Estoy muerto? ¿Dónde está Dios?"

Cuando despertó estaba en cama. La ropa sucia de la familia estaba sobre él. Pero sintió frío. El misionero don Miguel estaba mirándolo.

—¿Dimas? ¿Está despierto? Puede regresar conmigo a Dos Rocas. No se preocupe. Se recuperará en la clínica.

Dimas se levantó por un lado.

—Es una enfermedad pasajera. Puedo quedarme aquí. Algunos jóvenes han recibido a Cristo. No puedo dejarlos sin instrucción. Pero sintió un cansancio. No pudo apoyarse más. Se volvió a acostar.

Don Miguel habló con Arturo. Levantaron a Dimas. El no pudo resistirse. Lo llevaron al carro. Un grupo de niños admiraban el jeep. Cuando don Miguel arrancó, los niños gritaron:

—¡Adiós, Padre! ¡Adiós, Padre!

Iban por la carretera. El misionero le preguntó a Dimas:

—¿Quiénes son los dos pistoludos montados que nos miraban?

—No sé. No miré a nadie.

Llegaron a la clínica en Dos Rocas. El perro Lamelatas estaba sentado a la puerta.

—Ezequiel debe de estar adentro—dijo Dimas.

—Sabes que aquel sencillote no me ha tocado. ¿Pero tú me acusas a mí? ¡Siempre estas con esa mujer de la calle!

—Elena, tú eres mi vida. No tengo otra.

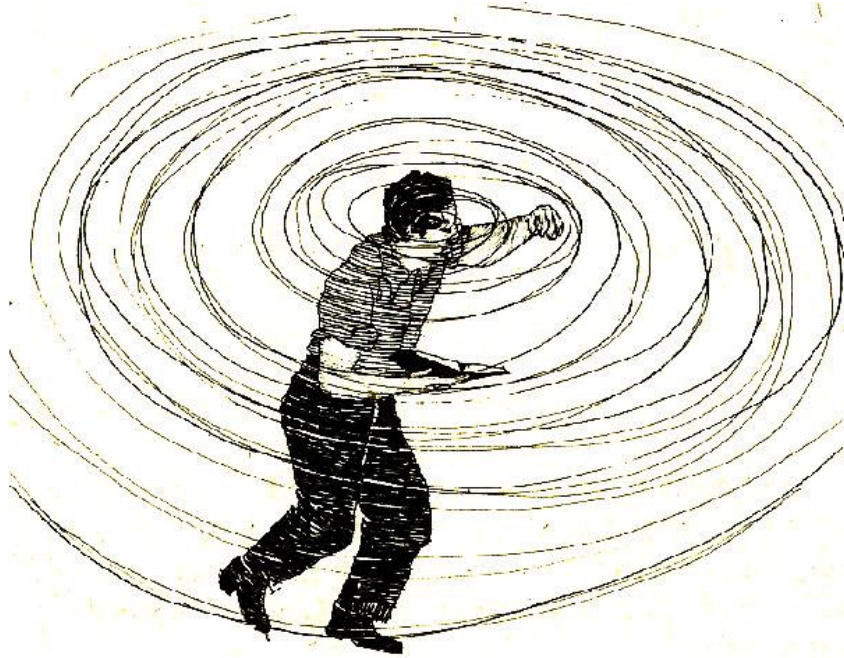
—¡Mentiroso!—Ella empezó a insultar a Roberto con palabras fuertes. Dimas oyó unas bofetadas. Luego guardaron silencio. Sólo oyó los sollozos de Elena. Roberto susurro:

—Te digo algo más. Tu querido predicador no estará mucho tiempo en la aldea. Yo sé por que lo digo.

Dimas oró en silencio:

—¡O, Dios, ayúdame a convencerlos para Cristo!

Al día siguiente Dimas decidió: “Voy a convencerlos, pase lo que pase”. Predicó tan fuerte que lo oyeron hasta las demás casas. Pero le dio un mareo; la cabeza le daba vueltas. Sintió un



Mateo y Marcos enviaron a sus hijos a avisar a la gente. Dimas los miraba. Había olvidado que la gente del campo es tan delgada. Después de varios años en Tegucigalpa le chocó recordar la pobreza en que él se había criado. Pensó, "Mi gente. . . es la gente olvidada del mundo".

Aquella noche llegaron más de veinte hombres a la capilla. Algunos traían sus diezmos para la semana: huevos, frijoles y monedas.

—Es para los hermanos necesitados—explicó Marcos.

—Sí, añadió Mateo—lo repartiremos como la Santa Biblia lo manda.

Los niños y las mujeres llenaron las bancas. Los varones se quedaron parados. No cabían en la capilla. Algunos miraban por las ventanas y la puerta. Marcos hizo sonar una guitarra vieja y todos cantaron. Entonces el misionero, don Miguel, predicó. Dimas se fijó en el púlpito. También tenía escrita encima la palabra "DINAMITA". La habían copiado de la capilla de Dos Rocas.

Don Miguel predicó muy largo. Pero la gente no quiso dar por terminado el culto. Pidieron a Luis que predicara también. Lo hizo. Pero Dimas se dio cuenta de que nadie había entendido su comentario sobre el libro del Apocalipsis.

Después Mateo confesó:

—No podemos predicar. Sólo servimos la Cena del Señor. Y damos una humilde plática de la Biblia.

Don Miguel miraba su reloj. Marcos tomó la Biblia y los dos hermanos empezaron a relatar una historia. Contaron la de Judas. Mateo concluía:

—Y se ahorcó. . . y el lazo se rompió y cayó Judas. ¡Muerto!

Marcos añadió:

—Y se le salieron todas las tripas. Hechos uno, dieciocho.

Mateo siguió:

—Y cayó hasta el infierno. Ustedes que no se han arrepentido caerán en el infierno también. Oye, Moncho. Y tú, Memo. Y Lucita. La Santa Biblia les advierte.

Dimas echó una mirada al misionero. Había dejado de mirar su reloj. Estaba contento. Escuchaba con atención igual que los niños sentados a sus pies. La señorita a la que llamaron Lucita estaba mordiendo las uñas, preocupada.

Un hombre descalzo que afilaba su machete dijo:

—Pero yo voy a seguir a Cristo. Con toda mi familia.

Mateo le ordenó:

—Entonces, Moncho, ¡dame esto!—le sacó una botella que Moncho tenía escondida en su pantalón.

—¡No!—gritó Moncho—¡Esa no!—saltó, pero Mateo tiró la botella por la ventana. Moncho parecía como un tigre que estaba por saltar. Lucita, temblando, tomó el brazo de Dimas. Pero Moncho se sentó y preguntó:

—¿Ahora puedo ir al cielo?

—Todavía no. Tienes que orar confesando tus pecados.

—¿Orar? ¿Cómo?

—Es como rezar—explicó Mateo—pero no repetimos las mismas palabras muchas veces, como si Dios fuera sordo. Hablamos de corazón directamente con El. Ahora... ¡Todos ustedes los perdidos! ¡Arrodíllense! ¡Repitan las palabras después que nosotros!

—Estoy bien, gracias.

Ella siguió acariciándolo.

—Yo puedo aliviarte, si quieres.

—No, Elena, estoy bien. Por favor, no.

—El se dio vuelta, dándole la espalda.

Ella lo pateó en la rabadilla.

—¡Santurrón desgraciado! ¡Maldito tú y tu mujer! ¡Maldito Roberto y toda su familia!—Entonces se puso a llorar.

Aquella noche Dimas apenas pudo predicar. Casi nadie asistió; él se desanimó. Además, Arturo llegó borracho con un amigo. Dimas regañó a su suegro:

—Usted gasta todo su dinero en bebidas. No cuida su familia. Es una desgracia. Y tú también, amigo, ¿por qué dejaste de asistir a los cultos?

Este le informó:

—Aquella noche mientras yo estaba en el culto me robaron un pollo. Ya sólo quedan tres. Pero de mi parte acepto todo lo que Dios dice. Me gusta la religión.

—A mí también—dijo su suegro—. Yo acepto. Es muy sana la religión evangelista.

Dimas se dio cuenta de que estaban muy ebrios. No valía la pena discutir. Se acostó agotado por un gran cansancio.

Aquella noche despertó con una fiebre ardiente. Oyó a Roberto murmurando con Elena:

—Aquel tu evangelista finge su enfermedad. Sólo quiere estar en casa contigo. ¿Te gusta su...?

Ella le interrumpió:

mi deber. Si te quedas, tú eres el perjudicado.

Cada día Dimas se sentía más enfermo. Una mañana se quedó en casa mientras los otros hombres salieron para la montaña a descombrarla. Elena, la compañera de Roberto, le preguntó:

—¿Cuándo vas a regresar a Dos Rocas?

—No sé. ¿Cuándo regresan Roberto y tú? ¿No estaba él ganando buen dinero?

—Eso sí. Pero perdió su trabajo en "El Pecado" porque se peleó con Cálix. Casi se matan. El dueño maldijo a Roberto porque corrió los clientes. Roberto también maldijo al dueño y ese viejo lo despachó. Roberto siempre hace líos. Nunca cuida su empleo. Sólo pelea. Es mentiroso. Siempre me engaña.

—No, Elena, yo no lo creo.

—Bueno, él no te ha hecho nada a ti. Pero él siempre me paga mal.

Dimas trató de dormir. Pero Elena siguió criticando a Roberto. Ella dio vuelta a un santito, colocándolo boca abajo en una esquina. Le rezó:

—No te volveré a dar vuelta hasta que Roberto deje a aquella mujer. Esa perra. Esa bruja. ¡Mata a esa mujer!

Dimas se cubrió la cabeza con la sábana. No quiso escuchar más tales atrocidades.

Ella mandó a los niños:

—Vayan al río. Ahí está lavando su abuelita, Ana.

Todos salieron, dejándola a solas con Dimas. Ella se sentó en la cama junto a él. Acarició su frente con la mano.

—Pobrecito. ¿Todavía tienes calentura?

Tres hombres se hincaron. Marcos empezó:

—Muy buenas noches, Padre Eterno. . .

Repitieron:

—Muy buenas noches, Padre Eterno.

Mateo siguió:

—Perdónanos por embriagarnos . . .

Repitieron:

—Perdónanos por embriagarnos.

—y por mujerear . . .

—y por mujerear.

—y por pelear. . .

—y por pelear.

Marcos continuó:

—y por perder nuestro dinero apostando...

—y por perder nuestro dinero apostando.

—y descuidar a nuestra familia...

—y descuidar a nuestra familia.

—En el nombre de Jesucristo el Salvador. Amen. . .

—En el nombre de Jesucristo el Salvador. Amén.

Moncho se levantó y dijo:

—Ya puedo sentir la presencia de Cristo.

Se abrazaron y Mateo les felicitó:

—Ahora son hermanos en Cristo. Todos somos hermanos.

Lucita se rió:

—¿Hasta el gringo?

—Mateo anunció:

—Ahora celebramos la Cena del Señor. Es sólo para los bautizados. Los demás tienen que salir. No hay suficientes bancas para observar.

Dimas miró a Moncho. Este salió pero no buscó su botella. Se quedó afuera en la lluvia, observando por la ventana. El viento soplaba fuertemente. Algunas gotas cayeron desde el tejado. Mateo se puso el sombrero por el agua y leyó la Biblia:

—“Esto es mi cuerpo. . .”

Partieron tortillas y las sirvieron. Oraban en silencio



—¿Por qué?

Roberto miró por unos momentos a Dimas. Entonces habló despacio:

—Cálix Urbina hizo una promesa. Te va a matar.

—¿A mí? ¿Pero por qué?

—Estuvimos en Dos Rocas. Yo tocaba la marimba para los cultos. Una noche Cálix peleó conmigo.

—Sí. Yo recuerdo.

—No. No lo sabes. No fue aquella vez del estadio. Fue en el bar "El Pecado". Cálix juró que iba a matar a un evangelista.

—Pero, ¿por qué no te mató a ti?

—El dijo que lo haría.

—¿Pues por qué me adviertes?—pregunta Dimas—. El pleito es contigo.

—Ya no. Cuando me amenazó, yo lo agarré por atrás y apreté mi puñal contra su garganta. Lo obligué a prometer a la Virgen delante de todos que nunca derramaría mi sangre. . El supo que yo lo mataría. Pues tuvo que hacer el voto. Y ahora no puede quebrantarlo.

—¿Entonces por qué me previenes a mí?

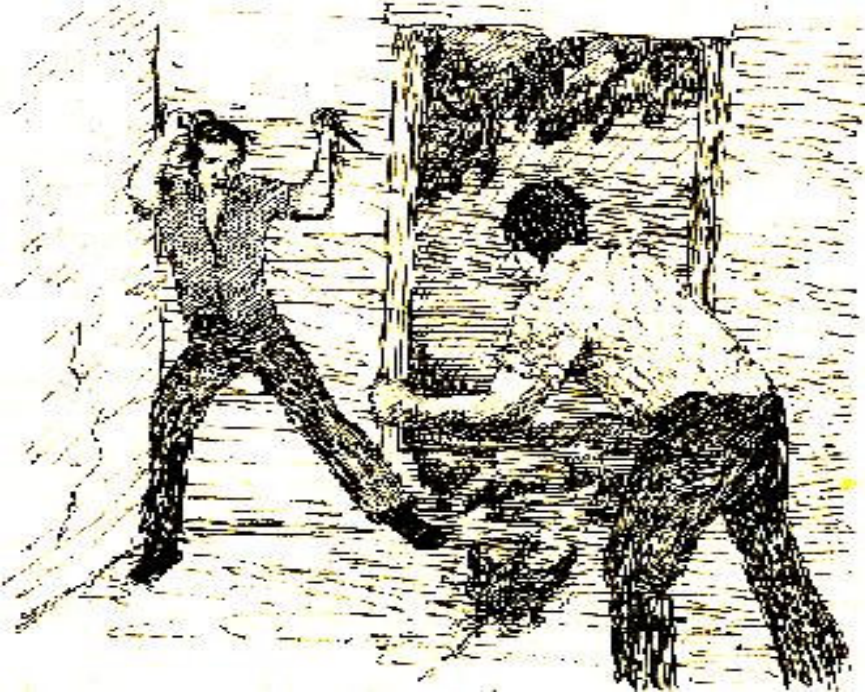
—Porque cuando lo solté él hizo otra promesa. Estaba bravo. ¡Loco por venganza! Y con todos esos testigos, él tiene que cumplir su palabra. El prometió nuevamente a la Virgen que iba a matar cualquier evangelista. ¡En mi lugar! El insistió en que yo tenía la culpa. Porque yo lo obligué a hacerlo.

—¿Pero por qué a mí?

—Porque tú eres familia mía. Ya te lo advertí. He cumplido



cayó hacia atrás contra la pared. Con un reflejo rápido sacó su puñal que llevaba oculto dentro de su camisa.



—Está bien, Padre—gruñó Roberto.

En aquel momento Dimas supo por qué Roberto siempre andaba la camisa abierta. Era para sacar rápido su puñal. Lo miró amenazante. Dimas sudaba.

Entonces Roberto se rió:

—Me gusta tu modo, Dimas. Te quiero mucho. Voy a hacerte un favor—. Guardó otra vez su puñal dentro de la vaina y siguió—: Te daré un consejo para que salves tu vida. Debes salir de esta aldea.

confesando sus pecados y meditaron en Cristo. De repente llamó Moncho desde la ventana:

—¿Cuándo puedo bautizarme, entonces?

—¡Silencio!—ordenó Mateo—¿No puedes ver? Estamos cenando con el Señor.

Marcos destapó dos Coca Colas.

—No había uva—explicó.

Mateo leyó:

—“Bebed de ella todos; porque esta es mi sangre del nuevo pacto”

Marcos les advirtió:

—Un solo trago cada uno. Solo hay dos botellas.

Dimas miró al misionero. Don Miguel estaba contento. ¿Enjugaba una lágrima? Quizás un poco de polvo del techo había caído en su ojo. "No hacen las cosas aquí como en la ciudad", pensaba Dimas. "Tienen libertad de trabajar a su manera. La tradición es como un dictador del cual han escapado Marcos y Mateo, pero no siempre".

Aquella noche tendieron sus sabanas sobre las bancas de la capilla. Don Miguel se inclinó por el candil escribiendo en su cuadernito. Luis preguntó:

—¿Puedo regresar a Dos Rocas mañana? Puedo ir en uno de los camiones—. Pero don Miguel no le oyó; siguió escribiendo. Parecía un hombre recién librado de una cárcel oscura. Luis murmuraba que la gente de allí era muy tonta. Dimas se durmió.

Por la mañana don Miguel preguntó a Luis:

—¿Se fijó que Mateo y Marcos están ganando a toda la

aldea para Cristo? ¡Son útiles!

—¿Pero que saben ellos de la teología? —preguntó Luis—. Para mí su culto fue un desastre."

—Ellos saben apreciar la gracia de Dios —contestó don Miguel—; saben que su gente está perdida y que la gracia de Dios es suficiente para salvarlos. Nadie les ha dicho que su gente es dura y muy pocos serán salvos. Nadie ha corrompido su fe. Entonces Dios los usa para ganar mucha gente. Pero uno que sólo dice que la gente es dura, desprecia la gracia de Dios. Dios no puede usarlo para convencer y salvar a los pecadores.

—¿Puedo regresar al pueblo?—persistió Luis.

—He cambiado mis planes—anunció don Miguel—. No deben quedarse aquí en Jocal. Los voy a llevar a Paniagua. Aquí la obra va bien sin meternos más. Pueden hacer en Paniagua lo que Mateo y Marcos han hecho aquí.

Luis gimió:

—Yo no vaya Paniagua. No aguanto otra noche durmiendo en bancas duras. ¡Y la plaga! Yo voy a regresar.

Don Miguel miró a Luis:

—¿Pero no cree que Dios está haciendo una gran obra en estas aldeas?

—Ellas necesitan a un pastor educado, de la ciudad—contradijo Luis.

Dimas le contestó:

—Pero ningún pastor titulado va a vivir en Jocal o en Paniagua. ¡Tú no pudiste aguantarlo ni siquiera una noche!

Don Miguel habló a Luis:

—Quiero dejarlo unos días con Dimas en Paniagua, para

—¡Roberto! ¡Más respeto!—regañó su madre, Ana.

—Bueno, padre—siguió Roberto—; en esta casita no hay lugar para más gente.

—La casa es mía—disputó Arturo—. No le haga caso a Beto. Acuéstese, Dimas.

Dimas se acostó, cansado. Cuando se despertó tenía calentura. Su suegra Ana le trajo café y frijoles.

Roberto se paró en la puerta fumando un puro, y se burló:

—Buenos días, Padre. ¿Qué noticias traes del cielo? Viniste para asegurar nuestras almas, ¿verdad? ¡Ja! ¿O viniste para sacar dinero en tus cultos?

Dimas no contestó. Se comió los frijoles. A pesar de su calentura, se esforzó por caminar a todas las casas de la aldea. Los invitó a un culto.

Llegaron varios hombres. Dimas predicó. Roberto se burló de la "nueva religión" Alguien tiró piedras.

Dimas siguió predicando todas las noches. Pero después de aquel primer culto, los hombres no volvieron a asistir. Solo llegaban algunas mujeres y niños. Roberto le informó a Dimas:

—Ya entiendo por qué viniste, Padre. ¡Tantas señoritas asisten a tus misas! Te gusta ¿verdad? Debe ser muy emocionante la vida de un evangelista.

—¡Cállate, Beto! No me tientes más.

—¿Conque mi hermana Carmen no te satisface? Tienes que volver a las aldeas donde tantas señoritas sólo te están esperando.

Dimas sintió cólera. Antes de darse cuenta había golpeado a Roberto en la boca. El puro voló a través del cuarto. Roberto

## Capítulo 4

### A PANIAGUA

Dimas caminó toda la noche. Llovía. Llegó a Paniagua mojado y con frío. El alba iluminaba las nubes entre las montañas del este. Todo se veía gris y deprimido. Dimas tocó la puerta de la casa de su suegro Arturo. Lo oyó roncar. La casa tenía un solo cuarto; estaba hecha de adobes y manaca. La cocina la habían hecho bajo un palo. Dimas llamó varias veces.

—¿Qué quiere?—preguntó una voz enojada.

—Soy yo. Dimas Villalobos.

Arturo abrió la puerta. Salieron varios cerdos. Roberto, el cuñado de Dimas, estaba acostado en un petate con su compañera y varios niños. Había mal olor.

—¡Mi yerno, Dimas! Quítese esos trapos mojados—ordenó Arturo. Su esposa Ana prendió un fuego en el piso.

Roberto se despertó maldiciendo el humo.

—¡Cuñado Dimas! ¡Has venido para predicamos el evangelio! ¡Madre Santísima! ¡Ya tenemos suficientes dificultades!

comenzar la nueva obra. Entonces puede regresar a Tegucigalpa.

Luis discutió:

—No podemos levantar la obra allí nosotros solos. Necesitamos la ayuda de un misionero. Usted deberá quedarse con nosotros.

—No puedo—dijo don Miguel—. Si Marcos y Mateo pueden hacer lo sin mi ayuda, ustedes también pueden.

—Pero si no se va a hacer bien una cosa, es mejor no hacer nada.

—Ellos están obedeciendo los mandamientos de Cristo, a su manera—contó Dimas—. Es mejor obedecer a Cristo, aunque sea en una manera rústica, que desobedecerlo y dejar a la gente perderse.

—No voy a Paniagua de todos modos.

Don Miguel movió la cabeza.

—Mire, Luis, Si usted no quiere, no lo obligo. Quédese en Jocal. Puede regresar en uno de los camiones que van a Dos Rocas. Yo lo encontraré allí después de dejar a Dimas en Paniagua.

—Entonces necesito dinero.

—Pero acabo de darle un adelanto.

—Pero lo necesito para el viaje. Por lo menos veinte lempiras.

—No cuesta tanto ir a Dos Rocas.

—Pero tengo obligaciones. Si no me da el dinero tendré que hacer algo drástico. Tendré que buscar otro empleo o...

Don Miguel se puso serio. Estaba a punto de sacar su cartera cuando Dimas le hizo gestos de que no. Luego le volvió a hablar a Luis:

—Lo siento.

No puedo darle más.

Luis comenzó a quejarse de la Misión, pero Dimas, amarrándole del brazo, lo condujo afuera de la capilla.

—Mira—lo amonestó Dimas; si tienes que mendigar así, no lo hagas en mi presencia. ¡Por favor! Si tienes alguna gran necesidad, dime. Yo te ayudaré.

—Debo tanto dinero en el pueblo que no puedo mirar a la gente a la cara.

—Entonces lleva esto y no molestes más a don Miguel. Son quince lempiras. Todo lo que tengo. Puedes devolvérselo a Carmen cuando te paguen.

—Gracias, hermano. Me salvaste la vida.

Los hermanos de Jocal fueron para despedir a sus visitas. Dimas dejó con Marcos y Mateo unos estudios y dijo:

—Ezequiel se los envió.

Marcos los recibió con alegría, pero Mateo dijo:

—Yo creo que basta estudiar la Biblia.

—No—le dijo Marcos—. Estos nos ayudan a entender la Biblia. ¡Y aplicarla a nuestras vidas!

—Pero no me gusta leer tanta cosa—dijo Mateo.

Dimas y don Miguel salieron para Paniagua. Otra vez pegaba fuerte la lluvia. Tenían que gritar, para oírse hablar en el carro.

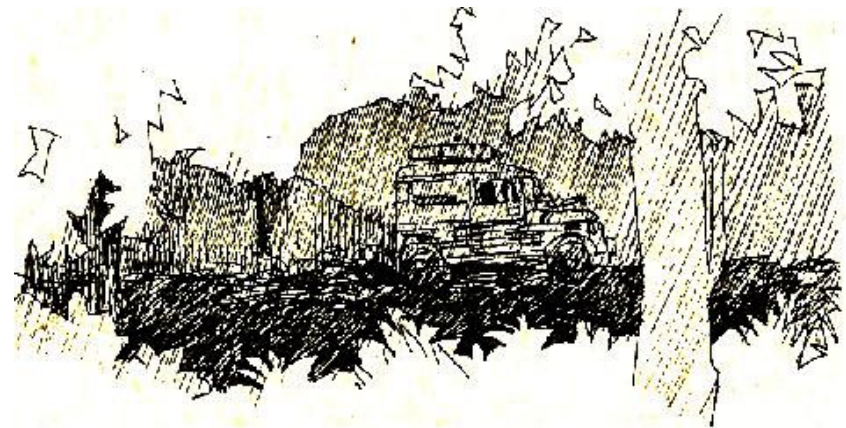
6. ¿Por qué debemos orar y pensar bien antes de pedir, o dar, un préstamo?

7. Dimas hizo un mapa para aclarar sus planes. ¿Por qué un obrero trabaja mejor cuando sus metas y planes son bien pensados y claros?

8. A veces una iglesia no hace nada por falta de un pastor bien preparado. ¿Por qué es mejor cumplir lo que Cristo manda aunque sea con obreros provisionales?

9. Los muleros de Jocal imitaron los mismos errores que habían visto en la capilla de Dos Rocas. ¿Por qué una iglesia hija hace los mismos errores que su iglesia madre?

10. A veces dos obreros no comparten la misma visión para una obra. ¿Qué sucederá si siguen trabajando juntos pero con distintas metas?



Don Miguel preguntó a Dimas:

—¿Han usado los estudios que conseguí para preparar a los nuevos obreros?

—No—respondió Dimas—. Trate de enseñarles a Mateo y Marcos pero eran demasiado pesados.

—Pero yo los redacté para hacerlos bien sencillos. Hasta un niño podría entenderlos.

—Ese fue el problema—contestó Dimas—. Ellos no son niños. Son inteligentes. Sólo es que no les gusta leer. A nadie en estas aldeas le gusta leer mucho. No es su costumbre. Y cuando usted les da un estudio demasiado sencillo como para niños, lo menosprecian. Pierden su tiempo. Lo que ellos quieren es aprender mucho con poca lectura. Quieren ir pronto al grano. Pueden entender cualquier cosa con tal de que se presente en su propio lenguaje. Les aburren los estudios muy largos y detallados.

—Pero si no los han estudiado, ¿cómo se están preparando?—preguntó el misionero.

—Ezequiel les dio clases. El les escribió unos estudios y Eugenia los pasó por un mimeógrafo. Sólo estudiaban lo que necesitaban para cada semana, para el adelanto de su obra.

—Quiero ver esos estudios—dijo el misionero.

—Aquí los tengo—respondió Dimas—, los traje para usarlos en Paniagua. Mírelos.

Don Miguel paró el carro y examinó los estudios.

—La gramática es pésima. Pero el estudio de cada semana lleva una tarea práctica. Aplican todo a una congregación creciente. ¡Me gustan! Los movilizan para evangelizar mientras reciben su educación. ¡Un solo programa que une el evangelio y la educación pastoral! ¡Qué bíblico!

Dimas contó:

—Ezequiel sólo escribe cada folleto con el fin de que el alumno tenga un ministerio eficaz durante la semana que corresponde. Yo quiero usar el mismo sistema en Paniagua y las demás aldeas en El Olvidado.

—Está bien—afirmó el misionero—. No es nuestra práctica usar obreros provisionales así. Pero veo la necesidad de este sistema.

—Bueno—respondió Dimas—; yo soy obrero provisional. No tengo ninguna preparación en un seminario. Pero puedo comunicarme en clase con mi gente.

—Sí—dijo don Miguel—; así en esta forma comenzaron las iglesias metodistas y bautistas en el siglo pasado en los Estados Unidos, con pastores no titulados. Bautizaban, servían la Cena del Señor, y todo.

—¿Está usted de acuerdo?

—Siempre estoy de acuerdo con la obediencia a los

—¿Dónde está Luis?—preguntó Dimas— I ¿Por qué no volvió?

—Luis va para la capital Dice que va a trabajar con otra misión; que no le gustan nuestras doctrinas.

Dimas continuó su viaje a Paniagua solo. Caminó a pie por la noche. Llovía. ¡Qué helado! Pensaba en Carmen. Y se sentía muy solo.

## **PREGUNTAS DEL CAPITULO TRES**

1. ¿Qué peligro hay si uno sólo estudia la teoría en una clase de evangelización personal?
2. ¿Cuál es la mejor manera de aprender a dar testimonio?
3. Dimas no confiaba en los tipos raros de líderes tan inteligentes. Para ganar a las aldeas para Cristo, prefirió preparar como líderes a los hombres humildes del campo. ¿Qué clase de hombres escogió Jesucristo como discípulos?
4. La evangelización es la tarea más constante e importante de la Iglesia. ¿Por qué la iglesia que busca al pecador incrédulo solo por campañas especiales no crece?
5. A veces los creyentes de una aldea solo esperan que un pastor venga a la ciudad para predicar. ¿Por qué es mejor que un vecino de la misma aldea se prepare para pastorear?

Cáliz siguió:

—¿No es correcto? Tampoco es correcto lo que hizo el hermano de este evangelista.

—No entiendo. ¿Cuál de mis hermanos? —preguntó Dimas.

—Tu hermano Roberto que toca en los cultos en el estadio de Dos Rocas. Me robó algo muy precioso. ¿Lo has olvidado?

—El es mi cuñado, no sé nada de lo que me hablas. Yo había olvidado tu pleito con él.

—A mí no se me olvida—gritó Cáliz—¡No se me olvida nada!— Su hijo lo tomó por el brazo para calmarlo.

—Devuélvete a Dos Rocas—ordenó Cáliz—, o voy a terminar con un evangelista.

—No, papá—le rogó su hijo Mincho—. El es hijo de Pablo Villalobos.

—¡A mí no me importa si es mi propio hijo!—gritó Cáliz.

Dimas se enojó. Pero antes de hablar, los dos hombres espolearon sus caballos y salieron corriendo, y pringaron de lodo a Dimas. Este se sentó en el carro. El sol se estaba ocultando. Se sintió desanimado. Se frotó los brazos para calentarse.

Cuando ya estaba oscuro don Miguel llegó en un camión y preguntó:

—¿Qué paso?

—¿Luis no le contó?

—Dijo que el carro se había ahogado en el río, que no quiso caminar bien.

mandamientos del Señor—contestó don Miguel—. Algunas iglesias solo permiten que los pastores profesionales bauticen o sirvan la Cena del Señor. Pero estos son mandamientos que cada iglesia tiene que obedecer. Tiene que autorizar a alguien para oficiarlos. Si no hay pastores titulados, deben nombrar a algún obrero, para cumplirlos y obedecer a Jesucristo.

—¿Entonces por qué algunas iglesias no obedecen estos mandamientos?

—Es que algunos pastores y misioneros ponen reglas no bíblicas para impedir que los obreros provisionales pastoreen. Dicen que éstos pueden corromper la práctica bíblica.

—¡Pero eso no es lógico!—se rió Dimas—. ¡Ellos mismos quiebran la práctica bíblica!

—Claro. No es lógico. Pero el deseo de controlar la Iglesia de Cristo nunca es lógico.

Llegaron al río de Paniagua.

—¡Ay ay ay!—exclamó Dimas—, mire, ¡qué río tan crecido! ¡Por el aguacero!

—Sería peligroso tratar de cruzar—dijo don Miguel—. La corriente es tremenda.

—¿Qué haremos? Mire. Yo puedo cruzarlo nadando don Miguel. Iré a pie a Paniagua. Usted puede regresar.

—No, hermano. Es peligroso viajar solo en estas montañas—. El misionero miró su reloj—. Tampoco puedo esperar hasta que el río baje. Tengo que regresar hoy. Voy a pedir a Luis que él lo acompañe a Paniagua. El puede quedarse allí unos días para ayudarle a usted.

—El no quiere—dijo Dimas.

—No, pero él puede ir una vez. Es bueno que él conozca

mejor este ambiente rural. Vamos a ver si todavía está en Jocal.

—Sí estará. Ningún camión ha salido con este aguacero.

Regresaron a Jocal. Encontraron a Luis sentado en una tienda. Estaba conversando y riéndose con la señorita Lucita.

Dimas se fijó que Luis había comprado unas botas nuevas.

—Tú dijiste que ocupabas aquel dinero para viajar al pueblo—le recordó Dimas—. ¿Qué quisiste decir? ¿Qué irías a pie?

Luis tomó su Coca Cola. Después contestó:

—Un predicador tiene que estar bien calzado o la gente no lo respeta. ¿Por qué no fueron a Paniagua?

—El río estaba crecido—contestó Dimas.

—¿Entonces, podemos regresar juntos a Dos Rocas?

—No—respondió don Miguel—; usted y Dimas pueden ir más tarde a Paniagua en un camión. He decidido que es mejor que usted acompañe a Dimas unos días en Paniagua. Yo voy a regresar al pueblo.

—No podemos ir solos sin ningún misionero—se quejó Luis.

Don Miguel contestó:

—No necesitan que un misionero los acompañe, Luis; usted sabe hacer la obra, igual que yo. Puede comenzar la obra en Paniagua. Como un misionero.

—¿Cómo un misionero? ¿Quién, yo? Pero me hacen falta las cosas.

—¿Cuáles cosas?

Misión puede pagar.

Contra las protestas de Dimas, Luis encaminó el carro. Pitó para asustar el ganado. Después de una legua un ruido feo se sintió en el motor. Luego se paró.

—El motor se fundió.

Dimas le participó:

—Va a costar hasta trescientos lempiras repararlo, hermano. Es un caso de puro descuido. ¿Qué vas a decirle a don Miguel?

—No tengo que dar cuenta a don Miguel Wilson. Sólo a Dios doy cuenta de mis actos.

Dimas lo miró con disgusto.

—Pues yo quisiera saber lo que dirás a Dios entonces.

Luis regresó a Jocal. Dimas se quedó cuidando el carro. Luego oyó unos caballos. Dos hombres montados venían acercándose. ¡Cáliz y su hijo Mincho! Miraron el carro.

—¿Adónde vas?—preguntó Cáliz.

—A Paniagua. Para predicar el evangelio.

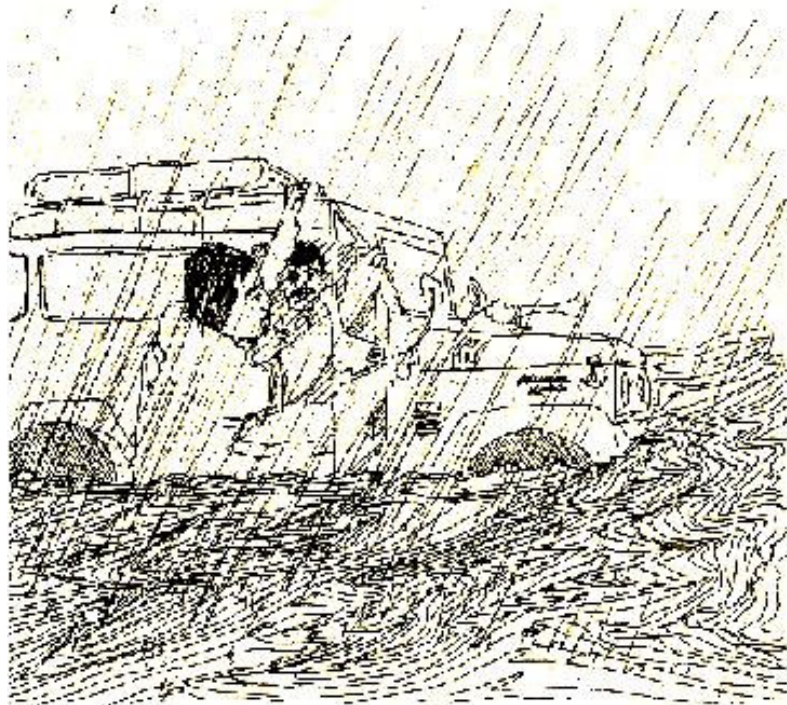
—Te dije que no vinieras a estas partes. No queremos protestantes aquí. Mincho habló:

—Déjalo, papá. El no va a hacer nada.

—¡Cállate!—gritó Cáliz, y volvió a amenazar a Dimas—: Te lo digo una vez más. No queremos evangélicos aquí. Si insistes en venir a estas aldeas te voy a pegar tu golpe—. Tocó su pistola—. ¿Oíste?

—Papá, cálmate—rogó el hijo de Cáliz; No es correcto amenazar así.





—¿Ahora qué hacemos?

Tres horas después llegó un campesino con una yunta de bueyes. Sacaron el carro del río. Luis secó el motor y trató de prenderlo.

—Hay agua en el aceite—le advirtió Dimas—. Lo vas a echar a perder si lo corres ahora.

Pero Luis siguió probándolo.

—Sólo vamos a Paniagua. Cambiaremos el aceite allí.

—No lo hagas. Se arruinará. Costará un montón de dinero componerlo. El carro arrancó. Echó un montón de vapor por el escape.

—No te preocupes por las reparaciones—dijo Luis—. La

—Las que son propias de un misionero.

—¿Cuáles? preguntó don Miguel.

—Bueno—dijo Luis—. ¿Dónde está mi carro? ¿Y mi grabadora? ¿Y mi cámara? ¿Y mi...?

—¡No, hombre!—lo regañó Dimas—. No trabajamos para hacemos como los gringos. Trabajamos para servir a Cristo. Para sacrificamos y morir si El lo quiere.

Lucita, que estaba escuchando, se rió:

—¡Me encanta su religión!

Don Miguel cortó la plática:

—No digamos más. Luis va a trabajar con usted en Paniagua, hermano Dimas.

—Vamos a ver—murmuro Luis.

Don Miguel dijo:

—Pues debemos orar por su viaje a Paniagua.

—¡Un momento!—lo detuvo Luis—. No voy allá a menos que tenga transporte. No confío en esos carros comerciales del campo. Sus chóferes se emborrachan. Y van sin frenos. Y si encontramos algún problema en Paniagua, ¿Cómo vamos a salir? No hay carros todos los días. Si usted no va con su jeep, tampoco voy yo.

—¿Por falta de transporte?—le preguntó don Miguel, impaciente.

—Sí, por falta de transporte.

—Y por falta de fe—agregó Dimas.

Don Miguel le tiró las llaves a Luis.

—Lleve a mi carro. Pero cuídalo bien.

—Bueno. Pero no tengo dinero para el viaje.

Dimas exclamó:

—Pero le di bastante para...

Luis escondió los pies con las botas vas bajo la silla. Don Miguel entregó unos billetes a Luis y salió. Luis entregó un billete a Lucita y le guiñó el ojo:

—¡Otra Coca Cola!— Limpió la tapa y dijo a Dimas—: No tengo por qué soportar a aquel gringo.- ¿Por qué no vamos mejor al pueblo a decirle que no pudimos llegar a Paniagua?

—No, hombre—respondió Dimas—. Es Jesucristo el que nos ordena ir. No es el misionero.

—¿Pero por qué el misionero no puede levantar las nuevas iglesias? Yo como pastor debo dedicarme a trabajar con las iglesias ya establecidas.

—Luis, ¿cómo puede un misionero extranjero trabajar en tantas aldeas? Tiene que limitar su trabajo. Trabaja en los centros donde preparan a los obreros. Entonces sí, ellos pueden ir a las aldeas y barrios. Nosotros podemos. . .

Luis le interrumpió:

—Yo sé. El misionero se queda en la ciudad. Vive cómodamente. Nos manda a nosotros, los indios, al campo. Sufrimos y...

—¡Ay! ¡Mil diablos!—gritó Dimas—. ¡Nadie quiere trabajar en el campo! ¿Y tú, para que te has preparado? ¿Para servir al Señor en el campo o en un palacio? ¡La mejor preparación que tenemos Mateo, Marcos y yo es la ignorancia! Soy ignorante con idiotismo pero iré con gusto al campo. No me quejo. ¡Es un privilegio! Si tú no quieres, ¿cómo podemos colaborar?

Mejor irme solo.

Lucita se rió otra vez; los dos hombres salieron y entraron en el carro.

Llegaron otra vez al río. Dimas advirtió a Luis:

—Todavía está crecido. ¡Demasiado! Pero está bajando. En dos horas podemos pasar.

Luis paró el carro.

—Yo creo que podemos cruzarlo.

—No lo hagas. La corriente está fuerte. Y está sucio.

—No te preocupes, hermano—. Luis quitó la banda y prendió el motor.

—No, hombre—le rogó Dimas—vas a ahogarlo.

Luis no hizo caso. Aceleró el motor. El jeep brincó hacia el agua.

Dimas le dijo:

—Espero que sepas nadar, hermano.

El carro brincó esparciendo el agua. Dimas gritó:

—¡Suave! ¡Suave! Este carro no es un pato. ¡Para! ¡Para!

Luis se rió. El agua subía más y más. El motor falló. Luis trató de arrancarlo. El agua entraba en la cabina. Dimas se bajó. La corriente fuerte le llegaba hasta la cintura.

—¿Tienes el jabón, hermano? ¡Vamos a bañarnos!

Los dos cayeron tratando de vadear hacia la orilla. Salieron empapados. Se quedaron mirando el carro en silencio. Temblaban de frío. Al fin Luis preguntó: